

DEL HOMBRE Y DEL MUNDO

POR JACI REGIS

Traducción por el Dr. Mario Agraït Marty

INTRODUCCION

El 18 de abril de 1857, con la publicación de El Libro de los Espíritus en París, Allan Kardec comenzó la sistematización de una nueva enseñanza con el nombre de Espiritismo.

La estructura de la obra que Allan Kardec presentó se cimienta sobre una serie de principios que pertenecen al acervo de las experiencias, conocimientos, aspiraciones y esperanzas de la Humanidad. Además de eso El Libro de los Espíritus introdujo en el mundo dos aspectos no conocidos.

El primer aspecto fue que el contenido doctrinario, filosófico, se formuló a partir de los dictados de Espíritus, (entidades humanas participantes de una realidad extracorpórea), a través de personas sensitivas, los médiums. Nos ofrece, pues, una visión de los problemas del hombre y del mundo, enfocados por Inteligencias que, aunque están temporalmente desvinculadas de los horizontes corporales, sin embargo, participan de las aspiraciones humanas. Además, su trabajo no constituyó una revelación religiosa que implica una pasividad absoluta; que se acepta sin control, sin examen, sin discusión (La Génesis, Capítulo I, ítem 7). Por el contrario, lo que caracteriza a la Revelación Espírita es que su origen pertenece a Dios, la iniciativa a los Espíritus y su elaboración es obra del hombre (Idem, Item 13).

Esta característica es de importancia fundamental porque el Espiritismo se empeña en probar la no existencia de lo sobrenatural, demostrando que los fenómenos del Espíritu, el origen de la vida, en fin, el conjunto de las realidades espirituales, nada contienen que no pueda explicarse por la ley natural.

El segundo aspecto, contingente al primero, es que la interpretación espírita, destacándose de la generosa gama de concepciones espirituales, asume posiciones específicas que al mismo tiempo que combaten el racionalismo materialista, dan consistencia experimental a los argumentos espiritualistas.

En resumen, al coordinar diversas manifestaciones mediúmnicas, Kardec consiguió dar una interpretación dinámica, abarcadora y compatible con las exigencias del pensamiento lógico, a viejos conceptos filosóficos y religiosos, liberándolos de la carga de nebulosidad e irracionalidad con que se revestían.

Por eso, al decir que el Espiritismo es una revelación, conceptuamos el término revelación desde el punto de vista de la doctrina espírita, como una interacción, una cooperación entre los hombres encarnados, representados por Allan Kardec, y los hombres desencarnados, representados por una pléyade de Espíritus de elevada expresión intelectual y moral, de quienes se ha comprobado que, bajo el mando del Espíritu de la Verdad, contribuyeron, estando encarnados, al desenvolvimiento de la humanidad.

Al realizar su trabajo, Allan Kardec se esforzó por remover del Espiritismo toda la connotación mística, de mera creencia; por lo tanto, redactó una doctrina equilibradamente racional, que no menoscabase el esfuerzo intelectual, ni la búsqueda incesante de la verdad, ni despreciase el aspecto afectivo que preside al comportamiento humano. Fue una estructuración exenta de sectarismos que consideraba tanto el mundo físico como el extrafísico (cuya existencia se constató experimentalmente) como participantes de la misma realidad, por lo cual no se justifican ni el miedo ni la excitación que generalmente caracterizan a esa relación ancestral, entre lo que se considera conocido y lo desconocido.

El Espiritismo es un planteamiento equilibrado entre el extremismo místico y el materialista. Los supera dialécticamente, trascendiéndolos, buscando la síntesis. Y como tal, propone una visión dinámica del proceso de la vida, sin presentar, no obstante, un cuadro

terminado, final. Al contrario. Coloca como definitivos solamente principios básicos que permiten que el pensamiento y la investigación se amplíen, a través del tiempo, en la medida en que la ciencia y el conocimiento crezcan. Esto es, el Espiritismo no se aventura a formular hipótesis desvinculadas de la capacidad del entendimiento humano, porque eso sólo sirve para mantener al hombre ignorante, confundido, exigiendo de él una creencia irracional.

Lo que Allan Kardec hizo fue reorganizar, reevaluar principios que, a pesar de estar envueltos en la sombra y de que raramente se miran de una manera no supersticiosa, han resistido los constantes cambios a que se ha sometido a la sociedad. Basándose en la copiosa información que obtuvo del plano extrafísico, dedujo que ya era tiempo de crear una concepción filosófica abarcadora, sin el enmarañamiento de las hipótesis especulativas, consolidada sobre una base experimental, lógica, racional, capaz de enfrentar la razón en cualquier época de la humanidad. Esta concepción se convirtió, justificadamente, en una síntesis en la cual se unen la ciencia, la filosofía y la moral.

Nuestro propósito es presentar los principios básicos del espiritismo de la forma más objetiva posible, e introducir comentarios que nos parecen compatibles con la capacidad actual que tiene la mayoría para comprender sus enseñanzas. Nos basamos, como es lógico, en El Libro de los Espíritus, que es el libro fundamental del pensamiento doctrinario, en cuyo estudio hacemos énfasis, pues lo consideramos indispensable para conocer el Espiritismo.

No intentamos hacer un resumen de El Libro de los Espíritus, porque eso nos parece contraproducente para el estudioso, que recibiría de ese modo una información defectuosa, muy sintética. Procuramos analizar la totalidad de la codificación kardeciana, releendo la obra de Kardec desde un punto de vista espírita. Esto nos parece necesario e indispensable porque, en sus comienzos, la lectura de la información doctrinaria se hizo, en muchos casos, con una percepción incompleta, debido a que no existía, como es comprensible, una idea global y abarcadora del pensamiento espírita. Ahora, pasados ya 143 años desde la Codificación, podemos releer el pensamiento espírita kardeciano dentro de una visión específica, espírita, que la maduración del pensamiento doctrinario nos permite.

Aún así, este trabajo es una exposición introductoria para encaminar a los interesados al estudio profundo de las obras de KARDEC y de los otros pensadores espíritas, desde los clásicos, como DENÍS, DELANNE y BOZZANO, hasta los modernos, como HERCULANO PIRES, entre otros, además de la contribución de autores desencarnados, entre los cuales citamos la de ANDRÉ LUIZ, obtenida mediante la psicografía de FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER.

Para alcanzar nuestros propósitos hemos de ser necesariamente breves en el análisis de cada uno de los ítems seleccionados. En verdad, la separación de los principios espíritas en sectores definidos es sólo didáctica; pues, éstos constituyen un entendimiento global sobre el hombre y el mundo, sus relaciones mutuas y sus incesantes actuaciones.

Debemos, finalmente, recalcar que no pretendemos interpretar el pensamiento de Allan Kardec, pues éste fue expresado clara y objetivamente y no precisa ser interpretado. Lo que hacemos es, valiéndonos de toda la experiencia y de todo el desarrollo ya alcanzado por el pensamiento doctrinario, exponer el panorama de la doctrina espírita contemplado desde una perspectiva específica y dinámica. Por otro lado, no estamos ajenos a los aspectos culturales del trabajo kardeciano, y comprendemos las contribuciones que el codificador hizo, de acuerdo con las condiciones de su tiempo. Esa realidad, sin embargo, no interfiere con los fundamentos del espiritismo, bien porque los espíritus que los formularon procuraron hablar de manera general, o bien porque Kardec se condujo con un apreciable buen sentido y gran cautela, evitando

extrapolaciones innecesarias. Y, lo que es más importante, las premisas y la información que fundamentan la obra han sido invariablemente confirmadas por el tiempo y la ciencia.

Breve Evaluación de El Libro de los Espíritus

La publicación de El Libro de los Espíritus es una etapa importante en el desarrollo de la humanidad. Esta afirmación representa el sentimiento de quien considera el espiritismo como una propuesta renovadora. En la cultura actual, todavía se subestima este libro, a pesar de que desde el momento de su publicación, el 18 de abril de 1857, desencadenó un proceso de transformación en el pensamiento de millones de personas.

Además de eso, a partir de la aparición de esta obra, los fenómenos espíritas, llamados paranormales o parapsicológicos, o con otro nombre cualquiera, pasaron a ser parte de las preocupaciones de la ciencia en un momento crucial para la humanidad. La búsqueda de algo existente más allá del organismo físico o la tentativa de comprender la acción de la psique humana, lleva invariablemente a la cuestión fundamental: la existencia del Espíritu.

Aunque muchos así lo podrían suponer por su título, El Libro de los Espíritus no es un manual para practicar experiencias psíquicas, pues ese tema fue diferido por Kardec para tratarlo en El Libro de los Médiums. Por el contrario, mediante El Libro de los Espíritus, la Doctrina Espírita comenzó en su aspecto filosófico y moral, caracterizándose por ser un planteamiento que conduce a una vivencia dinámica, basada en factores inmortales y evolucionistas, cuidando no sólo de intentar evaluar las causas primeras, sino también de aplicarse al análisis del aquí y del ahora, dentro de un sentido abarcador realmente objetivo.

La dinámica de la transmisión de las ideas tiene ciertas características particulares. Por ejemplo, las de la moda, de efectos superficiales en respuesta a los reclamos más inmediatos, tienen una difusión sorprendentemente rápida. En general, sin embargo, caen muy pronto en el olvido. No obstante, algunas de éstas, mantenidas por técnicas de mercadeo eficientes, alcanzan cierta longevidad. Esto ocurre así porque aun sin tener base lógica o científica, responden a determinada parte de la lógica irracional de las masas y van resistiendo, ayudadas hasta por sus desaciertos, a la acción del tiempo. Con todo, como les faltan raíces, desaparecen a lo largo de los años o de los siglos.

A las ideas que tienen un mensaje renovador les cuesta mucho imponerse. Contra ellas se unen de un lado los sistemas ya establecidos, que las perciben como un enemigo mortal, y del otro, la tendencia hacia la comodidad, la inercia de la mayoría siempre es resistente a los cambios. En su inicio reúnen un grupo entusiasmado, maravillado por su contenido. Muchos de entre sus seguidores esperan efectos inmediatos, quieren beneficios; trasladan a las nuevas ideas reivindicaciones cristalizadas en las antiguas ideologías que supuestamente habían abandonado. La demora les frustra sus expectativas y se desaniman. Generalmente tales movimientos nacen o dependen de una persona de carácter más decidido, un pensador, un líder. Su desaparición, por ser él el punto de convergencia, provoca, no pocas veces, la dispersión y precipita la formación de grupos rivales divididos en escuelas.

Sin embargo, cuando es suficientemente verdadera, la Idea soporta ese proceso y permanece, creando nuevos defensores, nuevos líderes, expandiéndose. Esto fue lo que ocurrió con el espiritismo.

Este movimiento nacido en Francia, tuvo en Allan Kardec su centro de gravedad, su propulsor, su idealizador. Desencarnado el gran líder, la colectividad espírita francesa empezó a declinar. Su colapso total a corto plazo fue evitado gracias al trabajo de hombres como León Denís en el campo filosófico y Gabriel Delanne en el científico. Mucho se debe también en ese período a

la familia Leymarie, Pierre, Madeleine y Raymond, que sucesivamente se encargaron de la librería y de La Revista Espírita.

La defección de la colectividad espírita francesa, que duró aún hasta la década de los años veinte de este siglo y que fue desarticulada durante la Segunda Guerra Mundial, se debió, entre otros factores, a la presión de los espiritualistas, quienes desde temprano combatieron el trabajo de Kardec, inconformes con la lógica y simplicidad de la propuesta kardeciana, apegados, según sus diferentes corrientes, a fórmulas, términos y creencias especulativas.

Transportado al Brasil, el espiritismo se convirtió en un movimiento popular, gracias al enfoque humanístico dado por los primeros adeptos y por la prestación de servicios asistenciales. Esa tonalidad religiosa, mística, sin embargo, siguió un camino peculiar, porque los primeros espíritas, al asumir el mando del movimiento, en muchos casos absorbieron la defección roustinguista y eso identificó el nombre del espiritismo con una lamentable tendencia eclesiastizante. Es cierto que centenares de personas se rebelaron contra esa tendencia. Mas el innegable poder de mando, de sus recursos económicos y de divulgación, favoreció a los místicos transformados en héroes y misioneros.

En virtud de ese ascendente, El Libro de los Espíritus fue subestimado por muchos dirigentes, ávidos de revelaciones del mundo extrafísico, y se ignoró el sencillo principio de la ciencia espírita, que es el de pasar por el tamiz de la razón toda producción mediúmnica, cualquiera que sea. Poco a poco, los escritores, pensadores e investigadores encarnados fueron relegados y los desencarnados elevados a la posición de genios tutelares, encajados dentro de la designación genérica de espiritualidad. Con ello, las idiosincrasias de ciertos individuos y de pequeños grupos pudieron tener libre curso y se fundieron ideológicamente, creando núcleos con ideas que marginaban la propuesta espírita, sin aceptarla o entenderla íntegramente.

De ahí surgió la preferencia por El Evangelio Según el Espiritismo, que de libro secundario y complementario con funciones específicas, pasó a ser la obra principal, no por lo que representa en sí misma, sino porque da la oportunidad de interpretar los textos evangélicos a la manera de las iglesias reformadas, tan a gusto de los místicos. Con ello, sin embargo, se restringió el área de interés del movimiento espírita, se abandonaron sus fundamentos científicos y filosóficos, y se confundió su vocación moral con el moralismo religioso. Por esa puerta, incidentalmente, penetraron las más elementales deformaciones de los centros espíritas, transformados en templos de oración.

II

Sin embargo, El Libro de los Espíritus es la base de la Doctrina Espírita. Es un libro síntesis, vertido en tales términos que aunque se publicó en un momento de mucha perturbación para la evolución del pensamiento humano, pudo resistir las profundas modificaciones que presentaba el cuadro de opciones de la sociedad. Basta señalar que atravesó incólume los muchos cambios radicales resultantes de dos grandes guerras mundiales, varias otras guerras en Europa, la instauración del movimiento obrero en el mundo, la creación del primer estado socialista, el avance sin precedentes de la tecnología y el fracaso de las religiones.

¿Por qué lo consiguió? Porque cualquiera que se empeñe en estudiarlo verificará que sus planteamientos son actualísimos y están enfocados con prismas que, en muchos casos, anteceden desde hace un siglo a muchas de las reivindicaciones y conquistas actuales de la sociedad.

Si analizamos la estructura del libro, verificaremos enseguida el genio de Allan Kardec. Si las respuestas dadas por los Espíritus sorprendieron por su claridad y, usualmente, por abarcadoras,

no se destacó menos la sabiduría del redactor de las preguntas, del organizador de las materias, del comentarista que unió, esclareció y dio coherencia al torrente de información que fluía por la mediuñidad.

Allan Kardec consiguió recopilar unas 1,018 preguntas que forman el cuerpo principal del libro: los más relevantes e inquietantes temas que enfrenta el género humano. Se examinan allí cuestiones que tienen que ver con las causas primeras, como las que tratan de los problemas de las relaciones familiares, políticas o sociales, y de las preocupaciones psicológicas, filosóficas y morales del hombre.

Además de esto, Kardec optó por el método de preguntas y respuestas, tan próximo a la dialéctica socrática, la mayéutica, porque las respuestas suscitan otras tantas preguntas y así los temas son esclarecidos, ampliados y adquieren consistencia. Esto colaboró a la popularidad del libro, porque lo colocó al alcance de todos mediante un lenguaje accesible, y consiguió un elevado poder de comunicación sin recurrir a lo trivial o a lo vulgar. Si fuese un texto compacto, una obra puramente científica o un compendio filosófico ortodoxo, estaría vedado al hombre común, al estudioso no acostumbrado a la terminología y a las posturas académicas.

Esa forma de tratar asuntos tan profundos y serios demostró ser extremadamente práctica y didáctica. Facilita las consultas y su estudio metódico se puede hacer con un ritmo adecuado, en secuencias diversas, sin la necesidad de una lectura masiva o indigesta.

Finalmente, la técnica de redacción, perfecta, directa, sin figuras, filigranas literarias ni fábulas, nos libra de la prédica enfática, propia de los reveladores y profetas. Por el contrario, Kardec consiguió darle un tono de impersonalidad a su trabajo que, aunque suyo, es de esos en que el autor no se proyecta más allá de las ideas. Las ideas en El Libro de los Espíritus, se destacan de acuerdo con la inquietud natural de cada lector o lectora.

El libro no fue preconcebido. Surgió de la observación. Kardec no elaboró teorías a priori, sino que aplicó el método experimental, esto es, observó los datos, los comparó, buscó explicaciones y, como él mismo afirma, sólo admitía como válida una explicación cuando ésta resolvía todas las dificultades de la cuestión: El Codificador partió de una actitud extremadamente realista. Consideró que los espíritus no eran infalibles y que sus opiniones tenían solamente el valor de una opinión personal. Cada uno de ellos develaba un aspecto del mundo espiritual. Coordinó esas informaciones de modo que formaran un conjunto, coleccionando documentos que le llegaban de diversos lugares, obtenidos por diferentes médiums. La parte principal fue comunicada a través de médiums muy jóvenes, niñas de 13 y 15 años de edad, las señoritas Baudin y Japhet, con quienes revisó el texto punto por punto.

Kardec inició el espiritismo dentro del principio básico de la concordancia universal, que es un criterio científico para comparar las opiniones obtenidas por diferentes médiums en lugares distintos, y asegurar así el carácter no particular de cada una de ellas.

Su regla básica era observar, comparar, juzgar, y de este modo pudo colocarse frente a sus interlocutores espirituales como lo hubiera hecho ante los hombres, esto es, para mí, dijo él, ellos fueron, del menor al mayor, medios de información y no reveladores predestinados.

Construyó toda una estructura científica, despojada de afirmaciones exclamatorias, euforia revelacionista o desvíos religiosos. El Libro de los Espíritus es abarcador, serio, bien coordinado y con-duce a un objetivo dentro de un contenido completo. Es un libro embrión a la espera del desarrollo de cada uno de los que vengan a estudiarlo.

A partir de ese contenido potencial, el mismo Kardec publicó otras cuatro obras de gran porte, además de desarrollar durante casi doce años, en La Revista Espírita, el pensamiento doctrinario. Estas obras consideradas básicas son, por orden de publicación.

El Libro de los Médiums, editado en 1861, es el más importante y completo tratado sobre los fenómenos mediúmnicos y anímicos, donde están expuestas, catalogadas y desarrolladas las teorías y el método para el estudio, ejercicio y control de la mediumnidad.

El Evangelio Según el Espiritismo, (1864), es una aplicación práctica de los principios espíritas al análisis de la moral evangélica.

El Cielo y el Infierno, (1865), trata específicamente del plano extrafísico y de la situación moral de los espíritus desencarnados o de la Justicia Divina.

La Génesis, (1868), retoma las Causas Primeras, las Leyes Morales y analiza los pasajes “milagrosos” de los evangelios.

III

El criterio adoptado por Kardec, de avanzar con prudencia y cautela, libró a la Doctrina de los percances de una revelación precipitada. El afirmó que para asegurar la unidad doctrinaria, lo importante es no salirse del círculo de las ideas prácticas. Si bien es cierto que la utopía de ayer puede ser muchas veces la verdad de mañana, dejemos al mañana el trabajo de realizar la utopía de ayer; pero no embaracemos la doctrina con principios considerados como quimeras y que harían que los hombres positivos la rechazasen.

Introduciendo una nueva concepción de vida, El Libro de los Espíritus está abierto a las investigaciones, a la búsqueda de nuevos horizontes para el Espíritu. Muchas cuestiones se dejaron inconclusas, evitando el Codificador expresiones autoritarias, los mandatos incuestionables. Logró una obra capaz de resistir el tiempo porque estaba consciente de que exponía los fundamentos de un nuevo orden de ideas. Colocando al espiritismo como una especie de retaguardia de las concepciones filosóficas y morales, como un elemento intermediario, que no negaba la religión, pero tampoco se comprometía con ella, evitó que la Doctrina se transformase en un culto o en una iglesia. Ese punto de equilibrio no fue suficientemente comprendido.

Le cupo la ardua tarea, tenue como el filo de una navaja, de distinguir los matices entre el espiritualismo y el espiritismo. El espiritualismo es como una amplia colcha de retazos, poliforme y policromática, donde conviven bajo el mismo principio común de la creencia en la existencia de algo más allá de la materia, varias corrientes de ideas, que no se ajustan entre sí.

¿Cómo hacer al espiritismo entendible sin desligarlo de sus bases espiritualistas? ¿Cómo hablar del mismo principio, pero con un sentido propio, específico y determinado? No podía permitir que las nuevas ideas fueran sofocadas por una maraña de medias verdades ni por el sentido ambiguo de ciertas palabras.

Las palabras siempre han sido tropiezos, porque, con el tiempo, adquieren una connotación definida que supera el aspecto semántico, llenándose de una carga afectiva específica. Siendo el espiritismo una revisión de conceptos antiguos, tiene muchas veces que usar palabras que debido a su significado ya consagrado, no expresan precisamente lo que se pretende decir.

Kardec inicia el primer libro de la Codificación, creando las palabras espiritismo y espírita porque sintió, inmediatamente, que lo que la Doctrina vino a decir margina tanto las explicaciones místicas como las científicas y filosóficas. Por eso, procurar un lenguaje adecuado para expresar las proposiciones doctrinarias con fidelidad y equilibrio, es siempre una necesidad imperiosa.

El espiritismo es una revolución conceptual, una revelación diferente, que comienza por no tener un revelador. Fue concebido sin trances mediúmnicos espectaculares o sueños proféticos. Surgió de la relación tranquila, en ciertos aspectos fría, entre un hombre de cultura universitaria, científicamente formado, con criterios personales de análisis bien desarrollados, y Espíritus,

personas vivas, pero muertas, desencarnadas, pertenecientes al plano extrafísico, utilizando un vehículo de comunicación natural, la mediumnidad.

Por primera vez, la experiencia de hombres y mujeres que habían habitado la Tierra en múltiples oportunidades era aprovechada mediante el uso científico del fenómeno mediúmnico. Mientras la danza de las mesas fascinaba los salones y entretenía a los frívolos, el profesor Rivail construía un puente de unión, abría un canal de comunicación capaz de traer ese bagaje conceptual tan rico y decisivo.

La importancia de esa cooperación no puede ser despreciada. Kardec sometió a los espíritus, inferiores y superiores, a un simposium, a un debate dialéctico y lo hizo sin deslumbramientos. Por primera vez, los espíritus fueron tratados como personas, criaturas humanas falibles, con experiencia y evolución diferentes.

Esa fabulosa reserva de experiencias, de información, fue aprovechada por el profesor Rivail de manera inteligente, ordenada y sistemática.

De esa visión en extremo equilibrada, surgió El Libro de los Espíritus, con sus sobresalientes características.

1. Rechaza tanto el dogmatismo religioso como el científico y propone una fusión experimental de ideas y conceptos para reevaluar al hombre y al mundo.

2. Expone con simplicidad, pero sin la ingenuidad de los libros santos, los puntos esenciales para la creación de una nueva sociedad.

3. Estimula la práctica de la moral evangélica, la cual adopta como norma, pero expurgándola de sus contornos oscurantistas, moralistas y liberándola del ritual religioso.

4. Restablece la creencia en Dios, sin incurrir en el error de definirlo, sino probando su existencia por las leyes que rigen la vida moral del universo.

5. Describe la vida del espíritu como una realidad fuera del tiempo, por lo tanto, inmortal, permanente; y explica como ese ser inteligente puede progresar siempre, naciendo y renaciendo.

6. Demuestra que la colectividad terrenal pertenece a una humanidad espiritual, que habitando alternadamente el plano físico, al que llega por el nacimiento, y el plano extrafísico, al que penetra por la muerte, vuelve después al campo físico por el proceso de la reencarnación, en una espiral evolutiva permanente; y que esa humanidad, visible e invisible, se entrelaza, interactúa y se comunica extensamente por las vías mentales mediante la mediumnidad, sea o no sea ésta ostensiva.

7. Señala la Esperanza, cimentada sobre bases concretas en relación al destino del hombre y de las colectividades; reconoce que cada uno deberá encontrar por su propio esfuerzo, en el tiempo y el espacio, su propio camino, y demuestra que solamente la moralización es capaz de indicar ese camino de manera definitiva.

IV

El libro está dividido en cuatro partes: 1) Causas Primeras; 2) El Mundo Espiritista o de los Espíritus; 3) Leyes Morales; 4) Esperanzas y Consuelos. Esta división didáctica refleja también un dato interesante. De las 1,018 preguntas que constituyen las cuatro partes, (sin considerar la Introducción, la Conclusión y los Prolegómenos), ochenta y cinco (85) fueron dedicadas a temas trascendentales, cuya evaluación es, por su naturaleza, muy subjetiva, como son Las Causas Primeras y Esperanzas y Consuelos; trescientas cuarenta y siete (347) tratan de asuntos más directamente unidos a la realidad, con posibilidad de ser atestiguados, comprobados y vividos inmediatamente, tales como la vida terrenal, la muerte, la existencia del mundo espiritual, la reencarnación, la influencia de los Espíritus sobre los hombres, la emancipación del alma y todas las cuestiones de orden político, económico y social. Todo esto demuestra que no es un libro enajenado de la realidad. Al contrario, es un compendio de moral, elaborado dentro de una dinámica que, aunque es capaz de soportar la presión de la inteligencia sin hacer concesiones, no se restringe a una visión unilateral de los asuntos. Como libro embrión, tenía que proponer las líneas maestras del pensamiento doctrinario.

El spiritismo se encuentra en un momento en que se revisan los caminos del hombre. Debe dar su contribución sin llamamientos dramáticos, condenaciones apocalípticas o anatemas divinos. Nadie encontrará ni uno sólo de esos extravíos en El Libro de los Espíritus. Por el contrario, en él se traza una línea optimista para el género humano. En el análisis de algunas cuestiones polémicas, la posición de los Espíritus que dictaron las respuestas a las preguntas propuestas es muy prudente.

Allan Kardec no permaneció ajeno al momento político, social científico y humano de su época. Con mente abierta, sin prejuicios, supo analizar entonces, con serenidad y buen sentido, los rumbos que precipitadamente aparecían ante los cambios inevitables del panorama del mundo. Por eso logró una obra capaz de abordar los temas más variados, porque la amplitud de las inquietudes humanas no se restringe a una visión unilateral de los problemas.

Al ser cuestionados sobre la adoración a Dios, los Espíritus afirman que lo que importa es la intención, lo que está en el corazón de cada uno. Pero no son partidarios de un intimismo exagerado, ni de un individualismo egoísta. Admiten el culto externo para quienes así lo deseen, con tal que se mantenga el principio básico de la intención. Con esto evitan un extremismo condenatorio, porque inducen suavemente al hombre a rechazar señales exteriores que no coinciden con la realidad interior, sin menospreciar la comunión de pensamiento.

Con respecto a la propiedad, al patrimonio, mantienen una posición inteligente: no condenan la propiedad, con tal que sea legítima, y aceptan la acumulación de bienes con tal que sea en familia, esto es, para fines sociales. Establecen como legítima la propiedad que haya sido adquirida sin perjuicio para nadie. Esa afirmación obliga a reflexionar sobre lo que significa no perjudicar a nadie, cuando envuelve salarios, distribución de rentas y oportunidades, fortunas y negocios que crecen a costa del hambre, de la incomodidad y del descuido de los legítimos valores humanos, de lo que no se escapa ni siquiera la herencia.

Los capítulos dedicados a las leyes morales son un tratado de Política y Sociología, analizando a cada paso la realidad individual y colectiva acerca de cuestiones tales como el trabajo y el reposo, el sexo, la familia y el control de la natalidad. El estudio abarca cuestiones económicas cruciales en un mundo famélico, pero al mismo tiempo abundante en desperdicios, analiza el equilibrio ecológico y psicológico, lo necesario y lo superfluo, adoptando posiciones que todavía hoy son de avanzada.

La violencia, desde el nivel individual hasta las guerras, la pena de muerte, la tortura y la crueldad son revisadas con enfoques sorprendentes. Entusiasta del progreso, la Doctrina Espírita no lo condena ni le teme y procede al análisis de la legislación humana, señalando sus logros y fallas, encontrando allí una de las maneras más efectivas para ejercer la influencia del espiritismo. Una legislación más justa ofrece mayor oportunidad para el desarrollo de las cualidades positivas del individuo y menor campo para el florecimiento del mal, del desequilibrio.

La explosiva cuestión de la igualdad es tratada sin precipitación dentro de una visión realista, pero de carácter esencial, sobre la que se fundamenta la teoría social del espiritismo, viendo al hombre como un ser de múltiples vivencias, pero sin omitir o alienarse de la realidad humana del aquí y del ahora. En ese capítulo, de paso, se debe citar la claridad con que El Libro de los Espíritus define la igualdad de derechos de la mujer y del hombre, anticipándose a las luchas y polémicas que con respecto a eso agitan nuestro tiempo.

En lo tocante a la libertad, el espiritismo está absolutamente en paz, porque, según sus principios, no existe condición para el real crecimiento del individuo sin el ejercicio de su libertad. Basta citar que cuando todavía en muchos países la esclavitud era legal, la posición contraria del espiritismo era clara. Al plantearse que muchos trataban bien a sus esclavos, lo que podría ser equivalente a una buena esclavitud, rechazó toda concesión al afirmar: el mal es siempre el mal y vuestros sofismas no harán que una acción mala se convierta en buena. Otro aspecto de la cuestión de la libertad es lo relacionado con la fatalidad, que también se descartó vehementemente, insistiéndose en la responsabilidad que tiene el hombre de construir continuamente su destino, en su capacidad para cambiarlo en cualquier momento y su obligación de no aceptarlo como instrumento de fuerzas incontrolables.

Como cualquier tratado filosófico, aunque no académico, discute la cuestión del bien y del mal, y sin pretender esquematizar las respuestas propone soluciones prácticas, que el tiempo ha sancionado. Sin embargo, aunque enfocado al aspecto moral, no se pierde en discursos inocuos o en un moralismo vacío. Lanza su simiente al suelo fértil de las controversias humanas y de las angustias del hombre común, seguro de que los inevitables cambios que estremecieron y estremecerán a la sociedad mundial, producirán frutos y abrirán nuevas perspectivas para el futuro.

DIOS

Antiguamente llamábamos a la Tierra universo y la teología cristiana -para atenernos al aspecto más directamente relacionado con nuestra cultura- enseñaba no sólo que ésta era el centro del universo y el único planeta habitado, sino también que estaba quieta, y que todo lo demás giraba a su alrededor, como tributo soberano a su impar grandeza.

Aun cuando Galileo Galilei forzó la revisión de ese concepto geocentrista, y aunque Copérnico y Kepler desnudaron parte del universo más próximo, fueron los viajes interplanetarios y las sondas espaciales que hoy viajan por el sistema solar -y fuera de él- explorando, los que hicieron más real la visión de un universo sin barreras, que la teoría de la relatividad de Einstein pretende que es finito, mas cuyas dimensiones se escapan a las más fantásticas tentativas de medición por científicos y visionarios.

El hombre empieza a percibir de forma más concreta que él es parte de una superestructura celeste, un universo en permanente expansión, en dinámica mutación, equilibrado por leyes que la ciencia humana empieza ya a conocer y a comprobar. Sin embargo, ese universo extraño, con energías desconocidas y composiciones químicas y físicas distintas a los esquemas conocidos en la

Tierra, continúa siendo un enigma abismal. El descubrimiento de la antimateria y de los hoyos negros es ejemplo de cuanto falta todavía por conocer.

A pesar de todos los recursos tecnológicos y del ingenioso instrumental que posee, el hombre moderno, frente a la inmensidad sideral y a todos los elementos que la componen, no está muy lejos del hombre primitivo. Si el primate miraba atónito el centelleo de las estrellas interpretando los fenómenos celestes como mensajes de los dioses, al hombre moderno, aunque ya no contempla las estrellas, aún lo abruma profundas dudas sobre toda la armazón sideral, ya sean los poderosos flujos y reflujos de energías; o cuestiones más afectivas, como la existencia o no de civilizaciones que habiten los billones de billones de planetas diseminados por el espacio dentro de las sucesivas galaxias.

Cuando el cosmonauta soviético Gagarin, durante su histórico viaje extraplanetario, miró por primera vez el globo terráqueo girando en la soledad del espacio, gritó entusiasmado: La Tierra es azul. Y después jocosamente afirmó que no había encontrado a Dios.

Nuestro planeta azul es un modesto cuerpo celeste donde una humanidad de cerca de cinco mil millones de habitantes se distribuye desigualmente por su superficie, con diferentes rasgos de cultura, de educación, y de desarrollo científico, social y económico.

Sobre su origen y desarrollo, incluyendo el género humano, se han presentado muchas teorías, tenidas como verdades, abandonadas después, sustituidas temporalmente por otras, también tomadas como verdades definitivas. Hoy, ya acumulamos mucha información, mas nadie, en su sano juicio, afirmaría que hemos llegado al conocimiento final.

Por eso, aunque se consideraba materialista, Gagarin reflejaba toda la tradición religiosa del mundo, al pretender encontrar a Dios flotando entre la Tierra y la Luna, en el cielo teológico, el allá arriba de las enseñanzas bíblicas y evangélicas.

IV

Sumergiéndose en el estudio de la materia, la ciencia penetra cada vez más sus secretos, en un esfuerzo constante y sistemático por descubrir los códigos de la vida, las combinaciones que dirigen las formaciones atómicas, el extraordinario mundo celular, en fin, el universo microscópico que presenta el mismo equilibrio y, de cierta manera, una estructura semejante a la de los cuerpos celestes, a las constelaciones que pueblan el universo macroscópico, debido a las leyes de agregación y desagregación de la dinámica vital.

Observando, por ejemplo, al organismo humano, nos sorprendemos con su extraordinaria capacidad de crear recursos para su sobrevivencia, reproducción y desarrollo, mediante ritmos y estructuras que denotan claramente un principio organizador inteligente. Es una obra genial, aunque todavía imperfecta. Si la civilización moderna se enorgullece de producir un computador, que puede debidamente programado realizar en pocos segundos tareas intrincadas y, sin embargo, es solamente un complejo de circuitos electrónicos, ¿qué diremos del hombre, a quien todo, desde su organismo hasta sus funciones intelectuales y afectivas, lo colocan en la cima de la pirámide evolutiva?

¿Quién o qué gobierna todo esto? ¿Quién dirige este universo estelar, esa mecánica celeste que mantiene rotaciones, órbitas, traslaciones, esas distancias que a la luz, con su desconcertante velocidad, le toma billones de años recorrer?

¿Qué principio produjo las combinaciones atómicas, confirió la estructura al átomo, y condujo a la formación primero de unos cuerpos simples y después de otros cada vez más complejos? ¿Quién o qué llevó a la aparición de la inteligencia y preparó el mundo para que el

hombre se desarrollara en él? ¿Quién hizo todo esto? ¿Una Inteligencia Suprema o un mecanismo frío, desarrollado por casualidad? ¿Un Ser Superior o un acontecimiento mecánico que desencadenó, sin objetivos definidos, todo el proceso de la vida, consiguiendo emerger del polvo cósmico (¿de dónde vendría éste?) generando planetas, soles, sistemas, galaxias que se entretienen en un milagroso espectáculo de equilibrio en el espacio?

Todo obedece a una programación inteligente, con fines definidos o ¿habrá sido también por mera casualidad que solamente en este glorioso, pero oscuro planeta Tierra, fue posible, con espantosa exclusividad, crear condiciones para que naciera el hombre, mientras que en todos los demás cuerpos celestes las planicies, montañas, mares, desiertos y florestas permanecen en silencio, sin que ni una voz de un ser inteligente suene quebrando la soledad, sin que el amor fertilice la vida y la multiplique?

La creencia en un ente superior es innata, surgió espontáneamente en todas las civilizaciones. El bruto, el primate, se vuelve al instante hacia algo que supone superior, que gobierna su vida, que juega con su destino, y lleno de miedo le rinde culto, con lo cual reconoce su debilidad y su necesidad de ayuda y protección. Primeramente para él son símbolos de ese Ser o fuerza superior los elementos climáticos, un animal fuerte o astuto, un individuo corpulento o delgado, horrible o bello, bruto o sabio; y luego, de pronto, empieza a organizar ceremonias, sistemas y sacerdocio para administrar los misterios de la vida y de la muerte, para mediar, para comunicarse con esa fuerza oculta y decisiva, que es el árbitro entre el bien y el mal, que da y quita la fertilidad del suelo, castiga y ayuda.

El nativo, el salvaje, rinde culto a Dios en la naturaleza, por la magia que envuelve la presencia del Sol, de la Luna, de las estrellas. Son imágenes distantes y al mismo tiempo presentes que calientan, que dan vida o son misteriosas. El sentimiento en relación a la fuerza superior es una mezcla de miedo, amor, odio, nostalgia, esperanza y muerte. Todo eso satisface de alguna manera el vacío, la imposibilidad de entender el porqué estar allí viviendo, la confrontación de las realidades, y los desafíos de cada día.

En su tentativa de obtener favores o calmar el humor de su Dios, le ofrece alimentos y sacrifica animales, hombres y mujeres. Intenta comunicarse con él, agradecerlo mediante cánticos, danzas y música, que a veces manifiestan sentimientos de adoración tierna, y otras son expresiones de temor, de tensión y superstición. Dios le parece poseído de insaciable y cruel voluptuosidad.

V

La mente embrionaria no podía comprender la unidad del poder divino. Intentando evaluar su perplejidad, adoró a distintos dioses. Era una forma de responder a la diversidad de las manifestaciones de la naturaleza y preservar sus propios intereses. Esa especialización de las fuerzas divinas se ajustaba a las necesidades de protección con respecto a los problemas afectivos, las pasiones, el amor, el odio, la cosecha, la fertilidad, los asuntos de la guerra y del poder.

Más tarde esa concepción politeísta fue absorbida teóricamente por el panteísmo, que veía a Dios como el resultado de todos los cuerpos, de todos los seres. De este modo, él, Dios, sería efecto, una suma total, y no causa. Cada partícula sería una parte de la divinidad, de un dios diluido, pulverizado, y cada una aspiraría a volver al todo, dejar de ser un individuo. Ese sistema, bien se ve, peca por falta de lógica.

Ninguna mitología es más rica que la griega. Para los griegos las figuras de los dioses del Olimpo simbolizaban toda la trama de las pasiones humanas. Estos disputaban entre sí por amores y odios, protección y venganza. Siendo estetas los primeros griegos transformaron las virtudes en

esbeltas mujeres y representaron los placeres y las desgracias, la búsqueda de la felicidad y los esfuerzos ingentes del hombre para superarse, en la lucha de los héroes, en las intrigas de los dioses, delfines y musas, encantando y maravillando a sus semejantes con las flaquezas de Zeus y su corte olímpica.

Los dioses griegos tenían todos los defectos humanos, naturalmente aumentados, y también poderes sobrehumanos, e inteligencia superior. Actuaban como personas dotadas de inmortalidad. No podía ser de otra manera. Es inevitable que, en una primera etapa, el hombre proyecte en la divinidad sus sentimientos personales, y que su idea de Dios esté de acuerdo con su nivel de comprensión y desarrollo. Suponer lo contrario es ilógico.

La concepción oriental de Dios tiene matices muy propios. También antropomórfica, guarda estrecha relación con la estructura de las sociedades orientales. Brahma, el Dios de la India, está compuesto de zonas estratificadas, según la localización en los pies, cabeza y otras partes del cuerpo en escala ascendente, que corresponden también a la división de las clases sociales. Los sabios orientales mezclaron sabiduría y tranquilidad con omisión y alienación. Las religiones de aquella región acabaron por patrocinar una situación mental que justificaba la existencia de poblaciones miserables, hambrientas, analfabetas, fanáticas, al lado del fausto, de la magnificencia de templos y unos pocos potentados.

Mahoma, el admirable profeta, polarizó regiones y pueblos diversos y fundó una religión cerrada, fanática, ciegamente obediente al Profeta de Alá, el Dios poderoso que a veces nos parece despiadado y cruel. Allí también un grupo de potentados domina, mientras que la mayoría es analfabeta y fanática. Sabios, matemáticos, científicos, poetas, escritores y conquistadores famosos, desfilan al lado de poblaciones miserables.

VI

Para nuestra cultura occidental, la cuestión de Dios comienza en el Valle de Ur, en la Caldea, donde un pastor, Abraham, adora a un Dios invisible, Jehová. Ese Jehová se convirtió en nuestro Dios, el Dios de los cristianos, por la fuerza de la tradición judaico-cristiana, que domina nuestra cultura.

A partir de Abraham, el pueblo, judío que de él desciende según la tradición bíblica, desarrolló el culto del Dios único e invisible, que prometió a Israel la hegemonía sobre toda la humanidad. Jehová es el todopoderoso Dios de la guerra, protector de los judíos contra sus enemigos, que detuvo el sol para que el ejército de Israel venciese a los filisteos, hizo llover maná en el desierto para aplacar el hambre de los que se marcharon de Egipto y derribó las murallas de Jericó. Y dictó las tablas de los diez mandamientos.

Los judíos lucharon y pagaron con la vida su fidelidad al Dios único e invisible. La Biblia es su historia, salpicada de crímenes, asesinatos, traiciones, disensiones y discordias. Los judíos y los cristianos hicieron de ella la palabra de Dios y creyeron, como es natural, que su Dios era el verdadero y el más fuerte.

Pero, mientras los descendientes de Abraham mantuvieron su fidelidad al Dios único e invisible, los cristianos no resistieron la presión, sucumbieron ante el reclamo de las masas y lo humanizaron en la figura de Jesús de Nazaret, quien pasó a ser la encarnación del mito judaico del Mesías, a pesar de que los judíos lo hayan rechazado como tal.

Aunque Jesús quisiese ser solamente lo que fue, esto es, el Maestro, la Iglesia lo transformó en la encarnación del Dios vivo. Los dioses antiguos eran casi siempre muertos, es decir, objetos o representaciones de animales o personas que poseían una vida intrínseca, una inmortalidad difusa.

Pero los cristianos crearon su propio Dios vivo. Y en el misterio de la santísima trinidad, retomando antiguos símbolos, dividieron la divinidad en tres partes, pero, no obstante, la mantuvieron indivisa.

De esa forma, el joven nacido en Nazaret, hijo de María y José, para coincidir con los textos proféticos, pasó históricamente a nacer en Belén, de una Virgen. Después se transmutó en su propio Padre conservando al mismo tiempo la posición de Hijo y, además, manifestándose como el Espíritu Santo. Con esa alquimia semántica y confesional, la Iglesia intentaba mantener la unidad de la persona de Dios -ya que su visión es antropomórfica-, pero haciendo que se partiese en tres pedazos, de modo que al mismo tiempo estaba en el cielo como Padre, en la Tierra como Hijo, y en el espacio como Espíritu Santo.

Incapaces de mantener la fidelidad judaica, los pueblos catequizados por el cristianismo, exigían para satisfacer su atávica asociación con los dioses particulares y palpables, formas concretas para adorar. Sobrevinieron los varios dioses cristianos, que a modo del Olimpo griego, de las costumbres romanas y otros pueblos paganos, protegen la familia, el parto, la fertilidad o las corporaciones, como patronos o santos de devoción.

VII

La fe en Dios -cualquiera que sea su concepción- ha sido impuesta, frecuentemente, a sangre y fuego y usada como instrumento de poder, no sólo en Occidente. La espada de Mahoma hirió mortalmente a los infieles. EL cristianismo después de ascender al Poder no titubeó en perseguir y torturar a quien discrepase de sus posiciones oficiales y lo hizo para defender la fe, la honra divina. Los sacerdotes, enseñoreándose del nombre de Dios, han utilizado la fuerza, el miedo y la flagelación para castigar, y lo hicieron con pompa y con ceremonias solemnes.

Además, el Dios Jehová inspira toda una secuencia de crueldades para esconder su impotencia. El ejemplo del episodio en que ordena a Abraham inmolar a su hijo Isaac es típico de esto. El caldeo obedece, frío, determinado, enloquecido. Dios lo observa, impassible, cobrando fidelidad. Y sólo en el último momento es cuando suspende la ejecución. Cualquiera hoy día, sufriría un infarto, pero Abraham es presentado como el prototipo del verdadero creyente. Además de eso, la obra divina, teóricamente perfecta, presenta fallas vociferantes. Los ángeles fueron creados, según la Teología, perfectos para servir a Dios. Sin embargo, esa perfección fue sacudida por la rebelión de Belcebú, uno de los más importantes de la jerarquía, resultando así que lo perfecto se vuelve imperfecto. Dios creó el paraíso y colocó allí a un hombre sin pecado. Mas éste se sintió solo (el Creador no se había percatado que la soledad es insoportable) y pidió que le crease una compañera. Ambos acabaron por ser expulsados del paraíso, prefiriendo vivir sus propias experiencias.

Toda la relación con Dios, en esa concepción, se basa en el trueque para conquistar su piedad, su misericordia, no su amor. Las letanías de las iglesias repiten: ¡Señor, ten piedad de nosotros!. Los textos místicos se refieren al hombre como barro y exaltan el capricho divino de distribuir al azar el dolor y la felicidad, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte. Y no son consistentes con la creación del mito de ser rescatado por la sangre que habría sido derramada por el Cordero, Jesús en este caso, para redimir la humanidad, ante las exigencias de Dios, airado, herido, por la desobediencia de su creación.

VIII

-Por fin, ¿Dios existe?

-Sí. El espiritismo afirma que sí.

-¿Qué es Dios?

-La Inteligencia Suprema, causa primera de todas las cosas. Esta explicación, ¿lo define?

Claro que no. No se puede definir a Dios. Muestra, solamente, un camino para comprender su presencia, la presencia de un Ser Superior, moral, en la convergencia de la vida. [Toda la vida es un proceso que converge hacia un fin no hacia un final. Nota del trad.] Porque como dice Nietzsche, el genial obsesionado alemán, aceptar un Dios mecanicista, constructor, creador, es fácil; difícil es aceptar un Dios Moral, porque ahí las cosas se complican.

Un Dios creador puede ser una fuerza inteligente, pero amoral, un vendaval creativo, misterioso, aglutinador de partículas, un impulsador de concentraciones energéticas, que producen efectos fantásticos que se completan en una constante mutación. Luz, calor, movimiento, provendrían de ese Dios mecánico, de ese motor central agitando el universo. Vida y muerte serían etapas de aprendizaje transitorias en un proceso continuo.

Un Dios moral, sin embargo, respeta la Justicia, la Sabiduría, los sentimientos, el destino, dando un significado efectivo, personal, a la vida y a la muerte.

¿Cómo probar la existencia de Dios? Es, más bien, un desafío ingenuo. Sería como pedir al pez, si pudiese pensar, que pruebe que existe el agua en que vive sumergido. La existencia de la Inteligencia Suprema y Causa Primera de todas las cosas, se comprueba mediante el examen de las fuerzas de la vida, de los mecanismos del universo.

Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. La estructura del universo muestra sin rodeos, la existencia de un proceso convergente, de un objetivo inteligente.

Es imposible negar los factores inteligentes en la raíz de los procesos de la vida. En vano se intenta aislar el ascendente divino para el entendimiento de las cosas. Dios existe y su presencia se hace evidente, palpable.

Hay un largo camino a recorrer para que la relación hombre Dios se haga de una manera más satisfactoria que como se ha hecho hasta ahora. Si recordamos que desde las cavernas el hombre se acostumbró a considerarse víctima, pues no pidió nacer, comprenderemos porque han golpeado a las puertas de hechiceros, oráculos, sacerdotes, profetas y médiums, pidiendo soluciones, amparo, ayuda. Comprenderemos por qué los santuarios se convirtieron en puntos de lamentaciones y lugares para el grito y el llanto angustiado, solicitando misericordia. Si prestáramos atención, oiríamos el clamor y el llanto que cruzan la atmósfera terrestre.

Como el primitivo que ofrecía alimentos a los dioses, el hombre moderno también hace sus promesas. Abre un tenducho en la plaza esforzándose por obtener beneficios rápidos, ocultos, movilizandofuerzas desconocidas para mover la rueda del destino, librarse del mal y obtener los favores divinos. Los cánticos y las oraciones salen de los templos suntuosos y ermitas perdidas, de casas comunes, mezquitas musulmanas, kioscos orientales, templos católicos y protestantes, centros espíritas terreiros de umbanda y candomblé. Todos piden, ruegan, imploran.

Hay una justificada ansia de recuperar la presencia divina. El hombre quiere que ella se manifieste concretamente en hechos palpables, como devolver la vida a los muertos, la salud a los enfermos, el amor que se perdió, el hijo que se desvió. ¿Dónde está Dios?

IX

Otra cuestión ligada a la existencia de un Dios moral es el problema del mal. La lucha entre el bien y el mal, entre las tinieblas y la luz, se cimienta en la existencia de un opositor a la obra divina. Ese genio del mal, de las tinieblas, se rebela contra el orden universal. Es también un Dios. No creó la vida, mas compite por ella. No sacó la Tierra de la nada, mas pretende conquistarla. No dijo: Hágase la luz, mas intenta apagarla. En fin, no sopló en el barro ni creó al hombre, mas su meta es arrastrarlo hacia el sufrimiento eterno.

El hombre es, pues, el objeto de la disputa entre el Dios del bien y el Dios del mal. Ellos no guerrearán entre sí. No se tiene noticias de que las hordas infernales hayan intentado tomar el paraíso, ni de que las huestes angélicas hayan destruido la fortaleza del mal. Es como si Dios hubiese aceptado ceder parte de su territorio, que el diablo tomó y en el instaló su reino. Sólo se disputan al hombre.

Éste, el hombre, es oprimido por crueles dudas. El Dios del bien hasta se habría arrepentido de haberlo creado. En muchas ocasiones parece que lo abandona, irritado por sus flaquezas. Es que, aunque obra de ese Dios del Bien, el hombre parece no disponer de recursos -según la teología- para enfrentar las tentaciones. Al contrario, es susceptible a la influencia infernal, que explota sus pasiones dejadas inadvertidamente dentro de él por el Dios del bien. El diablo y sus secuaces saben abordar al hombre y estimularlo en aquello que las huestes del bien, horrorizadas, menosprecian: el sexo.

Mas, ¿por qué el Dios del mal quiere que el hombre se pierda? Hay que hacer verdaderos malabarismos para intentar explicar esa perversidad aparente en el plano divino. La inseguridad que esto produce, se refleja en el comportamiento de las masas y de las elites, quienes con frecuencia mezclan ingredientes de fanatismo y cinismo en la adoración a Dios. Es un dicho popular que las personas encienden una vela a Dios y otra al diablo, porque la mayoría -los que afirman ser religiosos- no están seguros de Dios. Se mantienen entre el puede ser y el quién sabe. Y no se quieren arriesgar.

La Doctrina Espírita rechaza la existencia del mal como institución y la permanencia de Espíritus eternamente dedicados al mal con el único objetivo de arrastrar al hombre hacia el castigo perpetuo. Admite que esos conceptos provienen de la visión parcial y de informaciones imprecisas sobre el encadenamiento moral de la humanidad. Otros son los conceptos espíritas. Ni pecado original, ni el mal como institución, ni seres diabólicos por sí mismos.

X

Si la Tierra fuese sólo risas y alegrías, y no existiesen tristezas y miseria, dolor y muerte, entonces, tal vez la mayoría diría: No precisamos de Dios. En tal circunstancia estarían tan equivocados como los que Lo invocan para destruir a su enemigo, castigar a los que juzgan malos. En ambos casos vemos la manera como se evalúa la presencia de Dios en el mundo.

El espiritismo propone una nueva visión de la divinidad. En ella, la presencia de Dios en la vida reaparece como un componente fundamental, pero se abandonan las condenaciones, anatemas y destrucciones. El planteamiento espírita elimina la angustia de los intelectuales y el sadomasoquismo espiritualista y religioso sediento de acciones aniquiladoras, como la condenación a la hoguera eterna del diablo, que sería, en otras palabras, la confirmación de la inutilidad de la obra de Dios. Éste habría fracasado si hubiese creado un solo Espíritu para que se perdiera o se inutilizara. En la obra de Dios no hay lugar para el fracaso permanente.

El espiritismo comprende que esa angustia y esa ansiedad son consecuencia de la inmadurez espiritual, y forman parte de una visión parcial y mística de la obra divina, que mezcla informaciones fragmentarias y afirmaciones definitivas con una cierta tiranía, una cierta dosis de placer en la destrucción de los opositores, subyacente en la mayoría de las personas.

El Libro de los Espíritus comienza tratando el problema de Dios y todo su contenido conduce a un posible entendimiento de la divinidad. No pretende, sin embargo, agotar el tema. Al contrario. Solamente lo toca en lo esencial, porque Allan Kardec sabía que el hombre redefinirá constantemente su concepto de Dios, conforme pueda entenderlo mejor. Lo que la Doctrina Espírita hace es examinar cómo Dios estableció sus Leyes, de qué manera dispuso para que los elementos constitutivos del universo -espíritu y materia- se integrasen, para que los seres inteligentes poblasen los mundos, expandiesen la inteligencia y encontrasen canales para expresar el amor.

La creencia en Dios supone más que ceremonias, rituales, iglesias, y oraciones. Será el resultado de toda una consistente reevaluación del pensamiento humano sobre la naturaleza y el objetivo de la vida. Porque, finalmente, lo que importa es descubrir la relación moral, la integración hombre Dios, no como factores antagónicos, sino complementarios, en otras palabras, incluir a Dios en lo cotidiano, en las cosas de todos los días, como un hecho natural.

La comprensión de las leyes que rigen el universo moral es esencial para explicar e incluso justificar la vida. Ese sentimiento se viene formando muy lentamente, debido en parte a los obstáculos del oscurantismo religioso. Mas depende también del progreso intelectual del hombre, porque no basta una fe que sólo substituya el miedo, ni la dependencia indigna en que, de manera general, se ha colocado la relación hombre Dios. Los descubrimientos científicos desmistificaron las actitudes arrogantes de los que siempre hablaron en nombre de Dios y se apropiaron de la verdad, tomaron las llaves del cielo, expulsaron al hombre del paraíso, crearon el demonio y el infierno.

La ciencia, a su vez, no resolvió el problema de las causas primeras, en principio porque le faltan instrumentos y madurez. A pesar de eso, hay mucha pretensión en sus afirmaciones negativas. Las propuestas y afirmaciones sobre la Inteligencia Suprema son, frecuentemente, ilógicas, y reflejan, más bien, ideologías y posiciones materialistas cristalizadas.

Dios se muestra en su obra; y el conjunto de Leyes que regulan el crecimiento del individuo en el tiempo y en el espacio, reveladas por el espiritismo, es buena prueba de su Inteligencia Suprema. Inmortalidad, reencarnación, progreso constante, comunicabilidad recíproca entre personas encarnadas y desencarnadas y una proyección cósmica, por la habitabilidad de los mundos, constituyen los pilares de esta estructura filosófica, científica y moral a disposición del ser humano.

La adoración a Dios, que Kardec eleva a la condición de ley natural y que la Antropología, de hecho, solamente propenderá a confirmar, es la historia del largo proceso de crecimiento del Espíritu, a través del tiempo. Dios es Espíritu, esencia. El hombre es Espíritu, esencia, aunque revestido de organismos físicos sucesivos, para expresarse en el mundo de relaciones en que vive. El Creador y la criatura hechos a imagen y semejanza, como pregonaba la Biblia, están integrados en el universo, en una comunidad permanente, actualizada e indestructible.

El espiritismo propone una reevaluación en la adoración a Dios, para que la religiosidad auténtica sea la reconciliación del hombre consigo mismo y con sus semejantes; y el abandono de las divisiones entre lo divino y lo profano, reafirmando así la presencia de Dios.

Después que Nietzsche declaró que Dios está muerto, expresando la angustia de pensadores e intelectuales por la inconsistencia de los argumentos teológicos, ganó fuerza un movimiento que pretende demostrar lo innecesario de su presencia en la vida. Ya los enciclopedistas, organizados por Diderot, se negaban a considerar la hipótesis de la existencia de dios.

Para muchos intelectuales y pensadores Dios está o estaba muerto. Los que están a la cabeza del mundo, los que piensan, los que filosofan, respondiendo a las dudas que emergen naturalmente del proceso de la vida, las dramatizaron e irónicamente proponen la nada, el vacío, el acaso para substituir la idea de Dios, que les parece insoportable, aplastante e indefendible.

Ciertamente se basan en las afirmaciones teológicas para su negación. Las iglesias siempre afirmaron ser los representantes de Dios. Mas admitir que El necesita de representantes, sería aceptar que está ausente, que no puede comunicarse directamente con la criatura, que precisa de colonizadores, sátrapas o intermediarios. Si Dios es Omnipotente, ¿por qué necesita de representantes? Esa tentativa de crear un Universo sin Dios -y que es también el testimonio de que se ha alcanzado la mayoría de edad- fue inducida por la necesidad de liberarse del yugo y de los mandamientos de las iglesias. Un Universo sin Dios equivale a un Universo sin Espíritu. El hombre rechazó las revelaciones, las determinaciones divinas siempre vehiculadas por la boca de sacerdotes o visionarios, y decidió descubrir cómo las cosas se manifiestan, cómo y por qué la vida se desenvuelve. Su búsqueda de los mecanismos de la vida produjo ciencia y tecnología. Sin embargo, tanto en el macro como en el microcosmo, se han hallado en orden sincrónico unas fuerzas armoniosas y con tal flujo de energías que si no fuese por toda la negatividad acumulada- tienden únicamente a probar la existencia de una Inteligencia Superior. En verdad, lo que la ciencia ha hecho es copiar, pobremente, a la naturaleza, en la medida en que descubre los códigos de la existencia.

Otra prueba que indica la presencia de la Inteligencia Suprema está en el equilibrio ecológico, que se evidencia conforme menoscabamos la calidad de vida mediante la devastación de la naturaleza, con el pretexto del progreso. Se ha verificado que el daño progresivo al ambiente por la contaminación -de los acuíferos y de la atmósfera- por la defoliación, por la caza y la pesca depredatorias, llevarán al colapso total del equilibrio establecido por la Inteligencia Suprema.

La humanidad occidental está separada, en gran parte, de la idea de Dios, porque todavía ve en El, más al Jehová arbitrario que al Padre que Jesús de Nazaret mostró. Y esto ocurre porque carece de mayores informaciones, (o se obstina en no aceptarlas), acerca de como se desarrollan los mecanismos de la vida, los principios de Justicia, de participación equitativa, de oportunidades y de posibilidades de crecimiento para todos sin distinción, como se debe esperar de una Dios Sabio. En fin, de un Dios que no se adore en altares, sino que se pueda encontrar en todas partes.

El Dios cristiano es una mezcla del Jehová de los judíos y del Padre que Jesús mostró. Es una mezcla de un Dios que castiga y de un Dios que perdona. La tesis espírita de que Dios no castiga ni perdona aparenta, a primera vista, ser alienante, es decir, parece que cae en un inmovilismo ingenuo, según el cual, después de crear, Dios se desligó de la creación. Mas no es así.

Por el contrario, el espiritismo enseña que Dios no ejerce su Sabiduría y su Poder arbitraria o pasionalmente. En esencia, cada individuo dispone de recursos interiores capaces de superar las imperfecciones naturales de su crecimiento en el tiempo y en el espacio. Para eso, le son ofrecidas oportunidades de ejercer el patrimonio de la vida sin interrupciones intrínsecas, sino permanentemente, en segmentos reencarnatorios.

La muerte de Dios decretada por el pensamiento materialista creó lo que se llama religiones sin religión, esto es, reformadores sociales, científicos y pensadores que no admitían la presencia de una Inteligencia Suprema, ni una realidad espiritual para el hombre más allá de los umbrales de

la vida física, y aún así, sacrificaron su propia existencia para crear nuevas y mejores condiciones para los habitantes del planeta, estableciendo invariablemente un código moral, en que la participación, la división del tiempo, talento y esfuerzo tienen por objetivo el bien común.

Esta contradicción demuestra que el hombre ha crecido lo suficiente como para comenzar a entender el orden universal por encima de los parámetros que las creencias religiosas alcanzaron hasta aquí. Para confrontarlas, y hasta por falta de opción, negaron los valores espirituales y por consecuencia la presencia de un Dios, que dentro de la visión religiosa vigente, se vuelve impotente para resolver las cuestiones que el hombre propone.

El espiritismo no teme esa aparente muerte de Dios. Lo que muere, en cualquier circunstancia, es siempre la envoltura la armazón externa. La esencia es indestructible; tiene una relación sólo eventual con los embalajes que el hombre hace y deshace. Imperturbablemente, la esencia continúa siendo lo que es. Porque, siendo, no importa que la llamen Jehová, Alá, Brahma. Siendo no importa incluso que la nieguen. Lo que es, es.

Se puede, como ahora, destruir una envoltura que ocultaba la idea de Dios. Eso no toca el meollo, el centro. El espiritismo ofrece actualmente una opción. Suponemos, sin embargo, que otros embalajes serán necesarios, en el futuro, para que el conocimiento más perfecto acompañe el crecimiento del hombre. Éste, en los últimos siglos, se vio presionado por el poder divino, aplastado por la incertidumbre de su acción, confuso entre la imagen aterradoramente de Jehová y un llamamiento amoroso y paternal predicado por Jesús de Nazaret.

Hoy es preciso que encuentre en Dios su aliado; el que teniendo el Poder le suple las condiciones para crecer. El que disponiendo de Sabiduría le permite la búsqueda de la verdad; siendo Amor, colma el universo de encantos, organiza un festival de belleza, como lo son los colosos en equilibrio de la mecánica celeste.

La búsqueda de Dios es la búsqueda de sí mismo. Es vana la presunción de penetrar su esencia, mas es justo el intento de encontrarlo, a fin de vivenciar con él el desafío de la vida.

XII

En fin, ¿cuál es la contribución del espiritismo al entendimiento de Dios? ¿Qué de nuevo añadió la Doctrina al universo de conjeturas, negativas y afirmaciones acerca de la existencia de una Inteligencia Suprema? ¿Podríamos decir que el espiritismo resolvió la cuestión? El espiritismo recalca que no pretende resolver el problema de la esencia divina, simplemente porque no existen condiciones para hacer eso posible. Las causas primeras más cercanas a nuestra realidad, como, por ejemplo, el origen del hombre, orgánicamente hablando, permanecen en el campo de la especulación. ¿Cómo se podría, en el buen sentido de la palabra, juzgar que se tienen condiciones para penetrar en lo absoluto? Humildemente el espiritismo confiesa que nada puede añadir al conocimiento humano que por ahora conduzca al meollo, a la estructura, si así podemos decir, de Dios.

Desde el punto de vista moral, lo que el espiritismo procura mostrar es la presencia de una Causa Inteligente y en su análisis del hombre y del mundo, señala, lo mejor posible, con instrumentos lógicos y experimentales, cómo ésta se manifiesta en la vida. Y el conocimiento de la Ley Divina o Natural, que el espiritismo evoca, permite dar un paso al frente en la comprensión de la divinidad, sin, a pesar de eso, explicarla.

Es sintomático que la variación de las cualidades de Dios sea inherente a la formulación de las teorías morales, que corresponden, a su vez, al momento histórico. Así, el Dios de Moisés es altamente contradictorio, parcial y regional, y el cristianismo lo va universalizando, aunque esa

universalidad esté restringida al occidente. Sin embargo, persisten residuos de la estructura mosaica complicada por la teología cristiana. Esta procuró resolver la cuestión de Dios dentro de una visión absolutamente autoritaria, arbitraria, casi perversa. El Dios cristiano, aunque más avanzado que el Dios de Moisés, todavía se vincula al aspecto airado de Jehová. Incluso dentro del cristianismo, la visión de la divinidad tiene sus matices algo diferentes para los católicos y protestantes. Aunque ambas facciones lo ven como un Dios vengativo, parece que los protestantes desarrollaron en sentido más sádico, más cruel, tal vez porque lo tienen encarcelado, retenido en la Biblia. Y el Dios bíblico es realmente muy duro.

Así, si el espiritismo nos da una razón diferente para la vida, si ésta razón se muestra como una constante dinámica, inalienable y permanente del Espíritu, y éste, por fin, se comporta como un ser inteligente, inmortal, atemporal, entonces, también, necesariamente, la imagen de Dios cambia.

Es lícito decir que la visión espírita afloja los lazos persecutorios del Dios cristiano. En el espiritismo su presencia es una fuerza positiva, ayudando, ofreciendo oportunidades para el crecimiento del Espíritu. Dios se muestra como aliado, distribuyendo la justicia sin condenas o perdones privilegiados, obtenidos por medio de oraciones, pedidos o intercesiones. El Universo, puede decirse, está penetrado por la afectividad divina, por el amor que rige las combinaciones que componen las agresiones y energías que sustentan la vida. Mas, desde el punto de vista de la Doctrina Espírita, no existiendo en un sentido amplio la institución del pecado, sobra el aprendizaje constante, la reparación posible de los desvíos y las colisiones con la Ley Natural.

Otra cuestión es si la presencia de Dios continúa siendo necesaria. Si es verdad que no tenemos elementos para figurarnos cómo es Dios, sabemos, empero, lo que no puede dejar de ser. Aunque este argumento pueda ser también usado para dar base a los que afirman que nosotros construimos un Dios perfecto, por encima de nuestra razón y de nuestro conocimiento, como forma de proyección, como manera de suavizar la inseguridad y permitir la esperanza, lo cierto es que ese razonamiento se impone ante los hechos concretos con que la vida se manifiesta. Existe una directriz, una fuerza aglutinadora y una razón inteligente para la vida. Eso prueba que quien o lo que organiza, mantiene y estimula esa superestructura vivencial, es realmente superior, infinitamente superior a todo cuanto hasta ahora el hombre construyó y soñó. Esa fuerza moral es Dios. Si la designamos como un Ser es porque sería estúpido ligarlo a la materia o a un grupo indefinido de energía ciega, ya que así, estaríamos negando todo cuanto se afirmó.

Es evidente que, debido a los arquetipos creados por nuestra vivencia desde las cavernas, a través de las civilizaciones que se han sucedido, hasta alcanzar las condiciones de la sociedad cristiana, hablar de Dios nos sugiere automáticamente una imagen antropomórfica. Si ya dejamos de lado las imágenes bizarras de animales y cosas, surge la del hombre, la del anciano sentado en su trono, como nos lo hicieron ver las iglesias. Si lo llamamos Padre, nos recuerda la imagen paterna, del proveedor y del héroe, del enemigo o del represor, que son características psicológicas de las relaciones padre e hijo. Ya conseguimos hacer la abstracción y considerarlo invisible, mas es difícil entenderlo sin forma, como quería la propia Biblia: El Dios invisible, cuyo nombre ni siquiera puede ser pronunciado.

La presencia de Dios no es solamente necesaria. Afirmar eso es, como de costumbre, invertir las posiciones. El es el Creador, el primero que hace, el que estructura el principio, el que establece la Ley. Nosotros somos consecuencia de El. Si existimos, El necesariamente existe, pues, venimos de El, somos su creación. Esa unión, esa dependencia sólo será comprendida, ampliada y entendida paulatinamente. No hay otra salida y todo lo demás es fantasía o locura.

Lo que siempre causó impresión fue la aparente contradicción entre los llamados atributos de la divinidad y la realidad de su existencia. Debido a la forma como todo fue concebido por las

teologías, es lógico que se espere de ese modelo lo mejor, lo perfecto. Y esa contradicción entre las expectativas de una acción perfecta, que haga compatible el modelo ideal con la realidad es la X (la incógnita) de la ecuación. Hay un choque, una colisión incomprensible entre la realidad y el modelo.

En ese punto, la contribución del espiritismo es fundamental. Aunque no se apresura a intentar una explicación posible de la naturaleza divina, se esfuerza en comprender sus leyes. Y al comprenderlas, desplaza a Dios de la posición de mandarín chino, gobernando la búsqueda vivencial, distribuyendo una justicia sospechosa, enredado en las telarañas de las oraciones y pedidos, de las condenaciones al fuego eterno, luchando contra el diablo, en fin, una parafernalia caótica, en un mundo de dolor y sufrimiento. Al mismo tiempo, se consolida su presencia, porque promueve el buen orden en la concepción de la vida, lo que parecía caos se entiende ahora como partes magnéticamente relacionadas, atraídas y rechazadas en el juego de las leyes de las afinidades y de causa y efecto.

No se juzgue que esa visión del papel de la divinidad en la vida, convierta a Dios en la Ley, esto es, que lo descaracterice como Ser. Dios está por encima de la Ley, porque El la creó. El actúa, por medio de esas leyes, y, ciertamente, por encima de las cuestioncillas del diario vivir humano. Por esto, pues, según el espiritismo se justifica la adoración a Dios, y no porque el Espíritu deba asumir la actitud sumisa de humillación y de tributario que los reyes acostumbraban a exigir de los súbditos. Es en ese aspecto que el Padre de Jesús debe ser entendido: Una solicitud de amor que equilibra el universo; es el meollo de la Ley.

No tenemos, por otro lado, la exacta noción de amor, ya que El, para nosotros, es motivo de intensa adjetivación, cubriendo las emociones, sentimientos y afectos que componen el mundo del sentir del Espíritu. Sabemos solamente que es un estado óptimo, un momento de plenitud, una forma maravillosa, perfecta de comunicación. Es solicitud, donación, aceptación, en fin, un espacio que se abre cada vez más, permitiendo la ampliación de la visión interna y la relación satisfactoria, adecuada y constructiva con los demás.

Esa no es tarea fácil. La imagen de Dios está desgastada por siglos de teología, maculada de miedo, cercada de incógnitas y misterios. Su voluntad ha sido corrompida, utilizada como hierro candente para marcar al hombre con el toque austero de su autoridad misteriosa. Verlo desde un ángulo nuevo, librarse del compromiso con esa herencia trágica y cultural, es trabajo arduo, que sólo se alcanza con dificultad mediante la reflexión y la renovación.

Todo el montaje filosófico del espiritismo se encauzó en esa dirección, para que la visión del hombre y del mundo condujese al Espíritu hacia el conocimiento de sí mismo y de su posición en la vida, a fin de habilitarlo para que tenga una visión más realista o menos temerosa y cruel de Dios.

LA INMORTALIDAD

Habrà quien opine que la Inmortalidad es uno de los mitos creados por el hombre, una especie de gran esperanza, un deseo profundo de sobrevivir, de persistir, una reacción contra la inexorabilidad de la muerte. Sin embargo, la Inmortalidad no es solamente una necesidad creada por el hombre para engañarse ante el poder de la muerte. Es una experiencia comprobada científicamente a través de los fenómenos espíritas.

El enfoque de la Inmortalidad continúa centrado en una visión unilateral que sólo acepta la vida a partir del nacimiento de un ser humano que no ha existido previamente, y que comienza a existir con la fecundación del óvulo en el vientre materno. Entonces, según ese enfoque, comienza

todo el drama, el apretado torneo existencial que comprime al ser entre los símbolos definidos, marcados, herméticamente cerrados de los números y del tiempo.

Arrojado al vórtice existencial, el hombre se encuentra luchando contra un complicado sistema de acción y reacción frecuentemente fuera de su control, de tal modo, que él no es el agente, sino el paciente de ese proceso. Vive orgánica, psíquica y mentalmente dentro de límites precarios. No dirige su propia vida. Esta puede escapársele inesperadamente. Pero lucha, ¡y como!, para mantener viva su llama. Mas la muerte viene, siempre.

Y la Inmortalidad surge como el nebuloso Más Allá, la última posibilidad de continuar siendo después del cruce inevitable de los umbrales del sepulcro. Ese Más Allá, siempre envuelto en densa neblina, es un lugar misterioso, lleno de leyendas y supersticiones. Tanto la religión como la ciencia afirman oficialmente que nadie ha vuelto para contar como es. No obstante, a lo largo de toda la Historia de la humanidad corren de boca en boca narraciones fantásticas, terribles o agradables, sobre las relaciones que algunos afirman haber tenido con los que han pasado al lado de allá.

Artistas y escritores de todas las épocas, en conformidad con las premisas de las iglesias, describieron en las regiones del Más Allá el cielo y el infierno. Las descripciones del infierno han sido más frecuentes, bien sea porque las iglesias siempre tuvieron más interés en los castigos y el pecado, o bien porque el calor infernal corresponde más a las expectativas de la mayoría.

En todo ello se ve claramente la inmadurez de la ciencia, de la religión y del conocimiento humano frente a lo real. Apegados, como es natural, a los hechos de la vida de relación concreta e inmediata, el Más Allá continúa siendo el continente inexplorado que, como a semejanza de los mares y océanos en la mente de los antiguos, está habitado por monstruos sin cabeza, duendes infernales y serpientes traicioneras prontas a tragarse a los incautos que intenten aventurarse en esa dimensión de la vida.

Es absurdo ver como todavía hoy los cultivadores del conocimiento humano se horrorizan al pensar sobre la naturaleza espiritual del hombre. Se niegan a investigar y no aceptan que inevitablemente descubriremos los otros continentes que también forman parte de la existencia del individuo, y que entonces la Inmortalidad aparecerá como algo natural, como una cualidad inalienable del hombre.

Quien recorra el camino de la teología y el ambiente general de la cultura de la Edad Media, no se sorprenderá por la opinión de la mayoría de las personas, incluyendo los científicos, con respecto al Espíritu. La ignorancia, la superstición que campeaba con fluidez en aquellos tiempos marcaron los rumbos del pensamiento humano de manera muy profunda; y no es extraño que 400 o 500 años, de los cuales, en verdad, sólo en los últimos 100 se han presentado respuestas más agresivas, no hayan bastado para limpiar las mentes de sus prejuicios. Y principalmente la de la ciencia, que precisando liberarse de las ataduras teológicas, se esforzó en volverse escéptica para defenderse. Y entonces creó sus prejuicios particulares. El hombre es una máquina biológica, afirma y se ríe, tal vez con miedo, de su naturaleza espiritual.

El espiritismo se fundamenta en la existencia y el progreso del Espíritu, esto es, del hombre. No afirma que el Espíritu es el hombre. Eso sería invertir el proceso natural. El hombre es esencialmente un espíritu, pero su realidad existencial incluye también el cuerpo físico y un cuerpo fluídico intermediario que Allan Kardec llamó periespíritu.

Aunque a primera vista la existencia de un cuerpo fluídico parezca complicar la cosa y tornarla mística sin necesidad, el periespíritu es una realidad que cada vez se comprueba más. No lo atestiguan únicamente la visión de los santos y médiums, visionarios y videntes, sino también la propia evolución del conocimiento científico. La afirmación de que la materia es, ante todo, una

forma de energía, facilita comprender la existencia de ese organismo quintaesenciado. El llamado efecto Kirlian, un proceso de fotografía mediante electrodos de alto voltaje, ha demostrado la existencia de un cuerpo bioplásmico, una irradiación energética que estaría en la base de toda formación orgánica, siendo esto una prueba científica de la existencia del cuerpo fluídico, puesto que dicho cuerpo bioplásmico es su equivalente. Naturalmente, el concepto fluídico en el espiritismo identifica una forma de materia sujeta a una velocidad molecular diferente. Sin embargo, tanto lo que llamamos fluídico, como la materia concreta, palpable, constituyen diferenciaciones del mismo elemento primordial.

II

El análisis de la naturaleza del hombre, en cuanto Espíritu Inmortal, comienza para el espiritismo en su concepción de que el espíritu fue creado simple e ignorante. Esa afirmación que es básica para entender la visión espírita del hombre, sugiere al mismo tiempo cuatro condiciones.

- a.- existe en el universo un elemento creador, capaz de producir un ser dotado de inteligencia;
- b.- ese ser inteligente es creado en potencia, perfectible, como un proyecto, un llegar a ser, un ser realizable;
- c.- por ser un proyecto, un ser realizable, es inmortal; posee como cualidad propia la capacidad de permanecer individualizado fuera del tiempo;
- d.- es necesario un elemento externo que le ofrezca a ese ser realizable, un medio suficientemente adecuado para su desenvolvimiento, para la realización de su proyecto.

Se puede, así, estructurar la visión espírita del hombre considerando su existencia desde mucho antes del nivel racional. Esto es, existe una filogénesis y una ontogénesis, que abarcan la historia personal de cada uno (ontogénesis) dentro de una realidad colectiva (filogénesis), un arquetipo para la construcción de situaciones, civilizaciones, formas y actitudes, ocupando el medio, manipulando el elemento material e integrando individuos de naturaleza inteligente.

Según el espiritismo, el desarrollo del ser realizable como principio inteligente se hace a la par con la creación, destrucción y renovación de formas orgánicas e inorgánicas. Es una relación profunda, identificadora, como un mecanismo de expresión de las necesidades instintivas y progresivamente más refinadas del ser.

Aunque Allan Kardec presentara sólo como una posibilidad la etapa de aprendizaje del espíritu, aún como principio inteligente potencial en los reinos inferiores de la naturaleza, hoy es prácticamente unánime la aceptación de esa tesis, delineada con franqueza en El Libro de los Espíritus.

Esto no causa mucha sorpresa después de las innumerables experiencias con animales, tanto en el campo biológico, antropológico y psicológico como en el psíquico. Si de acuerdo con Darwin, hay en la naturaleza una selección natural, es comprensible que la experiencia instintiva y de automatización de reflejos sea indispensable para la estructura del Espíritu, pues de esta manera lo equipa con los mecanismos interiores que sustentan la vida vegetativa, mientras él queda libre para atender las actividades superiores.

Por eso mismo el espiritismo empieza a interesarse por el Espíritu a partir del momento en que éste arriba al horizonte racional, cuando reconociéndose como individuo principia a tener una relación verdadera con los demás. En ese nivel, en donde el proceso existencial ya superó los grados más elementales, el Espíritu comienza a reconocer su propia naturaleza. Esto quiere decir que hasta ese instante no tenía la posibilidad de distinguir la diferencia entre el elemento material y

su naturaleza espiritual. Ese concepto global había creado una identidad totalizadora, de modo que el ser era la materia, el organismo, tanto cuanto el organismo era él mismo.

Asumiendo las cualidades de discernimiento y selección que son características en ese nivel racional, se inicia una nueva fase donde el elemento afectivo, casi todo impulso puro, comienza a someterse a los límites que la relación con los otros le impone. Ese entrecuque, generando la pasión, mueve al Espíritu a la creación de condiciones vivenciales, dentro de las limitaciones de cada momento, que hagan su existencia soportable y menos sufrida.

Surgen con las sociedades los impedimentos morales que se crean en torno a las concepciones culturales de cada momento. No obstante, la mayoría de estos escollos morales resulta también de la asimilación de las leyes naturales -incluidas en la naturaleza- y que establecen una implacable reciprocidad de causa y efecto, de lucha por la sobrevivencia y la superación, aportando al agente de esa aventura, al Espíritu, aunque de forma no consciente, elementos para distinguir el bien del mal. Esto es tan cierto que a pesar de estar sometidos a la constante revisión que el tiempo impone, los fundamentos de la moral son más o menos universales, aunque sean negados temporalmente por ideologías y sistemas pasajeros. Es el aprendizaje forzado por la vivencia el que establece las condiciones que hacen la vida posible, tanto en la sobrevivencia animal como en las relaciones afectivas del hombre.

Así se constituyó la civilización, así se constituyen los códigos morales y la creencia en un Ente Superior, todo sujeto a cambio conforme nuevos elementos se adicionan al conocimiento de acuerdo con las revalorizaciones de antiguas verdades. Es el camino del ser realizable, venciendo etapas, superándose, individual y colectivamente. Es lo que llamamos evolución, la acumulación de vivencias a lo largo de las experiencias, creando las bases y las condiciones para que el ser perfectible se vaya destacando, afirmando, conociendo su naturaleza y dominando el medio ambiente.

III

Pero la muerte es un hecho. El hombre se reconoce como una persona, se relaciona con los demás, crea y desarrolla sistemas de vida, de moral y de creencias. Y después de la muerte, ¿qué ocurre? ¿El fin? ¿La nada? ¿O la vida continúa? La afirmación de que la muerte sólo elimina el cuerpo físico impone la necesidad de que exista un lugar en el Más Allá dónde el alma liberada pueda estar. Surge así configurada la existencia de una forma de vida que dé consistencia a la Inmortalidad. Porque, aunque sea una esencia pura, el alma es alguna cosa. La teología se ve confrontada con esta circunstancia. No es otro el motivo de que haya entre los cristianos cierta variedad en la creencia de la Inmortalidad, y por eso la resurrección de la carne en el día del juicio final se elaboró para resolver la cuestión de cómo se presentará el alma.

Para los que creen en una sola experiencia corporal, el Más Allá es el terminal de la vida. Por tanto siendo lo único permanente, el Más Allá resulta ser la verdadera vida; sirviendo la existencia corporal a las Iglesias, sólo como una etapa destinada a separar a los que bajarán al infierno de los que subirán al cielo. Para ellas el Más Allá está dividido en dos partes irreconciliables e irreversibles: la del paraíso para los buenos y la del castigo para los malos.

Esta es la primera fase para comprender la Inmortalidad. Descubrir que existe -si es que existe- el Más Allá. ¿Viviremos en ese Más Allá o seremos depositados irremediamente en lugares de premio o castigo? Al punto de vista moralista, teológico, no le interesa el Ser Inmortal en sí mismo. Le interesa describir sus tormentos o sus bendiciones en ese Más Allá. En fin, la religión vive para promover el Más Allá de la Tumba. Allí, dicen, reina la eterna felicidad o el

suplicio eterno. La vida terrenal es un gólgota sangriento, lleno de abismos y tentaciones. Por su fragilidad, el hombre está poco protegido por los heraldos del bien y muy tentado por los sicarios del mal. Penitencias, flagelaciones y represiones se ofrecen como móviles capaces de promover el futuro. Un presente miserable, pasajero, lleno de dolores e inhibiciones a cambio de un futuro de felicidad eterna.

El problema estriba en como entender la eternidad. ¿Cómo puede un ser que se ve finito, oprimido, abatido entre la cuna y el tumba, entender la eternidad? Eternidades son los sufrimientos de algunos minutos, la angustia de las pasiones no resueltas y de los dolores actuales. Liberarse de esa eternidad y disfrutar el gozo del minuto que pasa, es mucho más concreto y real que las promesas de un futuro en un lugar imprevisible de un Dios que se muestra parsimonioso y titubeante frente al mal.

La eternidad es un problema insoluble para el hombre relativo. De ahí la poca resonancia de esa promesa racionalmente tan bien estructurada, pero afectivamente vacía. Tanto que ni los sacerdotes de las iglesias creen en ella, pues siempre se han entregado a los placeres de la carne, según dice a las iglesias la jerga condenatoria.

La investigación espírita del crecimiento del Espíritu también nos muestra una visión del mundo muy diferente a la teológica. Apoyada en la concepción utilitarista, la teología desarrolló su concepción del mundo a partir de lo concreto, aunque hable de lo inconmensurable, de lo imponderable, de lo espiritual. Se suponía que la realidad era lo concreto, lo material. Lo espiritual es etéreo, inconsistente, no ocupa lugar en el espacio, no se puede medir. Por tanto, no es un objeto que pueda considerarse objetivamente. Esa suposición positivista es hoy sólo ceniza. La solución del problema del Más Allá comienza cuando nos damos cuenta de que la materia es un término que se ha tornado cada vez más elástico. Las antiguas definiciones que describían la materia como concreta, impenetrable, ocupando lugar en el espacio, ya no pueden sustentarse por no corresponder a la realidad. La materia se transubstancia en energía y ésta asume gradaciones innumerables.

En El Libro de los Espíritus, publicado en 1857, la cuestión de la materia fue descrita por Allan Kardec como uno de los elementos constitutivos del Universo, añadiendo el fluido cósmico universal como elemento intermediario que llena el vacío aparentemente existente entre el Espíritu y la Materia, considerados así como dos factores distintos, en un dualismo práctico. La definición que los Espíritus Superiores dieron de materia fue realmente sabia: el lazo que sujeta al espíritu; sobre el cual él actúa.

(“La materia es el lazo que sujeta al espíritu; es el instrumento que emplea y sobre el cual ejerce, al mismo tiempo, su acción.” El Libro de los Espíritus, Cap. II, Preg. 22. Ed. Kier, 1982. Nota del Traductor.) La ciencia camina hacia la configuración del estado material que llamamos fluídico (¿plasma?), o materia quintaesenciada, cuya estructura molecular, aunque básicamente idéntica a la materia condensada, posee características de motilidad diferentes, que garantizan su agregación; pero, con cualidades especiales de adaptación, de acomodación a la voluntad y al pensamiento. Esa cualidad y esa motilidad especiales se ejercen más allá de los límites sensoriales del hombre orgánico, de ahí su invisibilidad. Están por sobre la escala de percepción conocida, como ciertos gases imperceptibles al sensorio, o como los microorganismos que componen el microcosmos.

De ello resulta que la estructura física de la Tierra puede concebirse, grosso modo, como constituida por una parte de materia condensada en el plano corporal de acuerdo con los límites sensoriales del hombre, y por otra, de materia fluídica adaptada a niveles de vibración diferentes. Esas dos mitades de la misma realidad componen, según el espiritismo, el plano físico y el

extrafísico o espiritual. Se entiende que esos términos son recursos simbólicos que facilitan la comunicación de datos diferentes en su expresión externa, pero que guardan una íntima correlación.

En la primera etapa, si así puede decirse, de la evolución del principio espiritual, todavía en los reinos inferiores, su horizonte está restringido a la parte concreta de la estructura material. En la lucha por la sobrevivencia, la creación y la destrucción de organismos es constante. Alcanzada ya la fase hominal, despertada la razón, comienza para el Espíritu el conocimiento y posterior dominio de la fase extrafísica de la organización terrena. En ese momento nace también el periespíritu [Por lo menos en su fase intelectual].

Producto de la evolución filogenética y ontogenética, (de la especie y del individuo), el periespíritu es una organización psicosomática, tejida con materia quintaesenciada o fluídica, mantenida por la actividad mental continua que solamente se obtiene en la fase hominal. Como intermediario, el periespíritu es la sede para la mente espiritual, ligándose, entretanto, molécula a molécula, al cuerpo somático. Como elemento de integración, se forma a partir del núcleo mental en cada encarnación junto con el cuerpo somático, del cual es, exteriormente, una réplica. No es prisionero de las células físicas, pudiendo exteriorizarse del organismo sobre todo durante el sueño.

Es en el sueño físico, donde comienza la exploración del mundo extrafísico mediante la exteriorización periespiritual. En ese momento, el Espíritu se percibe doble, esto es, posee dos cuerpos, porque durante el sueño, lo somático descansa, mientras que lo psicosomático se desdobra. Ese contacto, tímido e impreciso durante el sueño, se amplía en el tiempo y en el espacio después de la muerte, y el Espíritu emprende la conquista de esa parte de la realidad.

Gradualmente se procesa una duplicación existencial, tanto en el plano personal como en el social, de modo que el espiritismo revela la existencia de una sociedad perfectamente delineada, estructurada en el Más Allá. La expresión perfectamente delineada no debe entenderse como sinónimo de perfección, de elevación; sino como el intento de describir una forma de vida idéntica a la de la Tierra, aunque con peculiaridades específicas.

Con ese descubrimiento, el espiritismo reduce el Más Allá a su condición de hábitat material, extrafísico, donde el espíritu continúa desplegando su vida. Esta reducción no es simplista, ni pretende literalmente resolver la cuestión del cielo y del infierno. Se inserta, sin embargo, en el cuadro natural con que la Doctrina Espírita observa y describe el Universo, sin dejar de considerar su complejidad.

Basado en materia que responde a la acción del pensamiento, lo extrafísico es el ambiente de la realidad moral y espiritual. Allí, el pensamiento no es una forma imprecisa; sino que se concretiza totalmente en la expresión del cuerpo psicosomático por entero. En esa sociedad, las miserias son más evidentes, las deformaciones más visibles y no hay manera de construirse una máscara. Es una parte de lo real, aparentemente fantástica, debido a todos los factores condicionantes de nuestra visión corporal, orgánica.

Mas su existencia ha sido constantemente comprobada, a través de la Historia, aunque debe comprenderse que videntes y médiums que penetraron allí, por las vías del desdoblamiento mediúmnico, contaron lo que vieron y sintieron de acuerdo con sus propias ideologías. Según el relato de algunos Espíritus a través de la mediumnidad, en ese espacio hay lugar tanto para organizaciones superiormente estructuradas, como para el caos existencial de los Espíritus desequilibrados y angustiados.

Lo extrafísico es como el mundo microcósmico, para usar una comparación hecha por Allan Kardec. Antes de la existencia de lentes que permitieran observar lo infinitamente pequeño, quien hubiese hablado de la existencia de microbios, de formas infinitesimales de vida, hubiera sido con razón catalogado como loco. ¿Cómo podría aceptarse que un una gota de agua existen millones de

microbios, y que diariamente cada uno de nosotros come, respira, manipula billones de esos microorganismos y ni nos damos cuenta de eso? Sin embargo, existen. Sólo es necesario disponer de instrumentos adecuados para verlos y su existencia se comprueba. Así sucede con los Espíritus. Están a nuestro alrededor, conviven con nosotros y somos capaces de jurar que no existen. Mas, si tuviéramos un instrumento apropiado, un médium, podríamos comprobar que en verdad existen.

La gran contribución del espiritismo fue el descubrimiento del plano extrafísico. Decimos descubrimiento, porque antes del espiritismo esa parte de la realidad estaba soterrada por leyendas, supersticiones y fantasías. Ahora se puede comprenderlo mejor: en la actual circunstancia evolutiva de la colectividad terrenal, es un lugar de transición, un espacio para la permanencia del Espíritu entre encarnaciones.

Descubierto el plano extrafísico, puede el espiritismo desmistificarlo y desmitificarlo. Es un lugar donde están los hombres desencarnados. Esto lo define como un complejo de interacciones y relaciones mentales y afectivas que incluye todos los niveles de inteligencia y moralidad.

Nuestro propósito en esta breve y didáctica explicación es establecer una posible línea de comprensión del desenvolvimiento del Espíritu a partir de su creación simple e ignorante. En suma, lo que el espiritismo esclarece es que ese principio inteligente aspira a volverse consciente, a explorar su potencialidad, resolver su angustia, impulso propulsor de su ansia de vivir, de superarse, de ascender.

Muchos se preguntan, cuál será la razón del vivir; por qué ese principio inteligente desea continuar, permanecer. Esa pregunta, válida sin duda, representa, no obstante, una preocupación del consciente inmaduro. La vida no precisa de un objetivo, de un fin. Si la vida tuviese un fin, un punto terminal, ese punto sería la muerte. La vida es (persiste), mientras se baste a sí misma, mientras se entretenga en la agitación del vivir, en la búsqueda interminable del llegar a ser. Las figuras nirvánicas son autodestructivas y simbolizan una forma de ansiedad, proveniente de la inseguridad que procede de esa entrada en lo racional, que representa lo relativo, la conciencia de la impotencia ante los caminos de la vida. Se piensa en un fin para justificar la falta de una visión continua, desdoblada del existir fuera del tiempo. La visión está restringida al aquí y al ahora.

El hecho es que se vive y se tiene vida. Y que el espiritismo afirma que ésta es inmortal, permanente y continua.

La segunda fase para comprender la Inmortalidad proviene de descubrir que esta cualidad está incluida o es la base de toda una estructura evolucionista, toda vez que la Inmortalidad no tendría sentido si no propiciase, si no crease una condición de perfectibilidad. Naturalmente, el concepto de perfección, para el espiritismo, no se enmarca en los modelos teológicos, adinámicos y cristalizados. La perfectibilidad no es compatible con los modelos místicos, sino que se ajusta a la idea de movimiento constante, de agitación y de búsqueda, dentro de un amplio sentido de serenidad. Agitación dentro de la serenidad, una paradoja verbal, mas una forma de vivencia posible cuando el dinamismo se desenvuelve sin la ansiedad y la angustia del misterio o de la precipitación, sino que lo hace en el dominio de los elementos y mecanismos de la vida, poseído solamente por los que han avanzado lo suficiente.

Ese nuevo enfoque de la Inmortalidad converge hacia el hombre, al espíritu, toda la acción de construcción de lo que llamamos destino. Este es más bien la dirección de la acción y reacción en el plano existencial. Comprendemos que el aspecto moral, subyacente a todo el proceso vivencial, es una continua aceptación y sublimación de las energías perfectibles del ser realizable. Esa aceptación y sublimación, sin embargo, no son productos solamente de una pretendida moralización. La vida es (existe) por sí misma. La moral es -en esencia pura- el conocimiento de los mecanismos establecidos por el Creador. La moral en la vida relativa, corporal y no corporal,

ejercitada en la proyección evolutiva es relativa al tiempo y a las circunstancias, aunque guarde, siempre una hebra universal, que es constantemente reajustada, hasta lograr la comprensión de los mecanismos a que nos referimos.

En otras palabras, no es la moral la que crea la vida. Sino que el vivir construye la moral, a partir del momento en que la vida de relación, el reconocimiento de los demás, impone directrices de convivencia en busca de una relación dignificante.

Vimos que el principio inteligente se adiestra en el inicio exclusivamente mediante una identificación profunda con los organismos que va creando para expresarse. Después descubre su naturaleza espiritual, aunque precariamente, al dotarse de raciocinio. Desarrolla el habla para comunicarse, rompiendo el aislamiento afectivo y desarrollando el intelecto. Penetra sin experiencia en el plano extrafísico, cuya existencia le es negada, mientras está encarnado, por los sistemas científicos y místicos, con excepciones de este último, cuando lo reconoce como plano de castigo y premiación. No obstante, según una concepción dinámica de la vida, ésta se desarrolla durante el proceso evolutivo, tanto en el plano físico, como extrafísico, aunque en nuestro nivel, todavía predomine el enfoque y la vivencia corporal.

Cuando se ejercitaba en el reino animal, por ejemplo, el principio espiritual no precisaba sembrar, crear o desenvolver ninguna actividad para sobrevivir, a no ser recoger lo que estaba plantado o matar su presa. Es claro que esa relación no era pasiva; sin embargo, no dependía de su labor, de un planeamiento. Después, al alcanzar la fase hominal, fue paulatinamente compelido a proveer para su sobrevivencia mediante el trabajo organizado, premeditado. De ahí, tal vez, el clamor bíblico en tono de condenación, amasarás el pan con el sudor de tu frente. Y también la presunción del descanso eterno, del nirvana, ante el desafío constante del trabajo, inclusive para mantener la prole, que al contrario de los animales, era débil y para sobrevivir dependía de él durante largos años.

¿Cómo se hizo ese proceso? ¿Cómo fue adquiriendo, paso a paso, las habilidades? Está claro que muchas generaciones se sucedieron unas a otras para lograr ese avance tecnológico. Sin embargo, el principio espiritual que iba ascendiendo a la categoría de Espíritu, aunque envuelto en las relaciones viscerales con lo orgánico, volvió muchas veces al plano físico, al corporal, escenario y lugar adecuado para experimentar los nuevos instrumentos de la razón, los nuevos dispositivos físicos que el organismo más perfeccionado y adecuado le ofrecía.

Estaba, según la ley, completo el ciclo de la Inmortalidad dinámica. Ahora ésta no se presentaba solamente después de la muerte, mas se convertía en una cualidad reconocidamente natural que le era inherente, Nacer, morir, renacer, y proseguir sin cesar, tal es la ley; esta frase inscrita en el mausoleo de Allan Kardec, en el cementerio de Père Lanchaise, en París, sintetiza esa extraordinaria aventura.

IV

En El Libro de los Espíritus, se define Espíritu como el ser inteligente del Universo. Esa unidad inteligente, espiritual, se sitúa como parte dinámica del proceso de la vida, actuando sobre y sufriendo la actuación del elemento material, también, como él, constituyente de este Universo. Espíritu y materia son tesis y antítesis, cuya síntesis es la vida, la existencia. La materia sufre constantes mutaciones, forma nuevas combinaciones bajo la influencia aglutinante o dispersante del Espíritu, mas es también el lazo que lo sujeta. Es el elemento plástico, indiferenciado; constituye el medio sobre el cual el Espíritu actúa. Es cosa.

El Espíritu también cambia, trasciende, se transforma, crece, mas permanece individualizado, diferenciado; es un ser. A veces se simboliza el Espíritu como un foco de luz, una claridad, lo que parece conveniente hasta cierto punto toda vez que la luz es el resultado de un efecto vibratorio, una sucesión de choques de electrones en la estructura de la materia, que genera una unidad de energía, el fotón. No obstante, la luz es materia. Por lo tanto, el Espíritu no es una luz, sino un ser vibrátil, que se agita en los choques constantes del crecimiento, produciendo vibraciones, conforme el grado de angustia, ansiedad o serenidad que alcanzó.

Continúa, pues, prohibido a nuestro conocimiento actual la naturaleza íntima del Espíritu. Reconocer ese hecho nos parece un acto de sano juicio, que el espiritismo asume tranquilamente, porque no está poseído por la ansiedad de explicar de cualquier manera, ni pretende detentar el privilegio de tener respuestas simples y concretas para todo. Con eso, evitamos perdernos en fantasías, en proposiciones sofisticadas, en afirmaciones que la razón no puede alcanzar.

El Espíritu domina la tríada que compone al hombre. Es el elemento espiritual que se une al organismo visceralmente; participa y actúa integrado a cada molécula. Pero no es parte del organismo. Está en el organismo, lo modela, lo sostiene, vive en él, mas lo supera, lo trasciende, no solamente después de la muerte física, sino durante la existencia. No es el cuerpo el que tiene un alma. Es el Espíritu el que tiene un cuerpo, y el que lo usa como instrumento de manifestación y de integración en el mundo.

El periespíritu que Allan Kardec nos revela como un organismo vivo, material, transitorio, formado al influjo de la voluntad del Espíritu, es un cuerpo de elementos fluídicos que permite la unión entre el Espíritu y el cuerpo físico, actúa de intermediario entre ambos, e identifica al Espíritu en el plano extrafísico.

Aunque esté tan unido al organismo, el Espíritu lo dirige sin estar dentro de él. A través de los conductos cerebrales, la mente espiritual se integra al cosmos corporal, como dijimos, de forma total, de tal manera que no hay solución de continuidad (no quedan rendijas). Sin embargo, durante el sueño, por medios sugestivos o por la mediumnidad, el Espíritu puede proyectarse, consciente o inconscientemente, demostrando su individualidad, su naturaleza propia e independiente del cuerpo.

Ya dijimos que no tenemos medios, por ahora, de transformar el Espíritu en una expresión capaz de ser cuantificada, delimitada y especificada. No sabemos como absorbe, almacena, procesa, acumula y ejercita intrínsecamente sus potencialidades. Tenemos información de que existe la mente, una estructura donde el pensamiento es elaborado y que estaría contigua al Espíritu, porque siendo un ser, él tampoco es el pensamiento. Este, el pensamiento, es una expresión vibratoria, una forma de síntesis mental, pero cuantificable, identificable. Como ser inteligente, el Espíritu es capaz de elaborar imágenes, proyectarlas, retenerlas, convertirlas en lenguaje o simplemente arrojarlas de sí, con tal intensidad que su voluntad sea suficientemente determinada.

Sabemos que el pensamiento fluye por el cerebro físico, recorriéndolo, utilizando sus medios, mas no es producido allí, ni éste tiene capacidad de retenerlo en la memoria. Esas son funciones superiores, que las neuronas no están habilitadas para ejecutar, a pesar de su especialización. Los descubrimientos neurológicos que nos demuestran la existencia de un potencial energético, una especie de corriente eléctrica recorriendo el intrincado sistema nervioso a través de las sinapsis, permiten que se puedan considerar las hipótesis de trabajo levantadas por el espiritismo sobre la forma como la mente espiritual se une a la central cerebral del soma. Según esas hipótesis, que deberán ser confirmadas por la experimentación, el punto de convergencia entre la mente espiritual y el cerebro sería la glándula pineal, la epífisis. Ésta, localizada en el centro de

la cabeza, ha sido, hasta ahora, poco estudiada por los científicos, quienes le han atribuido el papel de controladora de las funciones sexuales, función que pierde al inicio de la pubertad.

No obstante, en contradicción a eso, ANDRÉ LUIZ afirma que la glándula pineal interpreta, decodifica, tanto las emisiones de la mente espiritual en dirección al cerebro, como las sensaciones que éste percibe, a través de su red nerviosa. La proposición merece estudio, porque ya existe una base científica capaz de tornarla aceptable, a partir de la comprensión de que las vibraciones mentales, creando ondas electromagnéticas, se ajustan perfectamente a la estructura ondulatoria de las emisiones del cerebro físico.

V

Solamente la existencia de un Ser inteligente, fuera del tiempo, resuelve los problemas encontrados en las investigaciones sobre la personalidad. Todas las personas demuestran, de una o de otra forma, poseer predisposiciones, una constitución innata que las diferencia de los demás. Esa identidad personal, esa marca individual específica, no puede ser negada. Se intenta atribuirle a mera herencia cromosomática. Sin embargo, aunque sea determinante la transmisión de los caracteres genéticos en la conformación somática, es imposible negar esas características afectivo-intelectuales que delimitan la personalidad, a pesar de los acondicionamientos familiares.

La estructura de la teoría psicoanalítica, por ejemplo, que según el sistema de Freud, tendría base en la relación tónica de id, ego, y superego, o en el inconsciente, preconscious y consciente, en la tentativa de definir la psique humana, solamente puede tener una aceptación más amplia si se fundamenta en la existencia del Espíritu, en un proceso dinámico de Inmortalidad. Lo mismo se puede decir del Inconsciente Colectivo de Jung y sus arquetipos, que sólo se entenderán plenamente cuando se compruebe la existencia de la mente espiritual individualizada, permanente, que viviendo las experiencias de la evolución, guarda, crea y forma los arquetipos, que se muestran en los momentos de tensión, en los sueños y en otras formas de liberación de la memoria profunda.

El Espíritu es algo, afirmaron los Espíritus que transmitieron las informaciones básicas de la Codificación. Existe, es. Su estructura escapa a la terminología actual, por falta de analogías. De ahí esa aparente paradoja: aunque el Espíritu no es inmaterial, tampoco es materia, porque si lo fuese no sería Espíritu. Pertenece a una categoría de manifestación que escapa todavía a cualquier tentativa de definición. Se llegó a proponer llamarlo materia pensante, mas aún así, eso no sirve para su definición. Al contrario, la complica. Espíritu es Espíritu, por sí mismo, y por ahora eso basta.

La palabra alma, por otro lado, que en la Codificación del espiritismo mereció comentarios muy específicos de Kardec, ha sido empleada de manera incluso conflictiva. Muchos materialistas dan al término alma la significación de parte intelectual y afectiva del hombre visto, sin embargo, sólo como un organismo. En este caso esa alma sería las funciones superiores del organismo y sintetizaría una especie de hormona de la intelectualidad y de la afectividad. Mas no guardaría relación con el alma de los espiritualistas en general, que ven en ella la parte espiritual del hombre que sobrevive a la muerte física, como una especie de fluido, de bocanada de humo, sin delimitación o potencialidad. Sería un recuerdo, una proyección permanente del hombre. En esa concepción, el hombre tiene un alma.

En el espiritismo, no obstante, alma tiene el sentido estricto de sinónimo de Espíritu cuando está encarnado. Por una cuestión didáctica, Kardec llamó Espíritu a los Espíritus desencarnados, errantes, no ligados al soma. Y alma a los Espíritus encarnados ligados por la encarnación al cuerpo. Muchas veces y de forma más conveniente, se dice Espíritu encarnado y Espíritu

desencarnado para categorizar la posición del ser, en cuanto a su posición actual en los planos extrafísico o físico.

Como se percibe, al tratar del Espíritu, se traza la trayectoria del hombre. Es claro que en el Universo, no es este pequeño planeta el único donde se dio el milagro de la vida. Sin embargo, el desarrollo del principio espiritual es paralelo al desarrollo del elemento orgánico, porque parece ser ésta la vía adecuada para el crecimiento de aquél. Con esa visión, el espiritismo desmistifica no sólo la posición arcaica -pero todavía presente en la mente de la mayoría- sobre la relación del hombre con el mundo, sino también la concepción teológica acerca del alma y del cuerpo, como oponentes y mutuamente incompatibles. Como el espiritismo no es una teología, sino una ciencia, comprende que el objeto de la Creación no es moralista. Las teologías tienen objetivos moralistas, condenatorios. Por eso pudieron establecer con claridad y rigidez lo que era profano y divino, pecado y virtud, dentro de su visión particular de las cosas y de las circunstancias. Pero, no siempre, sin embargo, la experiencia del Espíritu acepta esos cánones morales. Los Espíritus, dicen los Instructores Espirituales, son una de las fuerzas de la naturaleza, esto es, pertenecen al proceso de la vida, destacándose como elementos inteligentes, capaces por eso de intervenir en ese proceso, cambiándolo, desencadenando, acelerando o retardando semiprosos.

Si el espiritismo fuese una teología, cuidaría de establecer límites, objetivos o fines específicos para la vida. Mas, por el contrario, demuestra que eso es tan innecesario, cuanto inútil. Hace, al revés, un intento de comprender los motivos providenciales, inteligentes que mueven la vida, para que, sabiendo como esos mecanismos interactúan, pueda el Espíritu encontrar un canal adecuado al desenvolvimiento de sus potencialidades.

Es evidente que el espiritismo atribuye una directriz moral al Universo. Sin embargo, esa moral, justa y sabia, tiende solamente a crear condiciones para la armonización del potencial espiritual con la Ley, esto es, con el conjunto de procesos que están en la base -si podemos decirlo así- de la estructura universal y que son válidos tanto para lo que llamamos físico o material, como para lo que decimos que es espiritual.

No hay, pues, una dicotomía, una división irremediable, dos universos reaccionando uno contra el otro: el material y el espiritual. Hay una relación dialéctica que con una lógica específica tiende a la síntesis, procurando un punto de convergencia.

De esta manera el Espíritu está colocado en una posición justa y la propuesta espírita responde a quienes sólo ven en el hombre la bestia contenida, al agresor difícilmente reprimido. Sin decir que la fuerza instintiva que se proyecta en la agresividad y en la sexualidad o fuerza vital, es parte integrante de la experiencia milenaria del Espíritu, nos demuestra que la vivencia en la racionalidad inicial (etapa donde aún se encuentra la mayoría de las personas), es el camino para la sublimación, entendida ésta como la búsqueda de nuevas formas de placer y de canalización de la agresividad, en respuesta a las nuevas exigencias del progreso personal.

VI

Mas no basta decir que la Inmortalidad es un hecho. Es preciso probarlo. Y eso ya se hizo. Las experiencias ya realizadas han comprobado que el Espíritu sobrevive al cuerpo, que continúa existiendo. Se pueden levantar dudas sobre esto, porque, dirán, si fue probado, ¿por qué no se volvió objeto de interés, por qué no se revolucionó el pensamiento humano con ese descubrimiento? La respuesta no es difícil. Se trata de una cuestión fundamental, que, por lo que envuelve, por la revolución que acarreará, enfrenta una barrera muy fuerte. Basta ver actualmente el esfuerzo que sacerdotes transformados en científicos -en realidad pseudocientíficos- hacen para

probar que no existe una parte espiritual en el hombre, y su trabajo afanoso por dilatar al infinito -al séptimo cielo- las posibilidades sensoriales del hombre.

El gran miedo de los sistemas religiosos en relación al espiritismo fue el de que éste pudiese poner fin al dominio que ellos ejercían sobre la masa, al poder que detentaban. Por eso mismo cuando Kardec ofreció a las religiones la prueba experimental de sus alegaciones sobre la inmortalidad, éstas se negaron a aceptarlas. De haberlas reconocido se hubieran descalificado, naturalmente, como guardianes de las puertas del cielo y del infierno, puesto que detentaban el monopolio de salvar o condenar anticipadamente a los pobres mortales, encomendándoles una inmortalidad mórbida, sin interés e inerte. Fue ilógico el comportamiento de las iglesias. De hecho, el espiritismo venía a sustentar algunos de sus postulados, el principal de ellos la Inmortalidad. Intentaron destruir el espiritismo utilizando el conocido (mas todavía muy útil) expediente de atribuir al diablo, a agentes diabólicos, la producción de fenómenos que probaban la Inmortalidad. Tal como a través de la Historia sensitivos, médiums y videntes habían sido quemados, asimismo las iglesias hubieran disfrutado, en plena mitad del siglo XIX, de poder colocar a Kardec y a los médiums en una hoguera. Mas ya no tenían fuerzas. Solamente quemaron libros, como en el Auto de Fe de Barcelona. Entonces ya era tarde.

Hoy las iglesias se destruyen a sí mismas por su propio descrédito y a nadie le importa en realidad lo que ellas piensan, a no ser, es claro, a sus pocos incondicionales, los que están realmente ligados a la liturgia, a los negocios e ideas de esas corporaciones religiosas. Los que sólo se dicen religiosos o lo son por tradición, siguen su camino, acechando aquí y allá lugares que puedan, de una o de otra forma, producir alguna suerte de milagro o fenómeno extraordinario, pues, siempre se les enseñó a sentirse, como de hecho son, huérfanos de la divinidad.

En cuanto a la ciencia es preciso cautela. Lo que llamamos ciencia es una amplia y casi ilimitada gama de fragmentos especializados del conocimiento, dada la grandeza de su objeto de estudio: la naturaleza. La imagen de los científicos pioneros, verdaderos genios polivalentes, se diluyó con el tiempo. Ahora tenemos equipos, laboratorios, instrumentos que, naturalmente, no excluyen la sabiduría o la genialidad. Mas ya no hay ciencia, sino ciencias.

A mitad del siglo diez y nueve comenzaron a afirmarse los conceptos científicos mediante la búsqueda de las causas. Hubo gran progreso, conforme se descubrían las leyes elementales de la naturaleza. Se convirtió en tecnología, en ciencia aplicada.

Mas en relación al hombre, las cosas no andan tan a prisa. La teoría de Darwin es contemporánea con El Libro de los Espíritus, ya que la obra del científico inglés apareció en 1859, juntamente con la de WALLACE, quien a su vez se dedicó a la experimentación psíquica. La revolución social, a partir del manifiesto comunista de 1848, con Marx, todavía gateaba. Las teorías y las proposiciones del psicoanálisis son de este siglo. Se conoce poco al hombre.

Al principio, se intentó aplicar a los fenómenos espíritas la misma técnica y los mismos criterios adoptados para las investigaciones de los elementos físicos. Mas se reconoció que (como observara Kardec) deberían adoptarse criterios rígidos, positivos, científicos, sí; pero apropiados a la naturaleza de los fenómenos. Como siempre, se expusieron las más extravagantes teorías para explicarlos, negando, naturalmente, la intervención de una inteligencia extracorporal. Mas los fenómenos continuaron superando fraudes, inmadureces e inconvenientes. Afirmaron la existencia de un ser perfectamente consciente de sí mismo, independiente del médium, que manifestaba voluntad personal y que se identificaba como una persona que había vivido en la Tierra y había muerto.

Allan Kardec realizó sus investigaciones, recogió los datos de sus observaciones y se convenció de esa realidad. Entonces, se encontró en un dilema: mantenerse como investigador

acumulando datos, o empezar el desarrollo filosófico, para la estructuración de una Doctrina, ya que había percibido cuanto de revolucionario contenía esa relación con las personas que ya habían estado en la Tierra y que probaban la Inmortalidad. Se decidió por esta parte más substancial. Dejó, así, un manual hasta hoy insuperado, sobre la mediumnidad, la experimentación, la comprobación de los hechos y los procedimientos para la investigación.

Después de él, el mundo científico se vio oprimido por la necesidad de investigar ese campo. Solamente los refractarios a la verdad negaron que fue a partir de la obra de Kardec que se desarrolló en el mundo occidental todo un siglo de polémicas, estudios, experimentaciones, envolviendo hombres cuyo genio fue reconocido por el saber y por la contribución que dieron al progreso humano.

Hay quien diga que los espíritas sólo saben citar algunos sabios que se entregaron a la investigación y a la comprobación de la inmortalidad, y exige la adhesión de científicos modernos. Sin embargo, esa opinión es inmadura. ¿Quién compararía un Faraday a un científico moderno en el campo de la electricidad y la electrónica y quién despreciaría la contribución de Mendel en los estudios de la moderna genética? De la misma manera, ¿cómo olvidaríamos las investigaciones que consumieron toda una larga vida del ingeniero francés GABRIEL DELANNE, del profesor universitario italiano ERNESTO BOZZANO, del sabio inglés WILLIAM CROOKES? ¿Cómo descartar la participación del Premio Nobel de Medicina, el francés CHARLES RICHEL, o del consejero ruso ALEXANDER AKSAKOF; del genio de CESARE LOMBROSO, del alemán J. K. FRIEDRICH ZÖLLNER, para citar sólo algunos? Ellos hicieron investigaciones realmente serias. No eran crédulos, sino científicos, profesores universitarios, hombres que tenían idoneidad intelectual y moral. No obstante, aunque Richet creó la Metapsíquica, intentando abrir un camino científicamente aceptable, sufrió como los demás una campaña de ridiculización. Basta citar a WILLIAM CROOKES que saludado cuando inició sus investigaciones como el que vendría a desenmascarar los fenómenos, acabó siendo atacado y vilipendiado al afirmar, cinco años más tarde, la veracidad de los hechos. Y eso fue lo común.

Iglesias y ciencias se unieron para sofocar la experimentación crítica de la Inmortalidad. Las primeras querían continuar poseyendo las almas para encaminarlas al cielo o al infierno. Las segundas deseaban excluir el elemento espiritual, en la vana ilusión de que podrían manipular mejor lo concreto, lo real. Hasta que EINSTEIN probó que la materia es una ilusión.

Ante el fenómeno, las posiciones son específicas. No siendo ya posible negarlo simplemente, las religiones dicen que son artes del demonio, la psiquiatría afirma tratarse de delirios paranoicos. La Parapsicología, estructurada como ciencia o arte para investigar fenómenos categorizados como parapsicológicos, en substitución a lo paranormal de la Metapsíquica, todavía considera al hombre como una unidad biológica que produce actitudes, tiene percepciones que van más allá de las consideradas por la Psicología como naturales o provenientes del hombre normal.

JOHN BANKS RHINE, profesor de la Universidad de Duke, en los Estados Unidos, es tenido como el pionero de esa disciplina científica que utiliza la probabilidad como base de sus extensas investigaciones. Se acumularon datos y se crearon nomenclaturas. Se procedió, no obstante, como si nada estuviese hecho en ese sector, como si los parapsicólogos fuesen los primeros en preocuparse, los pioneros de la investigación psíquica. Todavía no sabemos a qué contribuyó la parapsicología. Es cierto que permitió una abertura, abrió una puerta para que centenas de científicos o personas con deseo de investigar, pudiesen sin ser rotulados de místicos, ocuparse de la fenómenos paranormales.

No obstante, la Parapsicología, sin ninguna base concreta, creó su estructura y tomó como base la posibilidad de que el individuo posea una elasticidad perceptiva prácticamente ilimitada.

Supone que la percepción extrasensorial (PES) dota a ciertos individuos con la capacidad de leer el pasado y el futuro, penetrar en la interpretación de las emociones, ver a través de obstáculos, superar el tiempo y el espacio. Mas ¿qué es la percepción extrasensorial? ¿Dónde está asentada? Es claro que el Espíritu trasciende el presente, posee experiencias pasadas, puede recordarse de hechos, actos y actitudes. Mas esta explicación no se acepta por la Parapsicología, que atribuye el PES a una base psíquica orgánica, mas no sabe dónde está, ni cómo funciona.

A pesar de eso, principalmente en Brasil, los sacerdotes asumieron, con admirable sagacidad, la propaganda de la Parapsicología. Propagandistas, afirmadores gratuitos y sin presentar ninguna investigación que los acreditase, recorrían el País, ofreciendo cursos, haciendo demostraciones confesadamente prestidigitadas, para probar la falacia de las tesis espíritas y afirmar que no hay intervención de Espíritus, que todo se explica y resuelve por la Parapsicología, que se convirtió en panacea.

La Iglesia, además de pretender el poder de condenar y absolver, encaminando a los muertos hacia la eternidad de las penas o de los gozos, según su talante, quiere también mantenerlos prisioneros en el Más Allá, en fin, enterrarlos definitivamente.

Una experiencia psíquica clásica y rodeada de cuidados científicos fue la realizada por SIR WILLIAM CROOKES. Que no era ni fue jamás espírita. En cierto momento (1870), resolvió investigar los fenómenos psíquicos. Preparó un laboratorio en su residencia y durante cinco años realizó experiencias con la médium FLORENCE COOK, entonces de 15 años de edad. La médium era cuidadosamente vigilada por la propia esposa de Crookes y éste tomó todas las precauciones posibles para evitar fraudes. Allí consiguió en sesiones memorables la materialización del Espíritu de KATE KING.

Las investigaciones de Crookes rindieron los siguientes resultados.

- a. -Kate King era un ser con voluntad propia y características físicas y mentales, que la distinguían clara e irrefutablemente del médium;
- b. -fotografías del médium y del Espíritu juntos;
- c. -el Espíritu, en los fenómenos, además de mostrarse independiente y voluntarioso, se deshace ante todos, quedando por ejemplo, sólo con la cabeza mientras el cuerpo se iba sumiendo en el piso y de pronto se rehacía;
- d.-fenómeno importante: el Espíritu cierta vez, distribuyó pedazos de su vestido, que iba cortando, y la materia era sólida y consistente; no obstante, los agujeros del vestido se rehacían inmediatamente, como si el tejido no hubiese sido cortado.

[WILLIAM CROOKES. Report on Spiritualism of the Committee of the London Dialectical Society, London, 1871 y Researches on the phenomena of Spiritualism, London, 1874.]

Las experiencias de Crookes, minuciosamente narradas por él, son de una claridad meridiana. Como se dijo, al iniciarlas fue saludado como el que, por su calibre intelectual y moral, desenmascararía la mentira espírita. Cuando, por el contrario, afirmó la veracidad de los fenómenos, sin querer, no obstante, interpretarlos, fue criticado y ridiculizado.

Al lado de esas experiencias del científico inglés, millares de otras fueron y son realizadas diariamente y señalan como el camino más lógico y simple, a la presencia del Espíritu además de la vida del cuerpo. La Inmortalidad está probada, mas llevará algún tiempo hasta que venza al prejuicio y a las presiones de los intereses particulares. Su aceptación sin el aura del misticismo, mas como verdad natural, decretará profundos cambios en la ciencia, en la vida y en las religiones. Por eso, es una etapa que todavía precisa de tiempo.

MEDIUMNIDAD

Aunque haya un marco histórico en los fenómenos de Hydesville -1º de marzo de 1848- como especie de detonador para desencadenar una etapa explosiva, es más que sabido que la mediumnidad, los fenómenos mediúmnicos, nacieron con la aparición del hombre en la Tierra.

La antropología, tan citada en algunos sectores para probar las tesis materialistas, nos demuestra que en las tribus más primitivas la visión de los muertos, la comunicación con los antepasados era cosa trivial. Y esto es así porque la realidad del plano extrafísico es condición natural para entender la globalidad del proceso de la vida.

Lo que el espiritismo hizo fue volver comprensible ese plano y con eso excluir de las relaciones con el Más Allá, las supersticiones, creencias ridículas y fantasías. Es cierto que, incluso con toda nuestra centenaria acumulación de informaciones, continúa válida la afirmación de Shakespeare de que hay más misterio entre el cielo y la tierra que lo que juzga nuestra vana filosofía. Como hemos afirmado, la mitad de las personas sólo lentamente va abandonando el imperio de la concepción corpórea, para penetrar en el aspecto de la espiritualidad. Ésta siempre fue considerada como una zona de misterio, peligrosa, una selva tenebrosa. De ella salían duendes, gnomos, elementales, íncubos, demonios...

El miedo y las creencias ridículas formaron una alianza muy fuerte en ese campo. El hechicero, como era de esperarse, adaptó sus posibilidades de comunicación con los Espíritus de los indios muertos al ritual fetichista, animista. El mismo usó todo ese mecanismo como forma de poder. Y detrás de los talismanes, de las palabras sagradas y de los gestos cabalísticos ha andado el hombre, o algunos hombres, afanosamente. No fue por otro motivo que la Iglesia, al asumir el control de la cristiandad, rechazó las comunicaciones que se daban en las iglesias primitivas y estableció que, a partir de ese momento, el sacerdote consagrado, investido de autoridad divina, haría el papel del Espíritu en las relaciones con la comunidad. Quien quiso romper con ese mandato o no pudo esconder los fenómenos fue acusado de hechicería, considerado brujo y quemado inquisitorialmente para purificar su alma.

La fascinación de esa relación es muy grande. Domina a las tribus africanas en sus prácticas animistas y fetichistas, fue traída por los esclavos negros a toda América con el nombre de vudú, candomblé o lo que vale. El aparato, el batuque (danza o tambor), el ritual africano, mezclado con las imágenes y sacramentos cristianos, crearon sincretismos extravagantes, que honran a Dios y al Demonio, con cachaza (aguardiente), cantos monótonos y rítmicos, originando un clima con un elevado potencial de sugestión. Mas no sólo las poblaciones marginadas frecuentan el terreiro (el Centro). Intelectuales y burgueses, a escondidas o al descubierto, se someten a las comunicaciones y órdenes fetichistas, atropellados por su ansia de resolver problemas mágicamente, sean de amor, de odio, de enfermedad física o mental.

Sería inútil hacer una lista de líderes, profetas y pitonisas, de todos los tiempos y de todas las civilizaciones, que afirmaron ver a los Espíritus, recibir comunicación directa de Dios o tener visiones respecto al cielo y al infierno.

Ese Más Allá o región nebulosa estimula la imaginación, y cartománticos, adivinos y brujos han sido consultados por generaciones y generaciones sobre los misterios del destino, del futuro y del pasado. Pociones y filtros mágicos fueron y son disputados, debido a la ignorancia generalizada sobre como funciona la Justicia Divina, lo que da una imagen de cuán desamparado e inseguro se siente el hombre.

En los tiempos modernos continúa la misma carrera al misterio. Sanadores y curanderos, máesde-santo (madres de santo = mujer que dirige el ceremonial) y médiums son buscados

afanosamente tanto en los países pobres como en los ricos, buscando soluciones y respuestas a las inquietudes humanas. Cultos extraños, macabros o sesiones bien organizadas se realizan a millares, diariamente y en todas partes, alrededor de individuos que afirman oír y ver, ser mandados y recibir instrucciones de almas del otro mundo.

Todo esto ¿no será una creencia ridícula, una superstición?; y los fenómenos ¿no serán otra cosa que la expresión de mentes enfermas, de trucos de hábiles bribones explotando la credulidad y la deshonestidad, la ignorancia y el sufrimiento de la mayoría de los consultantes? Cuando el fenómeno de la danza de las mesas se apoderó de la sociedad europea a mediados del siglo diez y nueve, el asunto dominó salones y reuniones frívolas. La mesa, un pequeño trípode, se deslizaba al toque de algunas personas, comunicándose a través de un código de golpes. Era una distracción que comenzó a crear investigaciones. Se hicieron preguntas. El comunicante sorprendía con respuestas inesperadas y, en ciertos casos, con identificación insospechada. Y ¿por qué algunos tenían el poder de hacer que la mesa se deslizara, se levantara, y otros no?

El 20 de mayo de 1855, el profesor HIPPOLYTE LEÓN DENIZARD RIVAIL compareció a la casa de la Sra. Plainemaison para participar de una sesión de ese tipo. El profesor Rivail, autor de muchas obras didácticas y persona conocida en los medios académicos de París, presencié los hechos, analizó las circunstancias y comprendió, a partir de aquel momento, que las manifestaciones eran el punto inicial de una nueva fase para la humanidad. ¿Cómo pudo él sacar esa conclusión de una simple sesión de fenómenos aparentemente insólitos e ingenuos? Solamente los genios y los predestinados poseen esa capacidad de ver donde nadie percibe, de divisar respuestas profundas y caminos nuevos donde la mayoría ve solamente distracción o hechos livianos. Fue lo que aconteció con él. Vio, observó, tuvo el insight que define la vida, que marca etapas.

Con ALLAN KARDEC, el fenómeno mediúmnico entró en una nueva fase. Gracias a él, la danza de las mesas, se convirtió, como la danza de las ranas, en un punto de apoyo para que el hombre pudiese escalar la dimensión espiritual de la vida fuera de las fantasías, de los macabros y siniestros laberintos de la superstición, de la ignorancia.

Y, es importante destacar eso, ALLAN KARDEC contrapuso esa perspectiva de comprobación científica del Espíritu, esa abertura espiritual en un momento en que crecía la afirmación materialista, útil, en cuanto reacción necia al oscurantismo medieval, a la hipocresía social, mas tendiente a exagerar lo que parecía tan concreto: la materia. La estupidez de la exageración materialista refrenaba el miedo que creaban las afirmaciones espiritualistas inconsecuentes. Ya vimos que la Inmortalidad de las iglesias cristianas equivale a la muerte, o peor, a un exilio gris para los buenos y escaldante para los malos.

El plano extrafísico o el Más Allá, es la gran interrogación para todos ante la inevitabilidad del sepulcro. Acondicionado a la visión utilitaria, el hombre se ve real, concreto, existente, al mirar únicamente su envoltura física. Sólo por abstracción es que se siente Espíritu, un alma. Percibe que él no es el cuerpo, mas no puede desprenderse de éste, que es su realidad externa, lo que lo identifica. Por eso, el lado espiritual, el alma, surge en su fantasía, matizado de misterios.

El descubrimiento de la semejanza del plano extrafísico a la parte integrante de lo real, aunque en otras dimensiones, mostró claramente la continuidad del proceso, del curso natural de la existencia, de acuerdo con el modelo, digamos, arquitectónico, moral y espacial desenvuelto en el plano terrenal.

Descartada la inmovilidad inmortalista, -que es característica del modelo cristiano-, y probada como impropia la hipótesis materialista, resta saber como se da la vida, de que manera el Espíritu que no está encarnado, que aguarda otra encarnación, vive, se mueve, se relaciona. La

descripción de la sociedad humana radicada en el plano extrafísico, sea por dictados de los Espíritus a través del conducto mediúmnico, o por la incursión mediante desdoblamiento de médiums y videntes hacia ese espacio más allá de la tumba, muestran que, aunque haya cambios importantes, la esencia del comportamiento es la misma en los dos niveles de vida.

Siendo un plano basado en materia maleable que expresa sin disfraces la realidad mental del Espíritu, se percibe enseguida que lo extrafísico se caracteriza por mostrar en el periespíritu la estructura moral del Espíritu. Durante la encarnación es posible mantener una máscara externa diferente de la realidad, porque lo somático permite tal dicotomía, mas no lo psicósomático. Esa circunstancia establece una selección moral espontánea.

Mas, no todos los que parten mediante la muerte hacia lo extrafísico tienen conciencia clara de lo que está aconteciendo. Considerándose a sí mismos como el organismo físico que los identifica en el mundo corporal, muchos no se perciben del fenómeno de la muerte, porque el periespíritu, siendo un organismo idéntico al somático, les da la ilusión de que todavía permanecen encarnados. Otros, por el contrario, percibiendo el instante de su muerte, se aferran a la creencia de que llegarán literalmente al fin, y penetran lo extrafísico semejando cadáveres insepultos, en actitud mental negativa. Los culpables, al momento de la muerte, se desestructuran. Los que poseen equilibrio emotivo y moral se integran a los equipos afines.

Millones penetran diariamente a lo extrafísico, portando sus realidades y la primera visión es de caos. Sin embargo, ese caos aparente se reestructura a partir de la atracción irresistible de las afinidades morales e intelectuales, y la separación se lleva a cabo espontáneamente, sin la existencia de otros tribunales que los de la conciencia. Y allí se entremezclan luces y sombras, mal y bien, ansiedad, angustia, insurrección y sed de venganza al lado de misericordia, compasión, dedicación y amor.

En ese plano, donde adquieren experiencia los espíritus errantes, según expresó Kardec, se diseña un cuadro real. La miseria, es más miseria, la angustia es más angustia, desnudando al Espíritu. La expresión espíritu errante, aunque ambigua, significa, en buen sentido, una situación transitoria. En el estado errático, el Espíritu puede pasar decenas y hasta centenas de años, mas inevitablemente reencarnará. En ese período ejercita, amplía, si quiere, sus cualidades intelectuales y morales, organizando grupos, sociedades, actividades de solidaridad o de simbiosis mental; agregándose a los encarnados, absorbiéndole las energías, intentando ayudarlos o simplemente interfiriendo en sus campos mentales, sin una clara conciencia del proceso.

Otra importante característica es que el plano extrafísico no está propia-mente separado, segregado de lo físico. Las barreras son puramente vibracionales. No hay fronteras dividiéndolos inexorablemente. Al contrario. Ocupa el mismo espacio del mundo corpóreo y lo extrapola, desdoblándose en esferas superpuestas a él. Explicándolo mejor: Los espíritus desencarnados pueden estar junto a nosotros en las casas, calzadas, calles, en una convivencia física-mental continua, o desplazados hacia regiones constituidas de superficie sólida, según la densidad específica del periespíritu, donde se desenvuelve la vida social, urbana. Ahí pueden crearse, organizaciones y estructuras de convivencia de acuerdo con objetivos y condiciones morales. La revelación de que existen, en ese plano, ciudades, villas, instituciones de enseñanza, vigilancia y socorro, sorprende porque el Más Allá siempre fue el vacío, lo vacío, el país de las sombras, desorganizado, desestructurado. Mas esta visión melancólica de la inteligencia humana no resiste a cualquier análisis: lo que ahora parece fantástico se impondrá naturalmente conforme se pruebe que la Inmortalidad dinámica es la condición natural del Espíritu y por tanto, no depende -en esencia- de estar o no él encarnado. Quiere decir que su inteligencia, inventiva, creatividad y su necesidad de organizar, vivir socialmente, se expresa en los dos planos de la realidad vivencial. Enseguida, el

duplicado existencial, sea en relación al ambiente, sea en relación a los organismos somáticos y psicosomático, se impone como una necesidad actual del Espíritu.

Irreal es suponer que, siendo inmortal y permaneciendo él mismo, pudiese el espíritu construir, mientras está encarnado, una sociedad, vida urbana, manipulando elementos materiales condensados, y que se conformase con permanecer en lo extrafísico en ambiente desprovisto de todo, como campamento incómodo o de ociosos. Esa multitud del plano extrafísico, que entra y sale por los conductos de la muerte y de la cuna, está compuesta de individuos esencialmente semejantes, pero culturalmente diversos. Expresan condiciones personales diferentes, con niveles de moralidad, intelectualidad y emociones, no raramente contrastantes. Millones permanecen en el primarismo instintivo, ensayando pasos en el manejo de los valores mentales, a través del descubrimiento personal continuo. Deambulan sin exacta conciencia de sí mismos, agregándose a los encarnados que con ellos sintonizan o se juntan a inteligencias perspicaces, que los seducen para sus fines de poder y dominación. Nada de extraño, porque eso, dentro de condiciones específicas, acontece también en el mundo corporal.

Otros, poseyendo inteligencia desenvuelta, mas moralmente viciados, son como aves de paso, consiguen vuelos rasantes, mas no tienen condiciones para alcanzar las alturas. Individuos moralmente cualificados, mas de inteligencia poco pulida, confraternizan en organizaciones equilibradas, afectivamente satisfactorias, mas no consiguen percibir exactamente lo que viven.

No debemos sorprendernos por el hecho de que la organización de lo extrafísico esté basada tan claramente en ascendentes morales. Finalmente, en el nivel del proceso de crecimiento en que nos encontramos, el Espíritu se cualifica por la moralidad y sobre esa base se asienta la estructura social. La característica maleable, moldeable de la materia quintaesenciada, o de la energía fluídica, es determinante para la expresión de los estados mentales. Nadie puede engañar a nadie. Por eso, en esa organización, no hay posibilidad de que una persona mala mande sobre una persona buena, por incompatibilidad esencial de los objetivos, digamos, corporalmente expresos.

De modo general, podemos decir que las leyes que rigen lo extrafísico, dentro de esa nueva perspectiva vivencial, son las mismas que valen para la sociedad terrenal, y no podría ser diferente, pues no existen dos humanidades, sino sólo una que se alterna en los procesos de nacimiento y muerte.

Esa descripción sintética muestra la extrema complejidad del Más Allá de la tumba y da la razón a la cautela y a la actitud de Allan Kardec, al lidiar con los Espíritus. Lo hizo, afirmó, con la más absoluta tranquilidad, pasándolo todo por el tamiz de la razón. No se entusiasmó ni se dejó llevar por las revelaciones y opiniones que traían sin pensarlas conscientemente. Cuidó para que esa producción fuese considerada en relación a la realidad moral, a las variedades de caracteres y de niveles de evolución del término medio de la mayoría de los habitantes de lo extrafísico, hombres que continuaban cargando los prejuicios y ventajas del aprendizaje general de la humanidad.

II

Comprender exactamente la composición de los habitantes del mundo extrafísico, ya elimina una serie de inconvenientes. El antes tenebroso mundo de sombras asume el papel de sociedad humana, dirigida por ascendentes intelectuales y morales, expresando la realidad de cada uno, en los campos afectivos y en los intelectuales. Para orientar a los médiums e investigadores, Kardec, en El Libro de los Espíritus, estableció la Escala Espírita.

El estudio de la Escala Espírita es indispensable para definir con seguridad la categoría del comunicante. La Escala categoriza a los Espíritus conforme al grado de evolución parcial que han

alcanzado. Aquellos que reúnen la sabiduría intelectual, del conocimiento, con el pleno equilibrio de la emoción, del amor, son los Espíritus Puros. En la escala decreciente, tenemos los Buenos Espíritus, definidos como aquellos en que predomina el Espíritu sobre la materia, deseo de hacer el bien, aunque diferenciadamente. Unos desarrollarán la ciencia, otros la sabiduría y la bondad, aunque conserven, más o menos, los vestigios de la existencia corporal. Por fin, los Espíritus Imperfectos, cuya característica sería el predominio de la materia sobre el espíritu; poseen propensión al mal, ignorancia, orgullo, egoísmo. No son esencialmente malos. Sus conocimientos sobre el mundo espírita son limitados y lo poco que saben se confunde con las ideas o prejuicios de la vida corporal. Su carácter se revela por el lenguaje.

Kardec advirtió que esa escala nada tenía de absoluto. Al contrario, servía sólo como señales elementales para guiar la relación con los Espíritus, evitando caer en sus estratagemas porque entre los Imperfectos, por ejemplo, hay pseudosabios que realmente poseen conocimientos amplios, pero que no saben tanto como creen. Sin embargo, usan palabras serias y pueden engañar. Eso debe ser recalcado, porque es fácil reconocer las limitaciones de un Espíritu que se presenta primario y obtuso, agresivo o perverso, mas es difícil -muchas veces- no dejarse llevar por un discurso pomposo, bien construido, aunque debidamente analizado, demuestra vacuidad.

Otro instrumento que Kardec colocó como básico para el ejercicio de la mediumnidad fue el examen crítico de toda producción, cualquiera que sea. Comparando el lenguaje, el contenido de los mensajes, se puede concluir de que fuente provienen. El tamiz de la razón es aconsejado como forma de eliminar o por lo menos disminuir la posibilidad de fraude. Porque no interesa al espiritismo constatar el fraude, sino desenmascararlo. El fenómeno mediúmnico por sí mismo se caracteriza por su autenticidad y cualquier desvío de esa confiabilidad es repudiado por la Doctrina. Mecanismo de elevado valor comprobatorio es la universalidad de la comprobación. Interesa que no sólo los hechos se repitan en varios lugares y por muchos médiums aislados entre sí, sino que ciertos principios, conceptos, ideas, solamente tengan validez cuando han sido comprobadas por la manifestación de inteligencias distintas en lugares diferentes.

Se dice que la razón humana es demasiado débil para ser un juez cualificado en la búsqueda de la verdad. Se señalan la intuición y otros mecanismos que se supone que podrían dar una comprensión global, totalizadora de los hechos, mientras que la razón sería parcial, progresa gradualmente. Sin embargo, ¿cómo abandonar el camino racional? Podemos, eventualmente, tener un insight, una súbita comprensión que nos parezca más global. No obstante, mientras la razón no la filtre, ¿de qué serviría sino para postular ideas y conceptos intraducibles en términos prácticos? Lo que el espiritismo establece no es un razonamiento horizontal, esquemático. Al contrario. Es el uso de la razón con la flexibilidad posible, a través de comparaciones lógicas y apoyada en experimentación sólidamente conducida.

Sea como fuere, Kardec percibió que aceptar tesis utópicas, aunque simpáticas, sería socavar las bases de la ciencia espírita. Sería convertir el espiritismo en una creencia y, con eso, frustrar su misión, su objetivo. Sin el criterio experimental los centros se convertirían en iglesias y la mediumnidad se marchitaría en el nivel de los taumaturgos, de los misioneros y santos, envuelta en misticismo, en asociaciones mentales empobrecidas por la vanidad, por la codicia y por la fascinación del pensamiento mágico.

¿No tendrán, entonces, los Espíritus una barrera? ¿Podrán a su placer penetrar donde quisiesen, a cualquier hora, de modo que toda y cualquier privacidad del hombre encarnado pudiese ser violada? No, no es así, afirman los Espíritus Instructores. Hay una barrera intraspasable y que garantiza la privacidad del hombre: es su condición mental.

Por condición mental, nos estamos refiriendo al clima, al contenido moral que cada individuo construye a su alrededor resultante de sus deseos, impulsos, y objetivos. Es, podemos decir, su ficha de identificación, el aura o psicosfera, definida por André Luiz como túnica electromagnética en que el hombre se enreda (...en la conjugación de fuerzas físico-químicas y mentales...) peculiar a cada individuo, interpenetrándolo al mismo tiempo que parece emerger de él a manera de campo ovoide, no obstante el aspecto irregular en que se configura, actuando como espejo sensible en donde todos los estados del alma se estampan por señales características y donde todas las ideas se evidencian, plasmando telones vivos, como en el cinematógrafo común, cuando perduran en vigor y semejanza.

Esa aura, también llamada doble etérico o cuerpo vital por las escuelas espiritualistas, es nuestra defensa. Si está estructurada de forma equilibrada, nos permitirá la privacidad, ya que atraerá Espíritus equilibrados y con eso, en lo mínimo, se garantiza el respeto a la voluntad. Mas si es tejida de manera desequilibrada, mostrando un patrón vibratorio inferior, no podrá garantizarnos la inviolabilidad, debido a los elementos atractivos que permiten la intromisión de los Espíritus desequilibrados, perversos y livianos, que se identifiquen con nuestro tono mental.

En fin, los afines se atraen, dice el refrán, y eso dirige la cualidad de la relación mental, mediúmnica, espontánea o provocada, consciente o no. Ese principio proviene de la estabilidad de las leyes que rigen el Universo, y de la forma como la Inteligencia Suprema, al mismo tiempo que nos garantiza la libertad, estableció una justa retribución a las acciones practicadas. Por eso, la cuestión moral es, sin duda, fundamental para la sanidad psíquica. Más que ser una cuestión de virtud, se define como autodefensa del individuo.

A los que juzgaron que ésta es una complicación más de la vida, que sumándose a las dificultades diarias introduce la presencia de más Espíritus, de mentes desequilibradas, invisibles, pero presentes, no visualizadas pero influyentes, indeseadas pero entrometidas, diremos que esa es una visión simplista. La existencia del Espíritu es como cualquier otra de las fuerzas de la Naturaleza. Así como los invisibles microorganismos, que pueden, bajo ciertas condiciones, ser una defensa o un ataque a nuestro organismo, compitiendo para ayudarnos a mantener la higiene posible del cuerpo somático, la presencia de mentes desencarnadas a nuestro alrededor, puede ser un hecho positivo o negativo, dependiendo de nosotros.

Toda esa sutil y móvil realidad se asienta, como oportunamente citamos, en la actividad mental, en el aura individual, la compuerta, digámoslo así, por donde penetran las vibraciones exteriores y salen las ideas propias. Por todo eso, es posible afirmar que estamos cercados, conviviendo, atropellando, por así decir, a los Espíritus. Una intercomunicación constante e ininterrumpida une los dos planos. Ninguno, sin embargo, puede establecer una posesión autoritaria indiscriminada, sobre otro. Ningún Espíritu desencarnado, puede, por su exclusiva voluntad, dominar a un Espíritu encarnado. Este puede ceder, quedarse pasivo, someterse, asociarse, al poder mental de aquél. Mas lo hace siempre invariablemente por su voluntad, activa o pasiva, o por omisión. En virtud de eso, puede también a cualquier hora, librarse de esa tutela consentida, aunque en este caso, no siempre, consigue hacerlo sin ayuda.

III

Muchos de los que creen en la continuidad de la vida después de la muerte preguntan, sin embargo, por qué los Espíritus desean comunicarse. ¿No sería mejor, argumentan, que se quedasen callados, esperando el día del juicio Final? La proposición como se ve, es simplista. La cuestión es ésta: Si tras la muerte continúa existiendo la individualidad, si prosiguen intactos los deseos e

impulsos, si permanecen inalterables los valores intelectuales y afectivos, no sería más bien un impositivo natural ese insistente empeño en comunicarse? Con mucha propiedad se dice que el hombre se distingue porque habla. Con el habla puede desarrollar sus potencialidades intelectuales y con eso conocer a los demás. Inventó el lenguaje, buscó signos y articuló sonidos transformando imágenes e impulsos, deseos y sensaciones en señales verbales y convino sobre ellas con los otros para poder comunicarse. En caso contrario, hubiera dejado de proseguir, continuaría circunscrito al círculo de las sensaciones. Hasta en el nivel animal se desarrolló una forma de comunicación no verbal, mediante la cual se identifican con sus iguales y, en ciertos casos, reconocen a sus enemigos.

Son comunes las narraciones sobre los problemas profundos que provienen de la imposibilidad de comunicarse. Muchas personas mueren literalmente, en el plano emotivo e intelectual, por falta de comunicación. Cuando por deficiencia del aparato de fonación o del auditivo no puede emitir sonidos u oírlos, el hombre crea formas de comunicación utilizando el tacto o la visión, y aun en la falta de ésta y de otros sentidos, mientras la mente gobierna, procura expresar sentimientos y opiniones.

Ahora, despojado del cuerpo físico, mas persistiendo en ser él mismo, el hombre desencarnado procura afanosamente comunicarse con los que quedaron en la Tierra, ya sea por motivos de amor, de odio o de necesidad de afirmar su continuidad. Manteniendo los lazos de afinidad con familiares, amigos y enemigos, es compelido por una necesidad íntima a buscarlos, a fin de satisfacer su emoción. En muchos casos, esa comunicación se da sin su consentimiento por la intercomunicación de las bandas mentales de encarnados y desencarnados, que promueven las manifestaciones espontáneas de que la vida terrenal está constante y diariamente dando prueba.

Las narraciones sobre demonios, hombres lobos y duendes, descartadas las fantasías que las tornan frecuentemente pintorescas, tienen un fondo de verdad, puesto que la influencia de los Espíritus en la vida del hombre encarnado es constante. Esa influencia no puede ser ni despreciada, ni subestimada. Fluctúa de acuerdo con las circunstancias. Ya nos referimos a que la mediumnidad es un factor natural, de bases mentales. Aunque se estableciese que la palabra médium se atribuye a los que producen fenómenos ostensivos, bajo ciertas formas palpables y controlables, es posible generalizar la posibilidad de que se reciba y se ejerza influencia sobre los Espíritus, de modo que, en este aspecto, todos serían médiums.

La comunicabilidad de los Espíritus es un hecho natural y universal. Ocurre a cada instante a través de asociaciones mentales. Por lo tanto, es también fácil comprender lo que Allan Kardec afirmó, al decir que la mediumnidad es independiente de la moral. Eso es lógico, toda vez que la moral, en este caso, tiene el significado de valores positivos y negativos. Si atribuyésemos la mediumnidad solamente a los buenos o a los malos, de forma excluyente, estaríamos negando la espontaneidad del fenómeno y estableciendo una precondición para la comunicabilidad. La facultad de absorber las corrientes mentales es una cualidad del Espíritu y, en la Tierra, está acompañada de una cierta predisposición psíquica. Ciertamente, el nivel moral alcanzado en aquel momento por el intermediario influirá en la calidad de su producción, mas no en el hecho de poder o no mediar el fenómeno.

A partir de la observación del fenómeno espontáneo de la comunicación de inteligencias desencarnadas con las encarnadas, sea por medios inteligentes, pero especialmente por formas físicas, visuales, como las apariciones y las materializaciones; auditivas, como golpes y ruidos, y otras, es que la ciencia espírita se creó. Allan Kardec fue quien recopilando datos, observando manifestaciones y recogiendo informaciones a través de comunicaciones escritas, pudo establecer

los principios de la experimentación mediúmnica, reunidos principalmente en El Libro de los Médiums.

Desde entonces, la simple manifestación espontánea sin objetivos mayores pasó a ser estudiada minuciosamente, abriendo los horizontes espirituales para el hombre. Lo que se consideraba como brujería, fetichismo o locura, era, muchas veces, una tentativa de comunicación entre dos realidades existenciales. Dos inteligencias, dos mundos aparentemente contradictorios se encontraban, acordaban un encuentro para desdoblarse el panorama mental, derrumbar los límites de la tumba y dar sostén experimental a las más caras aspiraciones espiritualistas del hombre.

Ese llamamiento no quedó sin respuesta, aunque permanezca oscuro e indefinido para la mayoría. A pesar de eso, se vio que la realidad extrafísica comenzó a ser considerada, y se crearon disciplinas científicas que, sin embargo, por ahora, son tentativas cercenadas por el enfoque corporal del hombre. Mas los hechos se impusieron y ahora es cuestión solamente de esperar a que se les agote el arsenal de siglas para sus asociaciones y se les seque el pozo de malas intenciones que forman el cerco ideológico y religioso contra la Inmortalidad dinámica propuesta por el espiritismo. Entonces, el mundo extrafísico, la comunicabilidad de los Espíritus será naturalmente aceptada.

La verdad es que gracias al espiritismo, la mediumnidad dejó el subsuelo, abandonó las cavernas y los sitios yermos para ocupar su lugar en los laboratorios de investigación científica y pasó de las manos supersticiosas de curanderos, brujos y místicos a las de los investigadores laureados. Y prosigue agitando incitando a las personas, despertando nuevos investigadores y la furia de religiosos y materialistas ideológicos, obstinados, unos y otros, en negar que el Espíritu es un ser independiente de sus ritos y fantasías destructivas.

Escribiendo, empero, para aquellos sin preocupaciones científicas, pero fascinados o inclinados al intercambio mediúmnico, Allan Kardec se preocupó en establecer las reglas y las normas que, cuando son estrictamente seguidas, son capaces no sólo de facilitar, sino también de autenticar el fenómeno, destruyendo las mistificaciones, los fraudes y eliminando la presión supersticiosa que desde la antigüedad está ligada a lo que se llamaba necromancia o nigromancia, y al fetichismo afro-católico principalmente en los países donde la esclavitud negra permitió el sincretismo religioso.

Es bueno que se diga que siendo un fenómeno natural, la mediumnidad aflora espontáneamente. Sin embargo, su camino no está libre de escollos, de problemas. La comunicación del Espíritu no se efectúa in natura, sin interferencia. Al contrario, existe el médium, el ambiente influye. La moralidad, la ideología, componen el resultado final. Con toda esa complejidad, el fenómeno ocurre en los ambientes espíritas, en los conventos católicos, en las iglesias evangélicas, en los terreiros del sincretismo afro-católico, en la casa del más renitente materialista. El nombre universal, de fenómenos espíritas, que generalmente se atribuye a esas manifestaciones, no puede ser confundido con los conceptos, las técnicas y las recomendaciones que Allan Kardec estableció para la práctica mediúmnica en el espiritismo.

Por eso, es imprescindible distinguir de un lado el enfoque espírita sobre la mediumnidad y de otro lado las formas sincréticas, espontáneas, no sistematizadas, en que el fenómeno ocurre, sin que se pueda aquilatar cuanta es su pureza y autenticidad. Kardec sabía que la práctica mediúmnica se haría popular, abierta a todos, en todos los lugares. Y que el atavismo psicológico haría reavivar los viejos manierismos, las mismas fantasías y exigencias mágicas que siempre acompañaron al hombre en sus relaciones con el Más Allá. Oraciones, rezos, señales, compulsiones y rituales, tenderían a resurgir, intentando crear un sincretismo entre las formas fetichistas y la mediumnidad científicamente comprobada.

Comprendía que el médium se promovería a líder. Que sería asaltado por la masa y por tipos de personalidades deficientes que como las mariposas, no resisten la fascinación de revolotear en torno de personas que por su condición destacada, de cualquier naturaleza, les parecen focos de luz. Por eso, Kardec unió la práctica mediúmnica en el espiritismo al factor moral, esto es, al objetivo de la práctica del bien. Su primer principio fue la gratuidad del ejercicio mediúmnico.

La visión espírita de la mediumnidad no es unilateral, no es una unidad de medida. Esta insertada en el gran contexto de su explicación de la vida como un todo. Por eso Kardec insistió en la inexistencia de lo sobrenatural, para que las mentes encarnadas o incluso desencarnadas al trabar contactos y establecer comunicaciones mediante el fenómeno mediúmnico, se sintiesen libres de emociones y actitudes innecesarias.

El Codificador liberó la mediumnidad de la carga de mera productora de fenómenos observables, para profundizar en la pesquisa de la comunicación de seres inteligentes. Por eso, sin despreciarlos, los fenómenos llamados físicos, esto es, que se caracterizan por la producción de ruidos, de golpes, y manifestaciones visuales, fueron considerados menos importantes. Aunque todos los fenómenos mediúmnicos se cifran en la mente, porque su agente y su pasivo son seres inteligentes, los que son designados como físicos presentan sensaciones externas, mientras que los llamados inteligentes muestran percepciones internas, cognitivas y afectivas. Eso no elimina la afectividad en los fenómenos físicos, principalmente algunos como el de la voz directa y las materializaciones, sino al contrario. No obstante, el enfoque espírita da prioridad a lo que pueda contribuir al perfeccionamiento intelectual y moral de la persona y no sólo a lo que pueda constituirse en una repetición mecánica.

¿No podría el propio hombre, con su potencial mental todavía desconocido, ser él mismo el autor de esos fenómenos? ¿No será mera ilusión tanto del sensitivo, como de los espectadores y de los investigadores, la existencia de esos fenómenos, de las voces de los Espíritus, su materialización y todo lo demás? Ahora bien, raciocinan los que no concuerdan con la tesis espírita, si el hombre creó un Dios a su imagen, dotándolo de todas las perfecciones imaginarias y de algunos defectos también; ¿no podría, para completar el cuadro, autoafirmarse inmortal, una alma, un Espíritu? La respuesta a esas cuestiones es la propia historia de la investigación psíquica. La mayoría de los científicos fueron convocados o atraídos a esas investigaciones justamente para probar que todo podría ser enmarcado, circunscrito, al potencial no conocido de la mente humana. Crearon, por eso, un verdadero martirio para los médiums, sometiéndolos a exigencias y controles, muchas veces vejatorios. Es cierto que muchos charlatanes fueron pillados, mas eso no invalida los fenómenos, pues, hasta entre científicos consagrados, una que otra vez, se pillan falsarios. Sin embargo, muchos casos fueron considerados como fraudes debido a la ignorancia de ciertos investigadores que no habían adquirido el conocimiento suficiente de los mecanismos mediúmnicos.

El espiritismo jamás negó que el Espíritu encarnado, el hombre, pueda producir fenómenos idénticos a los mediúmnicos. Los fenómenos anímicos se estudian cuidadosamente y al contrario de lo que se supone no desmerecen o desmienten los fenómenos mediúmnicos; los enfatizan. Porque la cuestión se resume entonces, como afirmó ERNESTO BOZZANO, en el agente productor. Si fenómenos de psicografía, psicofonía y otros pueden ser producidos por un Espíritu encarnado, actuando sobre un sensitivo, por ejemplo, esto prueba que él es un ser que puede exteriorizarse del cuerpo, y que un Espíritu que ya haya dejado la vida corporal definitivamente, puede igualmente actuar sobre otra persona.

Hay también ocasiones en que la propia mente del sensitivo produce fenómenos muy semejantes a los mediúmnicos y anímicos. No se trata de un fraude consciente. Sino de un

pseudofenómeno mediúmnico, que es solamente la exteriorización de los recuerdos o mentalizaciones archivadas por el sensitivo, en ésta o en otras encarnaciones, que afloran debido a las circunstancias. Sería como un sueño hipnótico o semihipnótico en que la mente se libera para reproducir sus impulsos, ideas o sentimientos.

Tenemos por lo menos tres posibilidades.

a.-el pseudofenómeno mediúmnico, que puede también ser cualificado como una mistificación;

b.-el fenómeno anímico, idéntico al mediúmnico, mas en el cual el agente es un Espíritu encarnado temporalmente exteriorizado y comunicándose a través de un médium;

c.-el fenómeno mediúmnico genuino, del cual, sin la menor duda, el agente es un Espíritu desencarnado.

El espiritismo se atiene específicamente al fenómeno mediúmnico, pues ésta es la prueba de la Inmortalidad. Los fenómenos anímicos podrían ser y son también pruebas de esa Inmortalidad. Sin embargo, por ser el agente una persona viva, da oportunidad a interpretaciones puramente orgánicomísticas.

En el fenómeno mediúmnico, el médium es un intermediario, habla, escribe, ve, oye, utilizando el equipo sensorial, mas se ajusta a una mente exterior a él y obedece sus órdenes. Lo que produce no es legítimamente suyo. Es de otro. La voz, la escritura, la visión, pueden ser de él; mas la idea, la imagen fueron proyectadas, producidas, por otra persona, desencarnada, que por medio de esos instrumentos quiere y establece una comunicación.

El hecho mediúmnico se comprueba cuando su contenido puede ser evidenciado como distinto de lo que el médium produce naturalmente y que de alguna manera pueda llevar a la identificación de una mente extraña a la suya. La identificación, como se puede percibir, no está necesariamente ligada al nombre dado por el comunicante, porque este detalle puede ser y es generalmente despreciable cuando se analiza el contenido. Muchas veces, no obstante, es también posible establecer una clara identificación del estilo del comunicante comparando sus producciones mientras estuvo encarnado y después de desencarnado.

En fin, la mediumnidad no puede ser vista sólo en su aspecto inusitado, con pruebas sibilantes (proféticas) y momentos espectaculares, sino como un instrumento natural, por el cual fluye el pensamiento de personas desencarnadas comunes y, por eso, la mayoría de las producciones serán necesariamente comunes, imperfectas, reflejando la realidad intelectual y moral del comunicante.

El médium no es un prestidigitador, ni un hacedor de milagros. Es una persona capaz de absorber y transmitir proyecciones mentales de personas desencarnadas. Cuando los fenómenos son inteligentes, interpreta esos mensajes descifrándolos según su modo peculiar de transmitir sensorialmente palabras e imágenes.

Siendo un fenómeno con base en la mente, no hay médiums inertes, ni cosas que puedan hacer su papel. Por eso, no hay comunicación sin participación del médium. El perfeccionamiento de la mediumnidad consiste en restringir esa intervención al sensorio, y no avanzar en el aspecto conceptual.

A la cuestión levantada respecto a si todo fenómeno no pasará de ser una exteriorización del propio individuo o de su percepción extrasensorial (PES), se ha respondido suficientemente. La PES es una realidad inelástica. Tiene un curso, un límite, y refleja en cada caso la propia personalidad del médium. El fenómeno mediúmnico se impone porque solamente la hipótesis espírita, esto es, la existencia del Espíritu desencarnado como agente del fenómeno resuelve el problema en toda su extensión. Por más que se hayan esforzado por circunscribir los fenómenos a

esa paranormalidad personal, no fue posible encontrar explicación suficiente y necesaria para una serie de fenómenos cuya diversidad y autenticidad indican como única solución la espírita.

Una cuestión interesante, por ser también fundamental, es aquella sobre si es posible formar, desarrollar al médium. En otras palabras, ¿sería posible a través de ejercicios, lecturas, estudios, meditaciones prolongadas, convertir en médium, a quien no parezca serlo? O, como ha sido creencia general, ¿la mediumnidad es siempre una prueba o una misión? La respuesta a esas preguntas exige una delicada investigación de la realidad. Es incontestable que hay diferencias muy grandes en el potencial mediúmnico entre los que se clasifican como médiums. Por eso determinadas personas se presentan con características especiales, produciendo fenómenos evidentes que tienen gran posibilidad de ser comprobados.

Si el fenómeno mediúmnico en sí mismo, puede ser descrito como la posibilidad de comunicación entre un Espíritu y una persona, la cualidad del fenómeno varía al infinito. Abstraída la categoría del Espíritu comunicante, las cualificaciones del intermediario dictarán la variedad extrema de la forma como la comunicación se presentará en el mundo exterior.

Una misma frase, una misma imagen proyectada por un único Espíritu, será descifrada de forma diferente por dos médiums que estén presentes y capten sus emisiones mentales. Analizadas las dos comunicaciones, presentadas de forma diversa, se verá que contienen la misma idea, si son médiums auténticos.

Hay grados de conciencia mayor o menor en la captación de las ideas con mayor o menor intervención objetiva del médium. En fin, un universo de matices personales, que precisan ser analizados sin precipitación. Además de eso, hay, como vimos, impedimentos e instrucciones que necesitan ser conocidos. Y, por fin, cuando la mediumnidad es ejercida dentro del espiritismo, es necesaria una condición fundamental: el conocimiento de la Doctrina, de modo que se tenga la visión espírita de la vida, del hombre, y en cada caso, del fenómeno.

Todo esto demuestra que si bien no hay posibilidad de entrenar a una persona sin predisposición mediúmnica para que se vuelva médium, no obstante, es imprescindible el estudio de la mediumnidad en cursos regulares, como bien aconsejó el Codificador, para que el médium, el dirigente y el espírita de modo general sepan como manejar el fenómeno. Por otro lado, el ejercicio disciplinado y el control de la mediumnidad son necesarios para mantener el equilibrio psíquico y como antídoto a las obsesiones.

Llevar a una persona a sesiones mediúmnicas sin el estudio previo de la Doctrina no es aconsejable. Ejercer la mediumnidad sin conocerla es doblemente lamentable, cuando no desastroso.

IV

Allan Kardec alertó sobre los escollos y las dificultades de la mediumnidad. Lidiando con elementos mentales sutiles, la falta de conocimientos aliada a la codicia puede acarrear asociaciones mentales que tienden a crear un clima poco saludable. El fenómeno mediúmnico no presenta, en sí mismo, peligro alguno. Ni la mediumnidad es dañina desde ningún ángulo.

Sin embargo, la mayoría absoluta de los Espíritus de la humanidad terrestre, como hemos repetido continuamente, camina con lentitud desde una condición de oclusión mental, incipiente, hacia una apertura conceptual; de una visión centrada en sí mismo, hacia una relación cada vez más objetiva con sus semejantes. Esa transición natural funciona de forma muy particular, individual. Hay toda una gama de posiciones de equilibrio afectivo y de nivel intelectual. Y cuando hablamos

de humanidad terrestre nos estamos refiriendo al conjunto de Espíritus viviendo en este planeta, tanto encarnados, como desencarnados.

Están los místicos, los que se proyectan en fantasías y se aprisionan en la imaginación. Los que afectados por traumas emotivos pierden el rumbo de sí mismos y bordean la locura. Y otros que se precipitan en la locura casi total, de donde difícilmente conseguirán, con el tiempo, poco a poco, emerger.

Tales individuos, por poseer un desequilibrio potencial, están muchas veces, mas no necesariamente siempre, predispuestos a desarrollar un tipo de mediumnidad que, exacerbada por su propia condición puede traducirse en comportamientos desequilibrantes. Para tales, el ejercicio de la mediumnidad puede constituirse en el componente activo de sus proyecciones mentales fantásticas, al punto de no poderse saber fácilmente, los límites entre su acción desequilibrada y la acción desequilibrante de Espíritus.

Individuos exóticos, excesivamente místicos, con desvíos de su comportamiento y déficit mental o afectivo evidente o potencial, no pueden ejercer la mediumnidad dentro de los patrones espíritas por faltarles una condición, la cual es la capacidad de crítica para poder enjuiciar su producción mediúmnica.

Los crédulos y los niños, a su vez, no tienen instrumentos de autodefensa, de discernimiento que los autoricen al ejercicio de la mediumnidad, debiendo los primeros instruirse y equilibrarse convenientemente, mientras que los niños deberán esperar a la época de la juventud, por lo menos, para iniciarse en relaciones mediúmnicas.

V

Otro aspecto, refiriéndonos especialmente a la mediumnidad y que fue destacado por el Codificador, es la obsesión. Por la palabra obsesión se designa la acción de un Espíritu inferior sobre el médium. Esa acción alcanza tres niveles, conforme estudió Kardec.

El primer nivel sería el de la obsesión simple, que se caracteriza por el hecho de que un determinado Espíritu, afín con el médium, pretende monopolizar sus facultades, imponiéndose como el único capaz de guiarlo, de comunicarse a través de su mediumnidad. Siendo su actuación fácilmente perceptible, es fácil eliminarlo por la voluntad. A veces, sin embargo, el médium participa mucho en esa relación, encontrando en ella satisfacción y, frecuentemente, engañándose, lo que lo lleva a situaciones difíciles pudiendo caer en el ridículo ya que el Espíritu que lo obsesiona es necesariamente inferior, o esa relación poco saludable puede evolucionar a una subyugación.

El segundo y más difícil nivel es el de la fascinación. Por fascinación se designa la obsesión sutil, encubierta, que comienza por el envolvimiento, por el llamamiento que el o los obsesionadores envían al orgullo del médium. Le aconsejan apartarse del estudio, repudiar las críticas, y que rehuse someter sus producciones al análisis. Parte del principio de que posee una misión, lo que le es afirmado constantemente por el obsesionador. Se convence de la sublimidad de producciones mediocres y hasta incongruentes. Ese tipo de obsesión es el más común y el más peligroso, porque el médium cree en él y se torna muy resistente a la curación.

El último nivel es el de la subyugación. Se trata también de una obsesión perceptible, porque el obsesionado demuestra en el comportamiento la alienación de su voluntad y ejecuta acciones, profiere palabras y realiza actos incompatibles con su estructura natural, frecuentemente violentos y autodestructivos. La curación depende del obsesionado, mas -lo que también es válido

para cualquiera de los otros niveles- necesita de la ayuda de terceros, que puedan orientarlo tanto a él, como a los obsesionadores.

Para el ejercicio de la mediumnidad, como vimos, el tipo mas indeseable es el de la fascinación, porque no hay señales exteriores, ni comportamientos exóticos. Al contrario, muchas veces son usadas técnicas de seducción, palabras generosas como caridad, amor, perdón. Hasta se pueden planear obras sociales, y curaciones, mas dentro de un esquema de dominio personal, particularizado, de poder autoritario. Los centros donde esos médiums trabajan, generalmente como personas destacadas, fundadoras, dirigentes permanentes, no forman una sociedad abierta, sino que tienden a apartarse del movimiento más amplio. Rechazan los cambios y establecen rituales sutiles o evidentes de culto a la personalidad, como, por ejemplo, al propio médium o al guía del centro, tenidos, habidos e indiscutidos como autoridades irrefutables. Eso puede llegar a tal punto que, despreciando la Codificación, organicen un círculo personalista, donde se instala el fanatismo y diferentes ideas son aceptadas irreflexivamente.

La única forma de evitar esto es estudiar sistemática y continuamente la Doctrina, y someter todo a las directrices de El Libro de los Médiums, de Allan Kardec, donde están establecidos los principios capaces de garantizar una práctica mediúmnica segura, exenta de ataques obsesivos y de desvíos dictados por imposiciones personales de médiums, dirigentes y guías. El conocimiento de la Doctrina, evitará que se admita la opinión de los Espíritus como buena y cierta, superior y siempre dirigida hacia el bien.

El estudio de la Doctrina no debe de confundirse con la aceptación de teorías y opiniones de individuos místicos y desprovistos de un mínimo de espíritu crítico y científico, que desafortunadamente se entrometen como exploradores personalistas de los fenómenos. Algunos llegan a crear terminología, criterios y escuelas de médiums como producto de su imaginación. El estudio de la Doctrina se basa no sólo en lo que está escrito en los libros básicos y autores idóneos, sino en el sentido de liberación y de renovación mental, que el espiritismo, propone y con el cual son incompatibles las tentativas de mantener el fenómeno mediúmnico dentro de un caparazón religioso y de mera prestación de servicios.

VI

La mediumnidad sanadora, largamente estudiada en la Doctrina, ha sido mal interpretada y se juzga que por medio de ella ciertos Espíritus puedan restablecer, indiscriminadamente, la salud, liberar las mentes confusas y realizar prodigios. Es sobre la posibilidad de que los médiums realicen curaciones que se crean muchas instituciones, dentro de una visión algo distorsionada de la Caridad. En virtud de todos los elementos envueltos, esa es una de las partes más controvertidas y difíciles de la mediumnidad y que, por eso, exige cautela y discernimiento.

Como cualquier otra facultad natural, la mediumnidad tiene sus problemas. En su caso específico, no obstante, esos problemas crecen mucho porque pesan sobre ella toda una tradición fetichista, toda una presión mística, mágica, fantasiosa. El médium moderno, bajo ciertos aspectos, reaviva toda la magia de los misterios ancestrales y retoma el enigma de la muerte y sus misterios. Y el mayor escollo de la mediumnidad será pues, liberarse de la carga atávica y arquetípica, para -renovando el repertorio milenarío- abrir al hombre común, las dimensiones de la Vida Inmortal.

VII

En su discurso de apertura de la sesión del 1-ro de noviembre de 1868, ante la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, publicado en la Revista Espírita de diciembre del mismo año, Allan Kardec aborda la cuestión religiosa, declarando taxativa y definitivamente que el espiritismo

no es una religión. Sin embargo, dice él: Las reuniones espíritas pueden, pues, ser hechas religiosamente, esto es, con el recogimiento y el respeto que conlleva la naturaleza grave de los asuntos de que se ocupa. Se puede incluso, en la ocasión, hacer preces que, en vez de ser dichas en particular, son dichas en común, sin que por esto las tomen por asambleas religiosas. No se piense que eso sea un juego de palabras; el matiz es perfectamente claro, y la aparente confusión es debida a falta de un vocablo para cada idea (subrayado del autor).

Esa posición del Codificador es de suma importancia para marcar el carácter serio, respetuoso y moral de las sesiones mediúnicas de acuerdo con la orientación espírita. Que en algunas partes se hagan evocaciones de Espíritus con barullo, música y cantos, no es problema que alcance a la estructura doctrinaria del espiritismo. Mas quien pretenda organizar reuniones mediúnicas, verdaderamente espíritas, ha de atender a esas directrices, porque en este caso, lo que está en juego no es sólo el fenómeno, sino el objetivo, la meta, la finalidad a alcanzar. Y, entonces, se hace importante preservar el equilibrio mental y emocional.

Debido a que la mediumnidad todavía es considerada como un don, un privilegio o una misión, aunque a veces en este caso pueda hasta serlo, el médium pasa a ser mirado como un individuo capaz de, por su voluntad o manipulación por entes sobrenaturales, producir algo fantástico, por lo menos alguna cosa más allá de lo normal. Por eso, es investido y a veces se inviste de un poder muy grande. Entonces, puede y no raramente lo hace, manipular grupos de personas y crear condiciones para una acción despótica, aunque aparentemente llena de caridad. De ahí la advertencia de Kardec de poner todo a prueba y de someter cualquier producción, sea del médium que sea, provenga de cualquier Espíritu, al tamiz de la razón, al debate. Mas la tendencia, debida a la falta de aprensión de ese sentido renovador del espiritismo, es crear y mantener grupos entretenidos por el interés común o fascinados por la posibilidad de contar y obtener apoyo de fuerzas sobrenaturales, denominadas espirituales y rotuladas como espiritualidad superior.

Esas consideraciones son válidas cuando analizamos el carácter de las sesiones mediúnicas desprovistas del sentido doctrinario del espiritismo y transformadas en reuniones ceremoniosas, ritualistas, sin control. La situación es muy perjudicial al desarrollo de la mediumnidad sana; propicia el florecimiento de una pseudomediumnidad, repetitiva, inauténtica y llena de prejuicios; transmite las idiosincrasias de cualquiera que se dice médium; o sigue una línea de comportamiento dada por el médium principal disfrazado en muchas instituciones de oráculo y sacerdote, cuyas comunicaciones son verdaderas bulas intocables. Surgen, entonces, uniformes, médiums en fila india, rituales de preparación, que bisoñamente copian a iglesias y gestos cabalísticos sin la menor conciencia de lo que hacen, solamente copiando modelos mentales que traen de su vivencia en las ceremonias religiosas.

Las reuniones de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, fundada y dirigida por Allan Kardec, eran muy diferentes. Además de no ser abiertas al público, pues solamente personas conocedoras de la doctrina podían ser admitidas o invitadas, nada tenían de ceremoniosas. En la primera parte leían comunicaciones o artículos de la prensa o hechos traídos por correspondencia y analizaban los mensajes de los Espíritus. En la segunda, ocurrían las evocaciones y comunicaciones espontáneas. La sociedad, según afirmó Allan Kardec, procesa sus trabajos con calma y recogimiento, bien porque es una condición necesaria para las observaciones, bien porque sabe que deben ser respetados aquellos que no viven más en la Tierra. Ésta los llama en nombre de Dios, porque cree en Dios, en su Omnipotencia y sabe que nada se hace en este mundo sin su permiso. Abre las sesiones con una llamada general a los buenos Espíritus, porque sabiendo que existen buenos y malos, cuida para que estos últimos no vengán a introducirse fraudulentamente en las comunicaciones que son recibidas e induzcan al error. Así deberían ser o deben ser las reuniones

mediúmnicas del espiritismo, un carácter serio, una base de observación científica, un lazo de fraternidad entre sus miembros y auténtica comunión de pensamientos. De un lado, un grupo de personas encarnadas, creando una condición para captar tranquilamente las ideas de un grupo de personas desencarnadas. Ambos grupos están constituidos por criaturas comunes, con visiones espacial y vivencial diferentes. No hay propiamente una tutela de una sobre otra. Es una comunicación de ideas y de objetivos.

La oración no es considerada en el espiritismo como una forma mística de pedir. Es una acción consciente en el campo mental, que tiende a liberar energías y a agitar el nivel vibratorio de modo que capacite al individuo para entrar en contacto con corrientes mentales más elevadas. Es una disposición afectiva, una introspección para armonizar fuerzas potenciales del Espíritu. De ahí que se recomiende la oración como instrumento de nivelación emocional, de tranquilización ambiental, porque ella abre un canal de sintonía con Espíritus bien intencionados, esforzándose en el bien e inclusive es la única manera de proporcionar medios para la comunicación de Espíritus Superiores. Por todo eso, oraciones llorosas, largas y discursivas son, no sólo ineficaces, sino verdaderamente antioraciones funcionando como productoras de imágenes mentales difusas, distrayendo el pensamiento y dispersando la concentración mental.

¿Qué se busca en una reunión mediúmnica? En esencia, lo que se busca es información. Información sobre la continuidad del sentimiento, de la emoción, de la inteligencia, de la vida. Datos en cuanto a la forma de relación, de sufrimiento, de angustia y esperanza que mueven a los Espíritus desencarnados. Esas informaciones son muy personales, están de acuerdo con lo que cada uno puede sentir y transmitir. Por eso mismo, es básico en el espiritismo que las comunicaciones particulares, dadas en núcleos aislados deben ser comparadas, discutidas con otras obtenidas por médiums en lugares diferentes. En el caso contrario habrá siempre una visión particular y no raramente falsa. Insistimos que es indispensable ver al Espíritu comunicante como una criatura común que expresará lo que aprende de la vivencia de acuerdo con sus condiciones intelectuales y morales.

Se puede, dentro de ese largo espectro, conversar con Espíritus que desconozcan haber desencarnado, orientar en los tratamientos desobsesivos al que se siente vinculado a ideas de venganza y odio. Mas sería engañarse juzgar que esas tareas, cuando están bien conducidas y son auténticas, puedan tener un peso significativo en el proceso de vida de los desencarnados. Es más bien un ejercicio de fraternidad, generoso, útil, mas limitado.

VIII

¿Como se da la transmisión del pensamiento del Espíritu comunicador con el médium? Estamos todavía muy distantes de conocer la estructura del pensamiento, de la corriente mental. Sin embargo, experiencias realizadas por científicos, en los fenómenos de telepatía, pudieran lanzar alguna luz sobre el asunto, corroborando las enseñanzas previas de los Espíritus. Se sabe, por ejemplo, que la corriente mental no se afecta por obstáculos comunes a la onda hertziana, y que el pensamiento es una cosa mensurable o por lo menos capaz de ser registrada en aparatos sensibles.

Allan Kardec presentó el periespíritu como el intermediario entre el Espíritu comunicante y el médium. Como el periespíritu está constituido por materia quintaesenciada, se comprende que todo el universo de vibraciones y ondas electromagnéticas que constituyen el ambiente terrenal se ajusta a esa función de vehículo.

Todo es vibración. La comunicación por la palabra, en el plano terrenal como en el extrafísico, utiliza el medio ondulante, vibracional, que la emisión de sonidos desencadena,

llevando el mensaje. De la misma forma, el pensamiento siendo una emisión de materia vibracional, utiliza esa propiedad electromagnética para vehicularse.

Cada uno de nosotros piensa, elabora imágenes, retiene hechos. Ese complejo mental se localiza en el cerebro para un examen inmediato, No se sabe, sin embargo, como los impulsos mentales son canalizados hacia las neuronas, generando impulsos eléctricos. De la misma manera, se concibe que el Espíritu crea la materia mental y la arroja en un acto espontáneo sobre el cosmos mental del médium, y que éste descifra el mensaje con sus propios recursos.

André Luiz, en su libro *Mecanismos de la Mediumnidad* ensaya una explicación del fenómeno mediúmnico basado en los descubrimientos de la ciencia acerca de la estructura atómica y ondulatoria de la materia. El libro, fechado en 1959, es una interesante descripción comparativa entre las corrientes mental, eléctrica e hidráulica, estableciendo comparaciones que ilustran como pueden equivalerse en sus aspectos mecánicos y físicos.

El descubrimiento de que estamos inmersos en un océano de vibraciones, ondas y rayos, deja bien claro que la comunicación entre mentes encarnadas y desencarnadas es algo que está dentro de las leyes naturales. Ese avance explica porque la mediumnidad, que el espiritismo redescubrió y categorizó, es un fenómeno demostrable, controlable y natural.

La mente absorbe, por así decir, las corrientes mentales, que son impulsos electromagnéticos mensurables, por un proceso de mentosíntesis, usando la expresión feliz de ANDRÉ LUIZ, idéntico al de fotosíntesis, por la cual las plantas clorofiladas absorben la luz y sintetizan el oxígeno y el gas carbónico del aire. Así, una de las características del Espíritu es la de sintonizar, captar, y descifrar impulsos electromagnéticos de origen mental. A través de todo el transformismo biopsíquico, esos impulsos captados son transformados, por medio del cerebro físico o de la mente periespiritual, en signos y señales convencionales, como la vocalización por la palabra o la escritura.

Dentro de esa perspectiva es fácil comprender como se da la comunicación del Espíritu con el médium. Hay necesidad, primero de concentración por parte del médium, de modo que fije o centralice su energía mental en el propósito deseado. Eso acontece incluso en las manifestaciones espontáneas en que esa predisposición se hace automáticamente.

Al contrario de lo que se supone, la concentración no es un esfuerzo exhaustivo, sino una actitud de apaciguamiento. Citemos a André Luiz: Idealicemos, dice él, el flujo de energías mentales, o fulcro de ondas de la entidad comunicante y del médium, como dos campos distintos, asociando valores positivos y negativos, respectivamente, con una diferencia de potencial que, en nuestro caso, constituye una cierta capacidad de unión específica.

Establecido un hilo conductor de uno hacia el otro que, en nuestro problema, representa el pensamiento de aceptación o adhesión del médium, la corriente mental de ese o de aquel tenor se improvisa en régimen de acción, la reacción, alcanzándose el necesario equilibrio entre ambos, anulándose, desde entonces la diferencia existente por la integración de las fuerzas conjuntas en clima de afinidad (subrayado del autor).

Alcanzado ese nivel, la comunicación se procesa con mayor o menor intervención del médium que, como dijimos, no es objeto, sino un individuo activo y por eso, siempre interfiere en el proceso. Contorsiones, expresiones faciales, agitación en las manos y otros gestos son casi siempre, distorsiones del fenómeno, innecesarios y perjudiciales. La mediumnidad debe y puede ser ejercida sin dramaticidad o agresividad conforme el médium se convenza de que el Espíritu no entra en su cuerpo, sino que sólo le transmite ideas, impresiones y afectividad, por los conductos mentales, que él vuelve expresivos, digamos visibles, con su actuación en el mundo corporal.

IX

La variedad de especialidades mediúmnicas, de formas de comunicación es enorme, casi sin límites. No nos disponemos a comentarlas aquí, remitiendo a los lectores a El Libro de los Médiúms, de Allan Kardec, y otras obras especializadas, donde todo el mecanismo del proceso mediúmnico y la descripción de las diferentes formas de expresión del fenómeno, a través de la variedad de médiums, se hace detallada y eficientemente.

REENCARNACION

¿Cómo puedo, siendo un hombre viejo, volver al vientre de mi madre?, preguntó el doctor de la ley hebraica, Nicodemo, cuando Jesús de Nazaret le aseguró ser necesario nacer de nuevo, del agua y del espíritu. Esa pregunta continúa siendo hecha hoy, ante la ley de las vidas sucesivas: la reencarnación o palíngenesia. Es que, como hemos afirmado, el hombre ve sólo su aspecto orgánico. Por eso, no entiende como ese complejo celular, esa tesitura de nervios, huesos y tejidos, pueda, como en el mito del Ave

Fénix, resurgir de entre las cenizas para constituir un nuevo ser. De ahí el mito de la resurrección, que sería vivir otra vez después de muerto con el mismo cuerpo, milagrosamente rehecho luego de descompuesto, reestructurado, vivificado, vitalizado, tras la diseminación de sus elementos. Tal vez eso esté relacionado con una reminiscencia muy lejana en su inconsciente profundo, que garantiza al Espíritu la certeza de que vivió y vivirá muchas veces en la Tierra.

Reafirmamos que esa visión estática, identificando al ser con el cuerpo, ha sido divulgada como condición natural para la mayoría. Por eso el sentir espiritual, la extrapolación del Espíritu ha sido lenta y ha tenido que ser arduamente conquistada por la inteligencia y por la observación de los hechos.

La ley de reencarnación es generosamente presentada por algunos como la panacea para las inquietantes cuestiones humanas; por otros, como instrumento punitivo por excelencia, ya sea porque la simple encarnación sería un ultraje al Espíritu, o porque con el sufrimiento de la carne, el mal sería expurgado, la expiación completada. Y para otros, en fin, no pasa de argumento teórico engendrado para ajustar las realidades y desigualdades de un modelo de Justicia Divina.

Si la comunicación con los Espíritus mediante la mediumnidad, y las investigaciones psíquicas llevan inexorablemente a la comprobación de la Inmortalidad, resolviendo el problema del después, ¿cómo encontrar pruebas aceptables para la preexistencia, es decir, el antes? Las dificultades para una investigación convencional son muy grandes. Una de las formas es, sin duda, el propio testimonio de los Espíritus. Mas lo que se ha hecho en ese campo es investigar las informaciones de niños que, en condiciones específicas, afirman recordarse de otras vidas, dando detalles precisos sobre el modo de vivir, tipos, familiares, lugares y fechas. Algunos investigadores, es bueno que se diga, han mezclado las cosas y presentado hipótesis que no se adaptan a las concepciones espíritas. Algunos parecen establecer una dicotomía completa entre el cuerpo y el Espíritu, afirmando, por ejemplo, que un Espíritu recién desencarnado podría apropiarse de un cadáver también reciente, reencarnándose en él. Esa operación es, para el espiritismo, imposible y no puede ser confundida con la reencarnación. En verdad, es más una fantasía, una ficción. La reencarnación es, para la Doctrina Espírita, una acción completa, una unión sinérgica cuerpo-espíritu única, y la desencarnación ocurre siempre por la desagregación del cuerpo, lo que vuelve fantástica la posibilidad de la utilización del organismo muerto por otro espíritu.

Mas las pruebas de la evidencia reencarnatoria son muchas, sea por la ancestralidad del concepto, sea por las ideas innatas, por el carácter personal único que cada uno posee como marca individual encima de los acondicionamientos del ambiente, de la herencia biológica y de las presiones educacionales. Lo que los materialistas llaman constitución y los religiosos dicen ser designios de Dios modelando el carácter de las personas en cada vida terrenal, no es otra cosa, por la concepción espírita de la reencarnación, que la expresión de la individualidad, del Espíritu vivido que se expresa en el regreso a las agitaciones de la vida corporal.

Es cierto que las corrientes religiosas y espiritualistas creen que el hombre posee un alma y aceptan la inmortalidad. La mayoría, no obstante, se rehusa a aceptar la reencarnación. Tal vez juzguen que sería añadir demasiadas complicaciones a su frágil estructura. Además, están aferradas al modelo punitivo y finalista. Retrotraer la existencia del Espíritu hacia el lado de antes de la cuna, sería promover un cambio profundo en todo el edificio conceptual que levantaron. Se les facilita decir que todo comienza en la cuna. En eso se unen religiosos y materialistas. Los primeros piensan en algo espiritual. Los segundos solamente piensan en el organismo. Mas ambas hipótesis se silencian ante las evidencias que determinan las diferencias entre las personas. Las iglesias son reticentes en el examen de esas diferencias de cualidad personal. Las atribuyen a milagrosos designios de Dios, aunque los sacerdotes más sensibles bajen la cabeza constreñidos por la impotencia de obtener respuestas satisfactorias y, muchos se abalancen a las cuestiones sociales como compensación. Por lo menos ayudan a resolver algunos aspectos de la injusticia humana.

Los materialistas se contentan con inventar condiciones de constitución, esto es, las personas son así, nacen así, reaccionan así, porque estás constituidas de mecanismos que las vuelven de esa forma. En otras palabras, si tienen suerte son bien constituidas. Si no tienen, se tiene mala suerte...

Según avanzan las investigaciones genéticas, penetra la ciencia en un área extraordinaria. Si es cierto que esa incursión en el centro vital lleva a controles y alteraciones por medio de técnicas quirúrgicas o medicamentosas, es también real que crece la certeza de que los prodigiosos mecanismos de transmisión de la herencia biológica, no reposan exclusivamente en elementos del acaso, en la mecánica celular. Se diseña claramente la existencia de un elemento conductor, de una voluntad que controla los flujos y reflujos genéticos, dirigiendo, estableciendo caminos específicos. El modelo psíquico, extracorpóreo, es, en última instancia, el Espíritu, que interfiere a través de los conductos mentales frecuentemente de manera espontánea en el proceso para marcar su individualidad.

El papel modelador del Espíritu en el proceso reencarnatorio no significa que él lo desencadene. La reencarnación es una actividad biopsíquica. De un lado tenemos toda la estructura de la herencia física siguiendo sus propias leyes. De otro, la interferencia de un elemento inteligente, autónomo, que se inserta en el proceso, ya sea para sufrirlo o para modificarlo. Además, la simple presencia del Ser Inteligente es por sí solo un elemento de alteración del medio. Se descubrirá que las células no son inmunes al influjo mental; sino por el contrario, que ciertas combinaciones de los cromosomas provienen, en su especificidad, de ese director consciente o no.

La pregunta de como puede un cuerpo viejo volver al vientre materno centraliza el ser en el organismo y hace de éste el centro de la vida. Mas la concepción espírita nos muestra que el cuerpo físico es un accidente, un segmento transitorio en la vida del Espíritu. El cuerpo muere, se disipa, se disgrega. El Espíritu permanece, vive, continúa. Esta simple proposición resuelve la cuestión. En cada nacimiento se desencadena un proceso totalmente nuevo donde el Espíritu se inserta, como el comandante que asume su puesto en la dirección del navío. El no es el navío, mas lo comanda, lo dirige. Dirá: Mi navío, y como en las viejas tradiciones marítimas se hundirá con él. El Espíritu es

externo al cuerpo, mas se integra, se relaciona, vive en simbiosis con él y completa un juego sinérgico total a través del periespíritu.

Muchos pueden decir que esa explicación complica y parece fantástica. Más ¿qué es lo fantástico? Dicen eso porque desconocen las múltiples relaciones que acontecen a cada instante en nuestro complejo orgánico. Si todo lo que compone el cosmos cerebral, por ejemplo, fuese explicado a una persona para justificar desde un simple acto como es levantar un dedo, hasta las actividades superiores del pensar, del sentir, quedaría abismada por la complejidad y velocidad de las respuestas y del funcionamiento del sistema nervioso en general; por supuesto, si todo pudiese ser explicado, ya que muchas de las acciones inteligentes permanecen prohibidas al conocimiento científico.

Ante ese enmarañamiento de estímulos, respuestas, acción y reacción, la explicación espírita queda no sólo inteligible, sino simple. Ésta contempla la unión de un ser íntegro con inteligencia y sentimiento capaz de crear, construir, hacer, hablar y pensar simultáneamente; y un cuerpo físico estructurado según leyes biológicas más o menos conocidas. Entre ellos, un cuerpo sutil, el periespíritu. Ambos componen el hombre.

El cuerpo somático pasa por una inevitable transformación: nace, crece, madura, entra en decadencia y muere. Es un ciclo vital conocido, vivido, sentido. Es el binomio nacimiento-muerte. Mas, aunque tan claramente vivenciado en el diario vivir permanece un sentimiento de continuidad, una importante distinción entre el Espíritu y el cuerpo, incluso durante toda la reencarnación. El cuerpo envejece; el Espíritu percibe eso por la presión social, de un lado, y por el debilitamiento físico, de otro. Sin embargo, la mente se desvincula de ese proceso; lo contempla y lo sufre, mas permanece íntegra en sí misma. Verifica que la carne del cuerpo fallece y, curiosamente, se percibe ella misma, manteniendo el mismo hilo de individualidad y las mismas aspiraciones de la personalidad creada en la vivencia actual.

Eso prueba que la vida corpórea es un medio, un instrumento necesario para el desenvolvimiento del Espíritu. Está de más preguntar porque es así y no diferente, ya que se trata de un hecho concreto. Si analizáramos, no obstante, la vivencia de ese Ser, en el tiempo y en el espacio, convendríamos en que ese mecanismo de nacimiento y muerte, desde el punto de vista de la Inmortalidad, se torna indispensable.

Eso quedó evidenciado cuando analizamos el progreso del Espíritu en los reinos inferiores de la naturaleza. Vimos que la unión del principio espiritual al elemento material para formar inicialmente organismos unicelulares, y posteriormente, organismos cada vez más complejos, fue la vía natural para el aprendizaje, la formación de reflejos y la automatización de funciones. Acompañamos el principio espiritual, paso a paso, naciendo y muriendo y renaciendo automáticamente, sin vida moral sin una conciencia de sí mismo, mas viviendo bajo el imperio del impulso de vida.

En eso se configura el principio de la reencarnación en sí mismo, es decir, en un proceso biológico de ascendentes psíquicos o espirituales. Es un instrumento perteneciente a los mecanismos de la vida. Compone el cuadro vivencial como parte importante, fundamental, porque es el propulsor de la evolución. Es a través de ese choque traumático que el principio espiritual pierde, digamos así, su ignorancia y simplicidad iniciales, comenzando el aprendizaje, el entrenamiento para, posteriormente, asumir la razón, establecer la primacía de la voluntad, y por consecuencia, de la responsabilidad moral.

Queremos decir con eso que la reencarnación no guarda en sí misma un sentido de castigo moral, no está ligada invariablemente a la necesidad de pagar un rescate, concepción común en

varios lugares. Esa concepción proviene, como se deduce, de la visión teológica inculcada en el pensamiento común, de acuerdo con la cual todos estamos pagando el pecado de vivir.

En otras palabras, según el espiritismo, el Espíritu reencarna porque vive y no porque pecó. Esa afirmación es de gran alcance por abrir una perspectiva sana para el entendimiento del proceso de la vida y de la presencia de Dios en el Universo. Como sabemos las teologías son generalmente ordenaciones punitivas, autoritarias y arbitrarias, reflejando una visión cruel de la vida. Además de establecer una corte celestial de privilegiados torturan al hombre con el peso de pecados originales, condenas irremediables y lo rotulan de pecador nato, como persona esencialmente corrompida. Toda la predica de salvación parte, pues, de la idea de que la mayoría es pecadora y está perdida.

La idea del pecado y las condenaciones moralistas son un fuerte llamamiento autoritario, una manipulación de poder y una confesión de impotencia ante las realidades de la existencia. No fue posible para las teologías entender por qué el hombre yerra, pues, siempre se mostraron irritables, descontroladas, ante los errores humanos. Sin tener condiciones o esquivando un análisis de la realidad, bajo fundamentos no orgánicos e inmediatos, se mostraron impotentes para penetrar la naturaleza espiritual del hombre fuera del cuadro restringido de una visión temporal.

Si el hombre, reflexionaron los teólogos, nace con un alma creada por Dios en el momento de la concepción, si ese Dios es perfecto, si la sociedad siempre fue, por lo menos nominalmente, dirigida por sacerdotes e iglesias, todo el error, desvío o actitudes pecadoras será fruto de seducciones externas de entidades demoníacas, debido a la caída en el orgullo y otros factores. Luego será lícito condenar a los infieles al fuego terrenal de las hogueras inquisitoriales y al fuego eterno del infierno. Cumplida la tarea, las iglesias y sacerdotes, pensaron tener el dominio de las mentes y de los corazones...

Desde el punto de vista de la Inmortalidad dinámica, se comprende la razón de los errores humanos. Se trata casi siempre, de una condición proveniente del grado de crecimiento de cada uno. No es, como podría parecer a primera vista, una sanción general del mal. El mal es siempre el mal y es definido por el espiritismo como una condición pasajera, superable. El error es una variable común de acuerdo con el nivel alcanzado, mas no elimina la responsabilidad de cada uno en su práctica. Según el espiritismo, la Ley de Dios, de equilibrio y amor, está inscrita en el Espíritu donde se fue grabando poco a poco, desde el período prehumano, al vivenciar la ley de causa y efecto. De un modo general, el individuo sabe, incluso inconscientemente los límites de lo cierto y de lo errado, y de su derecho en relación al derecho de otro.

De ahí resulta la responsabilidad. El individuo tiene la posibilidad de errar, pero es responsable. Hablamos de error y responsabilidad porque, como hemos dicho, a partir del nivel hominal, al adquirir la razón, el Espíritu percibe que ya no puede pura y simplemente actuar por impulsos. Frente a él y con los mismos derechos naturales está otra persona. Esa relación establece límites, impone dignidades. Rotos esos límites y despreciada esa dignidad, se accionan mecanismos de causa y efecto, acción y reacción, inaugurando la vida moral.

II

Una de las mayores objeciones que se hacen a la ley de la reencarnación es el hecho del olvido del pasado. Si ya viví otra vida, afirman las personas, ¿por qué no me acuerdo? Y en torno al no recordar hechos y personalidades de vidas pasadas, se arma una barrera aparentemente insuperable para la reencarnación. Mas esa, como otras objeciones, son reacciones emotivas, sin una reflexión más detallada. Se focaliza el recuerdo como punto básico para aceptar la tesis de la plenitud de la vida. Mas, ¿qué se pretende? Se pretende que se superpongan a nuestra realidad

actual otras realidades. Que el individuo se sienta coherente, ajustado e integrado a su ambiente actual, cargando varias personalidades vividas. La proposición no tiene sentido.

¿Quién resistiría esa multiplicidad de personalidades? Los anales de la psiquiatría están repletos de casos de doble, triple y múltiples personalidades, que tanto pueden ser reminiscencias de vidas pasadas, como (y esto es más común) la intervención de Espíritus desencarnados en procesos obsesivos. Esa circunstancia trae, como es de esperar, problemas prácticamente insolubles para el individuo, hasta que deje de recordar el pasado o se cure de la obsesión.

Citamos ese hecho para demostrar que la Sabiduría Divina es completa y hace del olvido de las vidas pasadas una condición indispensable al funcionamiento del instinto de la reencarnación. Si no fuese por esto sería imposible al Espíritu progresar. Además, no es el caso que el Espíritu no debe recordar. Él precisa olvidar.

El espiritismo nos enseña que el Espíritu es una individualidad permanente, con personalidad en formación. Las múltiples vidas son etapas de aprendizaje donde la individualidad permanente se reviste de personalidades temporarias, ajustadas a las circunstancias genéticas, familiares y sociales, y al momento histórico en que vive su experiencia corporal. Es claro que esa personalidad expresa la experiencia, lo aprendido que la individualidad tomó como su acervo, sus tendencias y búsquedas internalizadas en el camino evolutivo. Es una nueva personalidad, porque incorpora las influencias del medio donde se expresa, mas conserva, como individualidad, un hilo de coherencia que no se rompe de una para otra existencia.

Es por eso, que cada uno tiene su carácter, que las influencias educacionales, los traumas afectivos tienen una repercusión personalizada, propia para cada uno y que personas educadas bajo las mismas reglas y viviendo experiencias análogas, divergen tanto en la forma como absorben esas directrices.

El Libro de los Espíritus, en la pregunta número 167 nos dice que el objetivo de la reencarnación es expiación, mejoramiento progresivo de la humanidad, ¿dónde estaría sin ello la justicia? En esa sentencia están contenidas algunas verdades que es preciso comprender. En el nivel de evolución en que nos encontramos, la expiación de errores y faltas cometidas se consubstancia en lo que llamamos dolor y sufrimiento. Estas son, pues, consecuencias. No existe una intención sádica de hacer sufrir por sufrir. Existe una condición de desequilibrio íntimo, espiritual, psíquico, que crea una necesidad de reequilibrio. Ese reequilibrio se da en la eliminación de los factores causadores que fueron creados en la relación con otros. Es claro, que la Justicia no se completa con el arrepentimiento o el lo siento mucho. Cuando agredimos a alguien, no sólo lo herimos a él, sino que también nos herimos a nosotros mismos, variando en conformidad con la gravedad de la discrepancia.

Esa es una realidad diaria y no es necesario prolongarnos más en su análisis. Sufrimos en términos morales, como reacción al desequilibrio creado. Ese sufrimiento puede y es, comúnmente, somatizado, transferido al organismo, completándose así el ciclo de dolor y sufrimiento físico y moral. En verdad, el sufrimiento físico es generalmente producto de desequilibrios morales y solamente aprovechable cuando se absorbe en ese campo.

Mas importa resaltar aquí que la expiación es una medida terapéutica que tiende a llevar al equilibrio. En ciertas circunstancias sería no sólo penoso, sino también probablemente impeditivo restablecer el equilibrio afectivo e intelectual de un Espíritu encarnado, si durante ese procedimiento él tuviese que recordar sus vidas pasadas y verificando que familiares, colegas de trabajo, y participantes de su existencia actual estaban envueltos en los dramas y problemas pasados.

¿Significa esto que existen trazas de esas vidas en la actual? De modo alguno. Ya dijimos que existe un hilo de coherencia en la individualidad respecto a las personalidades temporarias. Esos recuerdos, aunque de forma impulsiva aparentemente espontánea, surgen en las relaciones humanas de toda naturaleza. En el hogar, en el contacto con personas que influyen la existencia aparecen las atracciones simpáticas y las repulsiones inexplicables cuando no restrictivas. Son los trazos de personalidad que, a manera de las impresiones digitales, dan el toque de individualización a cada persona, no existe el recuerdo de imágenes y situaciones. Sobreviven las impresiones determinantes, los amores y los odios.

Solamente el olvido propicia ese resurgimiento de emociones y esa rectificación de afecciones sin la confrontación consciente con situaciones y cuadros visuales pasados, facilitando así el restablecimiento de simpatías y la eliminación de desequilibrios traumáticos.

III

Mas no es solamente en ese aspecto de expiación, tan importante en verdad, que la reencarnación se impone. Es que existe un momento conforme el Espíritu crece, en que ya hay necesidad de romper con las ligaduras, las amarras de incidentes almacenados. Fácil es comprender eso si nos recordamos de muchos momentos en la vida de personas encarnadas. ¿Cuántos no cambian de ciudad para intentar una nueva vida? Y hay quien cambie de identidad, mude de nombre a fin de reiniciar su existencia dentro de condiciones sociales más adecuadas. La figura del Sr. Madeleine, creada por VICTOR HUGO en Los Miserables puede ser tomada, abstraídas las causas morales apuntadas, como ejemplo. Fugitivo de las galeras, estimulado por la comprensión de un sacerdote, adopta el nombre de Madeleine y prospera convirtiéndose en un empresario influyente y ciudadano respetado. Nadie sabe de su pasado y él mismo, en cada uno de muchos momentos, día a día, se incorpora a la nueva personalidad. Javert, el despiadado servidor de la Justicia, lo persigue implacablemente en nombre de la Ley. él, Javert, sería figurativamente la realidad más profunda de Madeleine que inevitablemente deberá un día enfrentarse con la verdad.

Así es el Espíritu. Por más que se demore en un vehículo lento, por más que se precipite al desequilibrio, llega un momento en que hay una reacción, provocada por acontecimientos, por la atracción de personas o recuerdos íntimos vividos que lo hacen encarar la realidad, la verdad. Entonces, siente que la reencarnación es el instrumento adecuado para reemprender el camino bloqueado. El contacto con su realidad no siempre es fácil. Hay desequilibrios y cuentas que rehacer, gestos que impusieron sufrimientos a otros, abandono de responsabilidades que ahora surgen como actitudes crueles. Entonces, el sufrimiento, el dolor, parecen bendiciones, como la lluvia que refresca el suelo quemado y agrietado por la sequía.

En muchas ocasiones, por voluntad propia, pide reencarnarse en lugares distantes y yermos, en situaciones de extrema necesidad o de grandes dificultades, para que lo olviden, que lo ignoren por un tiempo, a fin de rehacerse.

Cuando -en ese largo camino evolutivo-el Espíritu se encuentra temporalmente sin el discernimiento y la voluntad necesarias, Instructores y Dirigentes encargados de auxiliar el progreso de comunidades y grupos, proveen reencarnaciones compulsorias, siendo lícito comprender que el derecho a escoger y a programar su vida debe conquistarse, puesto que la Justicia Divina funciona a base de la verdad, de la intención y del mérito.

Ya sabemos que, creado simple e ignorante, el Espíritu es potencial, perfectible. Esa potencialidad es una proyección hacia el futuro, una tendencia irrefrenable para superarse. Ese motor interior, ese deseo, ese impulso de salir desde una situación inferior hacia otra superior,

caracteriza la naturaleza del Espíritu. Esa constante búsqueda de nuevos vehículos lentos, aunque aparentemente subordinada en nuestro nivel al tiempo y al espacio es, en verdad, atemporal. Pasado, presente y futuro, se confunden en la experiencia continua del Espíritu, que se refleja en el momento actual. Por eso, el término crecimiento se ajusta para expresar el proceso de desarrollo continuo, gradual y constante, en que el Espíritu se ve envuelto desde el instante de la creación.

Si hiciéramos una analogía entre el crecimiento del hombre y del Espíritu, veremos que un niño en condiciones normales no puede evadir el imperativo de crecer. Aunque el símil no sea perfecto, porque el organismo crece según agentes biológicos automáticos, mientras que el crecimiento del Espíritu es fruto de su voluntad, puede, aún así, dar una idea de como el ansia de crecer, de superarse es una necesidad del Espíritu, que le fluye desde dentro hacia afuera.

No tenemos, al presente, condiciones para desmenuzar todo el mecanismo vivencial que determina las decisiones del Espíritu en su crecimiento, ni sabemos todavía de que manera en el inicio de su fase hominal, escoge este o aquel camino. Podemos decir que fue por su voluntad y estaremos, en esencia, afirmando lo obvio. Mas cómo funciona ese mecanismo no es posible saberlo. Sin embargo, no deja de ser importante señalar la creatividad divina. Habiendo todos los Espíritus sido creados simples e ignorantes y dadas a todos las mismas oportunidades de crecimiento, es prodigioso como cada uno desenvuelve su estilo, establece sus patrones y mantiene su individualidad, por encima de todas las presiones y de todos los acondicionamientos.

En fin, todo el Universo está en una constante agitación y el Espíritu, parte inteligente de ese Universo, no podría mantenerse apático, incapaz de superación. Todos los elementos externos hacen que él se agite y su mundo íntimo entra en conflictos elocuentes para que él se habilite a desenvolver la serenidad interior, que es un estado de extrema motilidad contenido en la comprensión de los factores determinantes del proceso vivencial.

Y la reencarnación es el instrumento por excelencia para el crecimiento del Espíritu. No sólo del Espíritu aislado en sí mismo, buscando la perfección o felicidad personal, sino también del sistema social donde él se inserta. Es también la reencarnación la que puede explicar el progreso social, la agitación de los grupos en la tala de estructuras arcaicas o injustas y en la búsqueda de otras formas de relaciones humanas.

Posibilitando que el mismo Espíritu, en sucesivas vidas, viva la personalidad del rico y del pobre, del hombre y de la mujer, en fin, dándole oportunidades de cambiar de posiciones sociales, la reencarnación es el instrumento por excelencia de la renovación social. Y solamente entonces entendemos el ideal, el humanismo, el heroísmo y la pertinacia con que líderes y revolucionarios se ofrecieron en holocausto por sus ideas, por los cambios de la estructura de la sociedad humana.

La extrema variedad de los caracteres de los hombres refleja los diferentes grados de experiencia ya acumulada. Nos estamos refiriendo al individuo en sí mismo y no a las diferencias sociales, a la discriminación y división de la sociedad en clases, que es fruto del egoísmo y de la prepotencia, aunque no se pueda simplificar todo con esas palabras. Hay todo un largo camino a recorrer para el entendimiento de las razones de esa realidad. Mas al presente, importa considerar que la sociedad precisa renovarse, cambiar. Y la comprensión de la reencarnación, por sí misma, es un punto clave para ese desencadenamiento de los cambios, hasta ahora basados en intereses económicos solamente dentro de una visión horizontal, restringida de la vida.

Se comprueba, así, que la sabiduría divina dispone que el crecimiento del espíritu se haga, de un lado, solitariamente, esto es, le compete discernir, escoger, reflejar, tomar decisiones, revisarlas. Sin embargo por otro lado, para implantar esas decisiones precisa de los otros. Entonces, si la toma de la decisión es solitaria, su ejecución es solidaria. Esa realidad establece el juego de la

vida en el que la palíngenesia es la pieza básica, suprimiendo etapas, estableciendo contactos, deshaciendo nudos emocionales, derrumbando obstáculos afectivos.

IV

El Libro de los Espíritus nos informa.

a.-La unión entre el Espíritu y el cuerpo empieza en la concepción, pero no es completa hasta el momento del nacimiento. Desde el instante de la concepción, el Espíritu designado para habitar en un cuerpo determinado se une a él por un lazo fluídico, que se va estrechando poco a poco hasta que el niño sale a la luz; el grito que lanza entonces anuncia que pertenece al número de los vivientes y servidores de Dios. (Item 344).

b.-En el intervalo entre la concepción y el nacimiento, el Espíritu disfruta más o menos de sus facultades, según la época, porque no está aún encarnado, sino ligado. Desde el momento de la concepción, la turbación empieza a apoderarse del Espíritu advirtiéndosele de este modo que ha llegado el momento de tomar una nueva existencia. La turbación va aumentando hasta el nacimiento, y en ese intervalo su estado es poco más o menos el de un Espíritu encarnado durante el sueño del cuerpo. A medida que se aproxima el acto del nacimiento, bórranse sus ideas y el recuerdo del pasado, del cual cesa, como hombre, de tener conciencia así que entra en la vida; pero ese recuerdo lo recobra poco a poco en su estado de Espíritu. (Item 351).

Esas informaciones nos dan una visión del problema de la reencarnación para un Espíritu libre y consciente. Hablamos de los Espíritus cuyo nivel evolutivo garantiza una cierta tranquilidad vivencial en el plano extrafísico, inclusive la convivencia en ciudades y agrupaciones organizadas en esa dimensión de la vida. Hay una inmensa masa que vive junto a los hombres simbióticamente agregada al diario vivir de la vida terrena. Otros deambulan con el aspecto de vagabundos y delincuentes, solos o en bandas, alimentándose de pensamientos deteriorados, confinados en guetos oscuros, fruto de su ociosidad o, muchas veces, en fuga precipitada, temiendo que su realidad estampada en la miseria de su cuerpo espiritual sea reconocida.

A pesar de esa realidad moral, el espiritismo, nos advierte que la reencarnación, mejor dicho, la técnica reencarnatoria, el acto de un Espíritu ligarse al embrión por un proceso de ajuste mental electro-magnético, pertenece a la categoría de los hechos biológicos automáticos y naturales, no exigiendo providencias extras ni la intervención especial de Inteligencias Superiores. Solamente en ciertos casos en los que por ascendientes morales existe mérito o determinación superior es cuando esa intervención se hace presente.

Conviene recalcar la posición del Espíritu en esa fase de transición entre la decisión de reencarnar, la concepción y el nacimiento. Imaginemos un Espíritu desencarnado, consciente, razonablemente equilibrado, cuya reencarnación se apresta. De una posición activa, en que su potencial intelectual y afectivo está en plenitud, se sumerge en el transcurso de sólo nueve meses, en un verdadero caos de la conciencia. En este período pierde conciencia de sí mismo, se le reestructura el periespíritu y surge al mundo terrenal, sinérgicamente ligado al cuerpo de una criatura, iniciando una nueva etapa. Su acervo intelectual está como recogido, restringido, latente. De ser alguien que podía discernir, escoger y ejercer su voluntad, pasa a la situación incómoda de total dependencia física y afectiva a sus padres o tutores.

Y no sólo eso. La mayoría de los ambientes domésticos y no raramente el clima mental de la madre y del padre, están en efervescencia. El nacimiento de una criatura no siempre es esperado con alegría. Sobrevienen rozamientos, problemas, desamor. Eso ocurre porque, durante el período

de perturbación pre-reencarnatoria, desde el momento de la vinculación periespiritual al feto, al embrión, se establece una unión profunda entre la mente del reencarnante y la mente materna.

Esa unión mente a mente, esa intromisión de un Espíritu en el campo mental de la madre, puede (y comúnmente ocurre) acarrearle problemas. La cualidad del aura del Espíritu que regresa, su particularidad mental, su clima moral, penetra, atraviesa el aura de la madre y ésta, en muchas ocasiones, sufre reacciones de origen psíquico, somatizadas en náuseas, enfermedades repentinas y cambios de humor.

Focalizamos ese aspecto para mostrar que, dada las circunstancias de nuestra relativa evolución como humanidad, los mecanismos naturales, biológicos, como la reencarnación, son momentos donde las realidades espirituales de los participantes influyen decididamente en el desenvolvimiento del proceso, generando muchas veces problemas de etiología desconocida para la ciencia convencional, que ve todo el cuadro dentro de funciones estrictamente orgánicas.

La reencarnación es un instrumento de la vida y envuelve emociones, choques e inquietudes comunes a todas las relaciones humanas. Es más fácil, armoniosa y feliz, según el estado de cada participante, debiendo ser recordado que el amor es, en ese como en todos los actos humanos, un factor positivo, por generar emociones superiores y crear un clima propicio, limando asperezas.

La maternidad es, de esta forma, vista de manera amplia. No se trata sólo y exclusivamente de respuestas a una relación sexual. Mas, sobre ese hecho concreto, una serie de otras personas, de sentimientos, se envuelven, abriendo caminos inesperados hacia el futuro. Dentro de ese contexto, el aborto provocado con fines egoístas, por sexualidad u otro motivo injustificado ante la conciencia es una agresión no sólo contra la propia persona, sino también contra al Espíritu reencarnan y se refleja en eventualidades imprevisibles.

V

Dentro de la técnica reencarnatoria, un Espíritu consciente sometido a la perturbación previa al nacimiento, va perdiendo el contacto consigo mismo, con el ambiente, penetrando en un torpor acogedor y de reparación. El acto de nacer surge entonces como la inmersión en lo desconocido, el penetrar en un mundo extraño. Ahora es un bebé entregado a los cuidados de una persona, que en los últimos meses fue el centro, el mundo, el soporte de la propia integridad del Espíritu. Ese alguien generalmente lo acoge al pecho, le da alimento, le ofrece el seno. Se siente ligado indisolublemente, nada existe en el mundo fuera de esa unión. Le busca el cariño la atención, el amor.

De ahí en adelante, el nuevo mundo comienza a abrirse a los ojos indagadores y a la inteligencia latente. Es el lento despertar del Espíritu, en busca de sí mismo, después de la inmersión en esa aventura. Procura localizarse, sentirse, defenderse de la mejor manera. Se siente tremendamente solo y aspira al contacto, protección. En los próximos doce o trece años, readquirirá, paulatinamente, su identidad, el hilo coherente de su individualidad permanente, temporalmente atrofiada, diluida en el torbellino de la nueva vida.

Mas, aunque ese hilo de coherencia se mantenga, no volverá a ser el mismo. Sometido a las presiones afectivas, oprimido por las circunstancias orgánicas, sociales, históricas, su identidad es ahora garantizada por las relaciones en el mundo corporal. Sus ideas pasarán por el fuego renovador de condiciones diferentes. Muchas certezas se volverán inciertas y otras inciertas ganarán la posición de verdades concretas. Al alcanzar la pubertad, cuando retoma su cualidad sexual, afectiva, se verá en una situación conflictiva. Todo el acervo del pasado como que irrumpe exigiendo su espacio, mas entonces todo deberá ser revisado, comparado, reflexionado con las

nuevas adquisiciones, con la embestida afectiva e intelectual realizada y toda la carga que el ambiente le coloca en los hombros.

Entonces, la vida se configurará de modo diferente. No siempre se dispondrá a la renovación. Muchas veces, no le fue posible soportar el odio de los parientes, ni superar lo que le parece desprecio y desamor de padres y hermanos. Algunas tendencias inferiores serán superadas y otras reforzadas. Resistirá o se adherirá a los llamados del ideal, al bien a la verdad. Creará su clima de vicios o de equilibrio, cultivará dioses y diosas buenos o malos. Será un hombre común, un idealista o un marginado.

Bajo cualquier condición, la experiencia será válida, porque no podrá evitar, jamás, que vivió ese momento y en las condiciones ofrecidas.

No estamos ahora hablando de otros problemas que aparentemente son más duros, como los defectos físicos congénitos, las deficiencias mentales irrecuperables, los problemas de salud crónicos, que le exigirán una vida entera de situaciones difíciles y restrictivas. En fin, situaciones triviales comunes, dolorosas y amargas, que forman parte del cuadro de las realidades vivenciales.

Por fin, vendrá la muerte física. Temida, odiada, pero infalible, hará que el Espíritu retorne, atormentado o más feliz al plano extrafísico para cotejar los resultados de la vida corporal.

Con eso queremos dejar bien situada la cuestión de la reencarnación. Ella no tipifica el comportamiento humano dentro de límites repetitivos, fatalistas o kármicos. La vida es vida y se ejecuta en el momento en que es ejercida dentro del libre albedrío posible y de las condiciones ambientales. Cada existencia es, como dijimos, una empresa capaz de éxito o fracaso. La reencarnación explica los factores espirituales que interpenetran la realidad existencial. Amplía los límites de la vida, adicionando elementos que la visión orgánica, corpórea y univivencial no consiguen explicar.

Se confunde mucho lo que es sólo una proyección de las necesidades y realidades del Espíritu, con fatalismos, y la palabra karma o carma, nada tiene que ver con la ley de causa y efecto, mas significa una ordenación implacable, el está escrito fatal que parece gobernar la vida, a despecho de la persona. Existe sólo un determinismo real, lo que impulsa al Espíritu hacia el progreso. Lo que ocurre en nuestra vida corporal es un esbozo de programa existencial, calcado del cuadro de experiencias e inquietudes del ser. Eso naturalmente no es simple. Se ramifica en las relaciones paternas, en el ambiente social, e histórico en que la existencia se ejercita. El Espíritu es libre para actuar, mas se torna esclavo de los resultados de esa acción. Sobrevive, no obstante, el libre albedrío, que lo define a voluntad, mas es bueno que se comprenda que esa voluntad y ese libre albedrío no son soberanos, arbitrarios y voluntarios. El existe en el límite del propio ser, mas no impide, ni lo libra de recibir la acción de la Justicia. Es como un hombre que haya cometido un asesinato y sea apresado. El puede, dentro de sí mismo, continuar odiando a su desafecto, a su contrario, e incluso desear matar más. Es su libre albedrío, que ninguna restricción externa limita. Mas eso no evitará que sufra las penas de la ley, que sea encarcelado.

VI

El hombre, visto desde el punto de vista orgánico y univivencial, es un individuo que no pidió nacer, no escogió el ambiente, ni los padres, que sufre los problemas de la existencia sin una relación directa de causa y efecto y, por fin, muere cuando no lo desea. Es, por eso, un individuo alienado, traído a la arena de la existencia por voluntades externas a él mismo. Eso es, no fue oído para nacer, ni lo será para morir.

Mas el hombre visto desde el punto de vista espírita, reencarnatorio, es un personaje diferente. Es cierto que no podemos evaluar de manera simplista el porqué de la vida, la razón de la creación, como muchos desearían. Creemos que comprenderemos que el vivir se justifica por sí mismo.

De cualquier forma, ese personaje está en este mundo muy probablemente porque él lo pidió. Su ambiente y la parentela son adecuados a sus cualidades y propósitos y a ellos estará ligado por lazos afectivos profundos. Lo que sufrirá durante la vida, habrá sido consecuencia de la propia naturaleza de la sociedad en que vive y que de alguna forma es también obra suya, fruto de accidentes y actitudes de esta vida corporal y, finalmente, de reacciones a hechos y momentos vividos en anteriores existencias.

Desde cualquier ángulo hay siempre una contribución del individuo, de modo que, en sentido amplio, él continúa siendo el agente de su vida, de su destino, que no es una figura retórica o una fantasía constituida en un pasado remoto. Sino una acción dinámica, siendo reconstruido, revivido y proyectado continuamente. No reducimos, con esa visión, el proceso de la vida a un cuadro intimista, aislado, ni eliminamos los hechos más destacados de las presiones y de los resultados de las situaciones injustas creadas por las desigualdades sociales, Al contrario. Pero recalcamos que en la esencia, lo que cada uno proyecta en la existencia corporal es el resultado de su propia vida.

La diferencia es vociferante. Se asemeja a la situación de un desmemoriado, sometido a repentina amnesia, que recupera su identidad. Aunque la vida corpórea sea, por su naturaleza, restrictiva, y las necesidades de la existencia sometan al Espíritu al juego de los sentidos, la constatación de que el centro de gravedad de la vida se aparta del binomio fatal cuna-tumba, y que somos un ser con experiencias y vivencias mucho más amplias, revoluciona el enfoque vivencial. Se alarga la propia sensación de ser. Se amplía el horizonte de vivir. Se explican infinitas sensaciones, inquietudes y dudas.

Aquella sensación interior de permanencia es, entonces, verdadera. No se trata de una mera expectativa de proseguir siendo, ni la Inmortalidad es un mito creado como consuelo ante la inevitabilidad fría de la muerte. Porque la resolución de ese importante problema existencial, que es la causa de las ideas innatas, el motivo de las tendencias y constitucionalidad psíquica, arroja luz sobre inquietantes cuestiones psicológicas. La propia Inmortalidad adquiere otro sentido, porque no es una esperanza que se constata después de la muerte, sino una cualidad del ser, que se confirma durante la vida.

El conocimiento de la reencarnación no evita los choques afectivos, ni líquida el odio, los conflictos, ni siquiera las dudas íntimas. Mas levanta el velo sobre la naturaleza del comportamiento humano y puede, cuando es convenientemente comprendida, ayudar en la solución de esas cuestiones. Es una motivación moral objetiva, concreta, porque la rueda de la vida ya no anda sin motivación consciente

o sometida a las leyes del acaso. Se aclaran los misterios entre la vida y la muerte. La dimensión de la existencia corporal se amplía en cuanto a oportunidad de renovación mental y moral y se reduce porque su transitoriedad no es más una desgraciada realidad de la brevedad del vivir. Ella se comporta como un segmento importante, mas no exclusivo o definitivo, en un panorama amplio en el cual el Espíritu se construyó como ser inteligente, capaz de dirigir su propio destino.

Sería profundamente lamentable que esa contribución para el entendimiento de la naturaleza del hombre, del destino y del dolor, fuese utilizada como forma de poder y de justificación de presiones contra la persona. Porque mal comprendida o situada dentro de un pensamiento

emoliente y místico, la reencarnación puede ser usada como instrumento de manipulación. Es lo que hemos visto en el Oriente, donde el instinto reencarnatorio fue usado como arma para mantener la miseria, la ignorancia y el poder de castas sociales.

Gracias al misticismo dorado de las religiones orientalistas, cuyo lenguaje melifluido y cargado de elegante sabiduría puede marchar al lado de la miseria, de la subyugación y de la manipulación de las masas, la reencarnación fue utilizada maléficamente. Mezclando puntos de verdades fundamentales con superstición y rituales populares, guías religiosos enseñaron la obediencia ciega, llevaron al fanatismo primario pregonando la metempsicosis, metáfora transformada en verdad según la cual el Espíritu podría reencarnar como castigo en un cuerpo de un animal. Además de eso, enseñaron el conformismo a millones de flagelados por el hambre y por la opresión, clasificándolos como parias ajusticiados por la reencarnación punitiva. El pensamiento oriental, citado como fuente de sabiduría, se perdió en ese contraste con lo concreto, con el hecho social, exaltó gurús y visionarios, presentados como eremitas, individuos aislados, marginados, despreciando la vida social. En verdad, sometieron al Espíritu inmortal a la tiranía de una mentalidad social cruel, impasible y fría.

Es por eso que el espiritismo, revisando los principios de la reencarnación, la coloca como uno de los instrumentos fundamentales del proceso de crecimiento, liberándola, sin embargo, de un perfil moralista y punitivo y mostrándola como un hecho biológico de bases psíquicas y espirituales, como, además son todos los hechos de la vida.

De esa manera, nos libramos del peligro de que, bajo el enfoque espírita, venga la reencarnación a ser usada como justificación para la explotación de las masas, para la formación de castas. Es justo que se diga que la reencarnación explica, mas no justifica, una vez que el comportamiento humano es complejo y sería una estupidez suponerse la posibilidad de componerlo, aislarlo en partes autónomas atribuyéndose, por ejemplo, ese o aquel gesto, esa o aquella situación, sólo y exclusivamente al pasado.

VII

Con la reencarnación es preciso revisar la estructura del pensamiento humano. Dicho así, parece que debería, irreflexivamente, partir para una visión teológica, religiosa de la existencia y poner de lado todos los descubrimientos, investigaciones y argumentos de todas las ciencias que estudian al hombre, como un ser biológico, psicológico, social. Nada de eso sin embargo es verdad.

La reencarnación amplía y modifica el enfoque, mas no invalida muchas de las posiciones de las ciencias. Al contrario solamente a través de ella es que muchas proposiciones teóricas, estructuradas por el pensamiento, adquieren una base de sustentación. Tales son, por ejemplo, las teorías de FREUD sobre el inconsciente, los arquetipos de JUNG y las indagaciones que señalan la existencia de un modelo extracorporal.

Ya aludimos al error interpretativo y a la manipulación de la reencarnación ocurrido en el Oriente, al servicio de la mentalidad de explotación del hombre y de la justificación de la crueldad. Tornada común, la reencarnación no puede ser más objeto de exclamaciones de admiración o de insensato análisis, por la cual quien la analiza como que se sitúa fuera del contexto y ve en los otros resultado de otras vidas. Todos estamos reencarnados y por eso mostramos nuestra construcción interior, nuestro destino.

Mas tampoco significa que la ley de la palíngenesia sea flor de invernadero o tema de discusión académica. Es material para la vida cotidiana, para reestructurar el comportamiento de las personas.

Para cambiar no basta saber que se tuvo muchas existencias corporales. Así como el descubrimiento de la Inmortalidad no supera las angustias del individuo. Sobre esos enunciados se establece, eso sí, una nueva forma de ver la relación con los demás. Comenzando en la familia.

La familia es el canal de la reencarnación. Es evidente que una persona puede reencarnar y no tener propiamente una familia nuclear, esto es, padre, madre y hermanos viviendo en un determinado lugar. Mas esa es la condición de la mayoría de las personas en todas las latitudes del mundo.

De la unión matrimonial surge la familia y ésta se caracteriza justamente por los hijos. La propia relación conyugal pasa por un nuevo modo de ser. ¿Serán los casamientos irremediamente programados antes de la reencarnación? Esa cuestión es tratada en primer lugar, porque el casamiento, en cuanto sacramento religioso, fue siempre visto como una consagración divina, por la menos formalmente. Mas, también, porque la unión conyugal trae una serie de confrontamientos, problemas y conflictos y muchas de esas uniones se concretizan, incluso cuando contrarían el más elemental buen sentido. Una verdad sobresale: la atracción que existe entre determinadas personas. ¿Será esa atracción siempre una reminiscencia del pasado? ¿Aquellos que amamos u odiamos son, necesariamente, comparsas de otras vidas y los que nos son indiferentes no tuvieron participación en nuestras múltiples existencias? Aceptar esa tesis sin ninguna objeción, sería prejuzgar que el sentimiento hubiese parado en algún punto del tiempo y de ahí en adelante no hubiésemos hecho otra cosa que trabajar las mismas emociones en círculo cerrado. Al contrario, el círculo siempre se amplía y nuevas experiencias en el campo afectivo alargan los horizontes del alma. Sin embargo, nada obsta que muchos, probablemente la mayoría de los casamientos, puedan haber sido concertados antes del nacimiento, lo que explicaría la búsqueda recíproca que marca muchos enlaces.

Aún entonces el libre albedrío parece funcionar también, porque muchos casamientos son deshechos, mostrando liviandad, inmadurez o, frecuentemente, incompatibilidad moral, discordancia afectiva y otros factores. Cuando sucede un nuevo casamiento, queda la duda. ¿Estaría éste dentro de una programación reserva? o ¿habrá sido el primero precipitado? Aceptamos, como más en consonancia, que determinados individuos o grupos, ya tengan al reencarnar condiciones de hacer, según su elección, un esbozo general como directriz maestra para el flujo existencial. Fuera de eso, la vida familiar y social de la mayoría sigue un plano linear común al cual se adapta el reencarnante, según los recursos de que dispone. Aún así los ascendentes de la afinidad se muestran activos, siendo justo considerar que la atracción mental electromagnética, que une indeleblemente a los Espíritus, funciona automáticamente y los participantes se buscan inconscientemente.

Sin embargo, lo que parece importante destacar en esta oportunidad es la contribución de la reencarnación para la mejoría de las relaciones familiares, a partir de la reformulación de los papeles que tradicionalmente cada miembro de la familia debe desempeñar. Si esta nueva postura no elimina la realidad de los conflictos latentes, que la reencarnación viene a colocar frente a frente, provee no obstante, los instrumentos capaces de permitir la resolución de esos conflictos. Hijos y padres, bajo el enfoque reencarnacionista, comprenden que no son personas extrañas que se encontraron inesperada e insólitamente para la confrontación pura y simple.

Sin abdicar de la autoridad paterna, los padres sentirán que el hijo es, como ellos mismos, un Espíritu vivenciado, trayendo el mapa de su trayectoria evolutiva. Que allí está probablemente debido a afinidades afectivas más largas que el transcurso de la vida física.

Conforme crece, el hijo, a su vez, sopesando sus emociones, evaluará simpatías y antipatías, atracciones y repulsiones comunes en la vida familiar, intentando resolverlas o por la menos teniendo conciencia de que parten de su realidad multiexistencial.

De esa forma, se van creando condiciones para la solución o allanamiento de algunos conflictos familiares, examinándose con cierta tranquilidad cuestiones básicas de atracción y odio, procurando salidas que, si son encontradas, repercutirán en el medio social. Ello es así porque sabemos que muchos comportamientos socialmente indeseables y viciosos, tenderán a ser eliminados conforme hubiera ese entendimiento, puesto que la mayoría es reflejo, proyección de pependencias no resueltas en el ambiente doméstico.

Muchos se preguntan si la repetición, en cada existencia corporal, de los trámites compulsivos de la infancia no sería contraproducente. Si el Espíritu que reencarna ya ha vivido, ¿por qué debe ser sometido al período desgastante de la infancia, con los impedimentos cognitivos y afectivos conocidos? La respuesta es que el aprendizaje ha sido hecho por el Espíritu en su crecimiento, a través de la repetición. Hasta en el desenvolvimiento del embrión hay ese recordar de las fases biológicas anteriores.

La infancia, dicen los Espíritus Superiores, es necesaria en todos los planos habitados. Mas, advierten, en los superiores no es tan obtusa, precaria o ingenua como en la Tierra. Hasta un punto del crecimiento de la especie humana, que corresponderá al avance moral de la humanidad, la infancia será ese período adaptativo, indispensable al ajustamiento afectivo del reencarnante al mundo corporal. Según la técnica reencarnatoria, en el breve hiato de nueve meses, se produce en el Espíritu un profundo cambio mental-afectivo. Al unirse al embrión, se inicia el período de perturbación preencarnatoria o de vinculación al complejo físico-mental materno. Según el grado evolutivo del reencarnante, ese período es más o menos consciente, mas llega el momento de la reencarnación y entonces se sumerge en el entorpecimiento infantil. La infancia es el tiempo adecuado para que él se recomponga, se reajuste a las nuevas condiciones.

La total dependencia del niño es otro elemento importante para ese reajuste, mayormente cuando por cualquier factor, su reentrada en el mundo corporal esté acompañada por incompatibilidades emotivas. La expectativa de la maternidad, la conciencia de las necesidades de la criatura indefensa y otros factores positivos, llevan, en promedio, a padres y madres a superar los conflictos, a veces sugeridos en la sensibilidad.

El reencarnante tendrá también oportunidad de revivir factores ya vivenciados en sucesivas vidas, escalando los dificultades del enseñoramiento de los recursos cognitivos y psicomotores que el nuevo cuerpo le ofrece. No pasará desapercibido que, como una condición generalizada, los niños recién nacidos actualmente parecen cada vez más fácilmente adaptados y que la infancia se acorta mostrando el futuro.

MORAL

En un discurso a los espíritas de Lyon y Bordeaux en 1862, ALLAN KARDEC afirmó: Doquiera que mis obras penetraron y sirvieron de guía, el Espiritismo es visto bajo su verdadero aspecto, esto es, bajo un carácter exclusivamente moral. El Codificador estaba en esa ocasión haciendo análisis de su posición personal con relación al espiritismo y a las reacciones que suscitaba.

Como doctrina filosófica, es natural que el espiritismo resultase en consecuencias morales. Sin embargo, dirigido hacia las masas sin ser una doctrina de masas, no podría perderse en torneos literarios o en tortuosas construcciones verbalistas. Le correspondía aprovechar el material existente en el mundo, tornándolo ininteligible y útil para el hombre.

Por eso, nacido en occidente, el espiritismo se apoyó en la moral evangélica, comprendiendo que el espíritu que conocemos como JESÚS DE NAZARET era portador de una propuesta de comportamiento compatible, insuperable y adecuada a las necesidades humanas.

La moral espírita no difiere esencialmente de la moral evangélica. Mas, como advirtió Kardec, en La Introducción de El Evangelio Según el Espiritismo, no interesan a la Doctrina los actos comunes de la Vida de Cristo, los milagros, las predicciones, las palabras que fueron tomadas por la Iglesia como fundamento de sus Dogmas. Sólo le interesa la enseñanza moral. De ahí surge la necesidad de no confundir la absorción de la moral evangélica por el espiritismo, con su adhesión a cultos, desvíos y estructura evangélica puestas en prácticas por las iglesias cristianas.

Según también el codificador, el espiritismo instituyó, a bien decir, un código moral universal sin distinción de culto, porque no está en su propuesta el que se convierta en una religión, ni constituirse en ritual con el objetivo de sustituir los cultos religiosos. A él compete la investigación de la verdad, el análisis de los hechos y, por consecuencia, deducir una moral. Reconocemos que no es fácil mantener esa línea de equilibrio debido a las presiones íntimas de la mayoría, condicionada, hace siglos, a confundir invariablemente moral con religión. Pero si el Espiritismo se propone renovar el pensamiento humano, ha de hacerlo a partir de una propuesta capaz de revolucionar ese antiguo acervo cultural y probar que la adoración a Dios es un hecho natural, que no necesita culto externo, ritualismo ceremonial, ni fórmula sacramental alguna.

Las investigaciones antropológicas nos demuestran que desde la choza el hombre procuró su relación con Dios, utilizando los medios de que disponía y por eso le erigió altares adornados de flechas. Suponer, entretanto, que con la evolución y la madurez el Espíritu no encuentre nuevas formas de comprender y relacionarse con el Creador, sería absurdo. El culto religioso se sobrepone a la moral, sofocándola muchas veces con el peso de las ceremonias y con la fuerza de los convencionalismos. El moralismo ha sido un arma de manipulación y control que la madurez del Espíritu va derrumbando conforme se confiere a sí mismo el derecho de establecer las reglas de comportamiento.

No siendo una religión, ni pretendiendo serlo, como lo dice hasta la saciedad el Codificador, precisa mantenerse en una posición capaz de demostrar al hombre que la moral no es corrupta, no está fuera de moda; que la moralidad no es vacío existencial, ni la negación de las fuerzas naturales. Muy por el contrario, es una aprehensión de los auténticos objetivos existenciales. Que, en fin, el individuo moralizado no es un castrado, un reprimido, un triste.

II

El comportamiento religioso -cuyo análisis es imperativo porque fue tomado como sinónimo de moralsurgió, por lo que se puede deducir, del miedo. El primitivo tanto como el niño es un individuo

tremendamente inseguro. Colocado en medio de los elementos naturales, verifica que de ellos depende. Al comparar su estructura física, su resistencia orgánica con la de los animales se constata su propia fragilidad. Su infancia es larga y exige muchos cuidados. La sexualidad que rebosa de sus emociones ya no puede ser ejercida como en el reino animal. Ahora ya no sólo hay una acción unilateral, de posesión, sino que se encamina hacia una relación. En fin, precisa construir una civilización.

Presiente algo superior, una fuerza encima de las suyas que determina los fenómenos de la vida y la muerte, de la lluvia y el sol, de la abundancia y la escasez. No puede, como aún no se puede hoy, precisar cómo es esa fuerza. Mas procura agradecerla, obtener su protección, aplacar sus

iras. Lo intenta mediante el ensayo de lo cierto y lo erróneo, a través del culto, de las formas que parecen más agradables a esa fuerza, la cual frecuentemente representa en animales, cosas y personas.

De esa acción incipiente, nace la religión primitiva y luego algunos se encargan de administrar el culto, de interpretar las señales y la voluntad de los dioses. Son los sacerdotes de todas las épocas los que asumen la dirección de la moral y se establecen en guardianes de los tabúes. Las leyes morales de las tribus comienzan entonces, mas tienen otros desarrollos, mezclando intereses inmediatos, situaciones y circunstancias locales. Sea como fuere, se establece un código para lo que puede hacerse o no y de como las transgresiones serán castigadas y por quién.

No pretendemos reducir el proceso religioso y moral de la humanidad a esa visión precaria. La tomamos tan sólo como una aproximación grosera de como han sido creados los caminos del hombre y señalamos el deber de revisarlos conforme nos distanciamos de los elementos que daban base a ese tipo de comportamiento. Tampoco queremos discutir aquí la necesidad de la religión porque el asunto es de extrema polarización e incluye definiciones, posiciones filosóficas y tantas otras variables, que no es posible llegar a una conclusión satisfactoria.

Podríamos, para simplificar la cuestión, colocar a un lado el sentido religioso propiamente dicho con sus cultos, rituales liturgias y sacerdocio, y a otro lado, el sentido de religiosidad, que sería entonces un sentimiento más refinado, desvinculado de un objetivo ceremonial, legalista, institucionalizado; pero que se caracterizaría por el respeto, por la dignidad con el que el ser humano encararía la propia vida. Serían dos posiciones: la primera, institucionalizada, organizada, definida en el tiempo y el espacio, y sustentada por reglas y códigos rígidos. La segunda, sería ejercida libremente de día a día, desvinculada de ese aparato. No tendría, sin embargo, un sentido de subjetividad, sino de acción concreta en el modo de ser.

Concordamos, no obstante, con KARDEC, que a falta de un término específico que señalara claramente la separación de la planteamiento espírita de una función religiosa, declaró que el espiritismo es una doctrina filosófica y moral. Es en ese sentido que analizaremos la contribución del espiritismo a la renovación social. Porque ésta es la finalidad mayor de la Doctrina. ¿Por qué? Porque si el espiritismo se fijase en una reforma personal, íntima solamente, sería una doctrina elitista, formaría un grupo cerrado, un club privilegiado, donde unos pocos descubrirían una fórmula de felicidad particular. Además de eso, la pretensión de una salvación personal es una variante establecida sobre una visión narcisista, debido al entendimiento existencial restringido de condenación de la vida. La propuesta espírita no podía ignorar la realidad social y, teniendo por bandera el combate sistemático contra el egoísmo, debería romper con el aislamiento del individuo en relación a la sociedad.

No se debe ver en esta argumentación, una fórmula mágica capaz de encontrar una solución para el desafío del crecimiento del espíritu sin su participación. Naturalmente, el llamamiento moral del espiritismo tiene que ver con la adhesión consciente del individuo y su integración a los postulados libremente aceptados. Sin eso, ¿cómo sería posible cualquier cambio real? El espiritismo coloca el problema de la madurez espiritual en términos no egoístas, en un contexto amplio, en el cual el individuo al crecer se compromete tácitamente con la renovación social.

III

Lo que hemos visto en el desarrollo social del planeta Tierra es una sucesión de individuos, sistemas e instituciones de fundamentos religiosos que, en determinadas épocas del proceso,

pretenden representar a Dios, hablar en su nombre y decidir relativamente el aspecto moral de la vida. Las grandes civilizaciones giraron en torno a revelaciones, a líderes que creían poseer no sólo el conocimiento de la ley divina, sino también un canal exclusivo de comunicación con el Creador.

Con esos instrumentos, dictaron normas y códigos de conducta. Con el tiempo, la semilla esparcida se multiplicó y no siempre muy noblemente. Ya institucionalizadas las creencias cuidan de mitificar a sus reveladores desplazándolos al Olimpo celeste; y los que se encargan de mantener la estructura, instalan tribunales que deciden no sólo sobre el destino del hombre mientras está en la tierra, sino hasta después de la muerte. Todos afirman ser procuradores divinos y por eso disputan la primacía, y no raramente también el poder para impugnar el proceder de los adeptos y no adeptos. Cuando se tornan mayoría, imponen las reglas morales, discriminando lo cierto y lo errado, el bien y el mal.

Con el tiempo, sin embargo, -siempre ha sido así- esas creencias caen, desaparecen, son dejadas de lado, superadas. Le sigue entonces un periodo de transición, de inquietud general, donde parece que toda construcción de moralidad y normas de relación entre las personas, entra en colapso. Frente a lo que se llama la revisión de los valores, las voces proféticas y apocalípticas preanuncian el fin de los tiempos, el momento supremo del juicio final.

Sin embargo, (así ha sido hasta ahora), sobre el desequilibrio general resurgen otras reglas, otras normas, a veces más rígidas que las anteriores. Como es común, en ese periodo de transición, las generaciones más antiguas señalan errores y fallas en el comportamiento de las generaciones nuevas, diciendo que éstas cambian las reglas éticas. Suspirando: En mi tiempo.... afirman que en los días actuales los jóvenes aflojan los lazos de la moral, que ya no se respeta como antiguamente, etc.

Debido a esa diversidad del comportamiento de la humanidad y de la diferenciación cultural, se pregunta si existe una moral por encima de cualquier variación temporal o si ella no es más que un instrumento precario, variable conforme a la época. En otras palabras, la moral es un flujo que, permaneciendo igual, determina el comportamiento por encima del tiempo, aunque con formas diferentes de presentación, a través de las edades, o ¿será más bien una variedad de costumbres sociales? El asunto mereció de Kardec los comentarios y cuestiones del Capítulo I, de la Tercera Parte de El Libro de los Espíritus, Ley Divina o Natural. En verdad, toda la tercera parte del libro trata sobre el aspecto moral del hombre.

Resumiendo los tópicos que nos interesan en este estudio, tenemos los siguientes que definen el pensamiento doctrinario sobre la moral.

1° La Ley de Dios, inmutable y eterna, es denominada ley natural;

2° Dios no se engaña a sí mismo, por tanto lo que ha pasado a lo largo del tiempo es que la ley natural ha sido interpretada de acuerdo con el entendimiento humano propio de cada época;

3° Lo que se denomina ley natural no se restringe al campo moral, sino que abarca todo el universo de actividades;

4° Las leyes de Dios o leyes naturales, aunque eternas e inmutables, son apropiadas a la naturaleza de cada mundo y adecuadas al grado de progreso de los seres que lo habitan;

5° La moral es la regla del buen proceder, esto es, de distinguir el bien del mal. Está fundamentada en observar la ley de Dios. El hombre procede bien cuando todo lo hace por el bien de todos porque, entonces, se cumple con la ley de Dios.

Según el espiritismo, la ley natural o divina es el árbitro de la felicidad del ser humano. Esa ley natural, conforme la enseñanza de los Espíritus Superiores que trabajaron en la Codificación, está grabada en la conciencia de cada uno. El término conciencia tiene aquí la connotación de una especie de censor interno, de superego del tipo freudiano, donde los valores están inscritos. ¿Cómo

sucede eso? A lo largo de la caminata evolutiva, el Espíritu percibe la existencia de la ley de causa y efecto, y certifica que existe un flujo conductor de toda la vida universal, inclusive y especialmente la moral, que define lo que está de acuerdo o es contrario a la Ley. Esta no es un código detallado, sino una intención que absorbe, por así decir, toda la vida universal, porque emana de la Voluntad Divina. En otras palabras, siendo Dios la Perfecta Sabiduría, estableció lo cierto y este cenit o fiel de la balanza, se inserta naturalmente en todos los aspectos de la vida; y la integración, la interpenetración en ese clima constituye la aspiración de todo ser a lo largo de la escala evolutiva.

Desde este punto de vista es lícito afirmar que existe una moral única, aplicable a todas las situaciones, aunque la respuesta sea gradual al crecimiento de cada uno. No existe una moral personal, capaz de ser creada y vivida por una criatura independientemente y a despecho de los demás. Lo que existe es una constante reelaboración de los valores, para llegar a la mayor identidad posible con la Ley, al modelo inscrito en la conciencia.

IV

El Espíritu, después de pasar por la etapa de la irracionalidad, alcanza el nivel hominal y se torna, entonces, capaz de discernir, escoger y, como tal a responsabilizarse por sus decisiones. Porque en cualquier nivel de esa fase, hay siempre una decisión, aún cuando el ser rehuse decidir. Esa responsabilidad constante y actualizada marca la vida moral del espíritu. Comenzando a usar la razón, se torna apto para percibir que tiene que actuar constantemente en su ambiente y que a su vez es objeto de la actuación de los otros; que ese actuar, que esa imperatividad de expresarse en la relación le imponen restricciones a los impulsos instintivos, naturales. Si pretende actuar sin censura o barrera alguna, es inmediatamente castigado o crea problemas. Por eso, establece leyes que garanticen la convivencia satisfactoria y se somete a ellas.

Aplicando a la vida moral los principios de la ley de acción y reacción, verifica que hay siempre una correspondencia de causa y efecto en las relaciones humanas, y que hay formas de actuar que determinan reacciones agradables en sí mismo y respuestas satisfactorias en los demás. Ese tipo de comportamiento, tanto en el nivel personal como social es el bien. Lo que le causa sinsabores, constricción, generando situaciones de fricción, muerte y odio, es el mal.

Siendo la vida una constante de estímulos y respuestas una relación basada en el bien provoca reacciones del mismo sentido y cualidad, reforzando emociones positivas. Mientras que las basadas en el mal resultan en vibraciones desequilibrantes, provocando dolor, resentimiento y estableciendo un círculo cerrado de relaciones insatisfactorias, que piden reparación.

V

La vida moral comienza para el Espíritu con el despertar de las pasiones. Ellas serían una señal de la actividad y de la conciencia del yo, ya que en el alma primitiva la inteligencia y la vida están en estado de germen. Aunque la palabra pasión tenga un sentido ambiguo, aquí representa la toma de conciencia de los impulsos instintivos, despertando el deseo en el Espíritu.

Las pasiones no son buenas ni malas. Son impulsos naturales que dan al Espíritu la energía interna suficiente para mantener el flujo de la vida activo y en constante agitación. Sin ellas no sería posible el motor vivencial. Las fuerzas instintivas no son, como parece, señal de inferioridad. Pertenecen al acervo del alma y no desaparecen jamás. Según los Espíritus Superiores: el instinto nos guía siempre y, algunas veces, con más seguridad que la razón. El instinto no se desvía nunca.

En las primeras etapas de su vida racional, el Espíritu vive el drama de afirmarse como ser humano, desembarazándose de las reminiscencias de su experiencia prehumana. La prédica a favor de la liberación de los instintos en las relaciones humanas es consecuencia del desconocimiento de la proyección evolutiva del ser. No hay retroceso ni caída. Habiendo llegado al plano racional el Espíritu alcanza un nivel irreversible y, por tanto, está compelido a desarrollar sus potencialidades interiores, confrontándose con el desafío del ambiente. Es con ese roce que descubrirá los caminos que le dan satisfacción y le garantizan la vida psíquica equilibrada.

Confrontado con el llamamiento vivencial, encarnado o desencarnado, el Espíritu usa su recién adquirido libre albedrío con los recursos que posee en cada momento, para dirigir sus impulsos, sus pasiones, y desarrollar una forma de vivir que le produzca placer. El sentido del placer es aquí muy abarcador. Al principio es el deseo de posesión afectiva o sexual, ampliándose después en todas las direcciones del vivir. Por la posesión, en variada escala de intensidad, el ser humano se lanza a la aventura, al crimen, a la conquista, a la guerra.

Conforme va viviendo, descubre que en el campo personal debe aprender a respetar el deseo del compañero. En el plano social, las presiones y la madurez, van induciéndolo lentamente a substituir la fuerza por el derecho y la participación, en lugar de la usurpación y del dominio expoliador. Una vez establecidos los patrones morales que regulan la vida personal y social de cada época, éstas se tornan en determinaciones divinas por obra de las iglesias y sus sacerdotes. A lo largo de ese camino aparecen los grandes reveladores, los profetas y conductores de pueblos que mezclando llamamientos divinos y sociales, impulsan, revolucionan y subvierten las épocas.

Se diseña en la Historia un mapa evolutivo, marcando las épocas, eras y circunstancias aparentemente desconectadas, contradictorias, pero que guardan un encadenamiento positivo, conduciendo al ser humano -paso a paso- hacia un destino mejor. En esa jornada hay peligros y desatinos, momentos de estancamiento e, incluso, la impresión de retroceso. Pero, la vida es una recreación constante. La presencia de una directriz superior se caracteriza por el mantenimiento del orden, dentro del desorden aparente, un renacer dentro del caos circunstancial. Además de eso, sólo la permanencia de los mismos protagonistas de la Historia, en su esencia inmortal, en los procesos reencarnatorios, lanza luz sobre el confuso arquetipo vivencial.

VI

Si miramos al hombre como el ser finito que es, o lo que es lo mismo, si lo miramos desde el punto de vista espiritualista-religioso que lo categoriza como un organismo que posee un alma creada al mismo tiempo que él, se hace difícil comprender como todo ese mecanismo moral se establece, se consolida y permanece.

Ya hemos dicho que la teología se basa en la condenación del hombre y, paradójicamente, en la tentativa de salvarlo. Esas contradicciones están en la base de la dicotomía entre el bien y el mal, entendidos como instancias definitivas institucionalizadas, con espacio definido, como agentes categorizados. El hombre es el punto de controversia entre las fuerzas que, según la teología, intentan arrastrarlo a la perdición eterna o a la salvación permanente. Todo ello dentro de los límites precarios de la vida terrenal, escenario donde un individuo desprovisto de recursos personales y de defensas adecuadas precisa combatir y decidirse.

Para ganar la salvación se exige el principio de la obediencia ciega, total, que en la práctica es sinónimo de alienación, de renuncia, de negación de sí mismo. En esa circunstancia, el bien no es un estado natural, sino una posición trazada, que puede ser alcanzada hasta sin autenticidad,

porque frente al desafío la misma sociedad religiosa crea subterfugios para fines de satisfacción externa y pseudosatisfacción interior.

Una vez establecidos los límites estrictos de la santificación, todo el comportamiento que no se aliena, que no se somete, que procura autenticidad, es considerado sospechoso. No se desenvuelve la moralidad sino un moralismo sádico, deformador, a tal punto, que las manifestaciones instintivas, las pasiones, son condenadas sin remisión como pecado. La institucionalización del pecado fue arma de manipulación que rebajó la espontaneidad y llenó de malicia la naturalidad vivencial.

Sin embargo, visto desde el punto de vista espírita, el panorama cambia. En primer lugar, la creación del espíritu aun como principio inteligente, es considerado como simple e ignorante sin connotación moralista alguna. Ciertas desviaciones pretendieron por ejemplo, mistificar ese principio doctrinario reduciéndolo al talante teológico, al afirmar que el Espíritu había sido creado simple e inocente dando espacio a la introducción de una posible caída de la inocencia en el pecado. Tal proposición no armoniza con la estructura del pensamiento espírita.

Si afirmamos que el espiritismo nos muestra que la vida es, toda ella una forma moral y, simultáneamente, no moralista, nos estaremos aproximando a un enunciado perfectamente armonizado con la noción de la Ley Natural, establecida en El Libro de los Espíritus.

La vida es moral porque está regulada por la Ley Divina, pero no es moralista porque esta última condición representa una estructuración social que se transforma constantemente. El moralismo es una forma de control. Puede hasta ser útil en determinadas ocasiones y para determinadas personas. Pero conduce a visiones distorsionadas de la realidad y corrompe la espontaneidad de la vida.

¿Será, empero, el espíritu, absolutamente libre? ¿No será el libre albedrío, por el contrario, una ilusión? ¿No estará el universo sometido a un determinismo absoluto y, en consecuencia el hombre, cualquiera que sea su naturaleza íntima, no sufrirá un arbitrio incontrolable? Una cosa es cierta. Existe una Ley que llamamos Divina o Natural que regula, gobierna y dirige la vida universal en todos sus aspectos. Por tanto si existe Ley, existe determinación, determinismo. La Ley tiene un objetivo, y establece normas para alcanzarlo. Pero como hemos dicho antes, esa Ley no se expresa en código detallado, sino en intención. Antes de que ese determinismo se constituya en restricción, se convierte en una apertura, en una oportunidad vivencial. Así por analogía superficial, es posible comparar la amplitud de la Ley, o determinismo divino, con la amplitud de un océano, que aunque, como sabemos, está limitado, permite por su extensión una infinidad de movimientos.

Y, además, como en su campo moral La Ley actúa directamente dentro y en las relaciones de las personas, se comprende que su curso se torna dinámico en el vivir. Si la Ley se manifiesta en la ley de causa y efecto, la libertad se expresa en el hacer, construyendo, en contrapartida, un determinismo localizado en las reacciones que suscita. La reciprocidad que marca el ritmo de la vida, combina perfectamente al libre albedrío y al determinismo en un circuito cerrado. Un hombre que penetra en un local de dimensiones diminutas no pierde su libertad intrínseca, pero condiciona el movimiento al determinismo del espacio disponible.

No se puede afirmar que la libertad del hombre es una ilusión, si no se conocen las raíces de las cosas. Un hombre puede, por ejemplo, en determinada fase de su existencia terrena, decidirse por el suicidio. Aunque esto sea un acto contrario al curso natural de la Ley, él, aún así, tiene el derecho de perpetrar contra sí mismo ese atentado. No obstante, una vez cometido el suicidio, se despliegan las consecuencias. La mente desequilibrada sufre conscientemente los horrores de la muerte física. En muchos casos puede hasta vivenciar la descomposición del cadáver. Enloquecido,

el espíritu deambula en el plano extrafísico, sin defensas, porque pretendió -contra sí mismo- renunciar a la vida, pero como ella es inalienable, prosigue viviendo. El drama que se crea en torno de ese acto es extenso y redundante invariablemente, en reencarnaciones dolorosas, coercitivas, con restricciones frecuentemente muy grandes. Nace, por ejemplo, débil de mente y muchos creerán que vino al mundo desprovisto de libertad para decidir. Sin embargo, la raíz de esa pérdida temporal del movimiento intelectual, de la voluntad, está en el uso de la propia libertad, que readquirirá, en el tiempo y el espacio.

El tema del libre albedrío no está restringido al campo personal, sino que su amplitud incluye lo social, porque colectividades enteras, por acción u omisión, debido al uso de su capacidad de elegir, se tornan cómplices de crímenes y acciones criminales, generando respuestas también colectivas.

Naturalmente, todo ese cuadro sólo tiene sentido dentro del análisis de una sociedad en crecimiento, para Espíritus en la fase casi inicial del proceso de autoconocimiento, como en la Tierra. No es ésta una circunstancia constante en el Universo, pues, es posible aceptar que colectividades más evolucionadas, habitando otros planetas de los sistemas estelares diseminados por las galaxias, habrán construido un tipo de vivencia y de moral en la cual, más de acuerdo con la Ley Natural, usufructúen un placer constante y no sufran conflictos permanentes.

VII

Comentando la cuestión 918 de El libro de los Espíritus, Kardec trazó, el perfil de lo que para él sería el verdadero hombre de bien. Dijo.

El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, de amor y de caridad en su mayor pureza. Si interroga su conciencia sobre los hechos realizados, se preguntará si no ha violado esa ley, si no ha hecho mal, si ha hecho todo el bien que ha podido, si nadie ha tenido que quejarse de él, en fin si ha hecho a otro lo que hubiese querido que por él se hiciera.

El hombre compenetrado del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace el bien por el bien sin esperar recompensa y sacrifica su interés a la justicia.

Es bueno, humano y benévolo para con todo el mundo porque en todos los hombres ve hermanos, sin excepción de razas y creencias.

Si Dios le ha dado poder y riquezas, ve en esas cosas un depósito que debe emplear para el bien y no se envanece de ello, porque sabe que Dios, que se lo ha dado, puede quitárselo.

Si el orden social ha puesto hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque ante Dios son sus iguales y emplea su poder para moralizar a aquellos y no para abrumarlos con su orgullo.

Es indulgente para con las ajenas debilidades, porque sabe que él mismo necesita indulgencias y recuerda estas palabras de Cristo. El que no tenga pecado que arroje la primera piedra.

No es vengativo: a ejemplo de Jesús, perdona las ofensas para no recordar más que los favores, porque sabe que se le perdonará como él haya perdonado.

Respeto, en fin, en sus semejantes, todos los derechos que dan las leyes de la Naturaleza, como quiere que se le respete a él.

A primera vista, Allan Kardec diseñó ahí la imagen de un superhombre, sólo superado por la de Pietro Ubaldi. Pero lo que resalta de la lectura atenta de ese perfil es que presenta un modelo flexible, factible y que puede ser, alcanzado por el hombre común. Los modelos morales son estímulo para la identificación de los que postulan una posición más avanzada o que perciben

cambios interiores que precipitan necesidades de sustentación. El superhombre de Ubaldo es una fantasía construida a partir de la exaltación del genio, de un superdotado que desprecia la mediocridad general bordeando la vanidad de ser superior.

El hombre de bien que Kardec delinea es una criatura perfectamente adaptada al mundo, sin despreciarlo, mas vivenciando sus carencias, sus realidades. Es lo que se aproxima tímidamente a la ley Natural, lo que causa espanto a la mayoría no consciente de esa necesidad, luchando todavía con los propios enigmas interiores. Sin embargo, es una persona normal que actúa en lo social, que ejecuta su tarea cotidiana y procura discernir, buscar su camino. Va gradualmente reuniendo los caracteres del verdadero hombre de bien, estableciendo un sentido de esencialidad en el comportamiento, a partir de la autenticidad interior que se expresa en sus actos.

El Codificador colocó el egoísmo como el obstáculo mayor, y como arma para destruirlo, la caridad. El principio de la caridad puede, en un sentido amplio, ser sintetizado en la acción. Kardec procuró demostrar que la moral espírita es moral actuante, transformadora del medio. La moral evangélica, que él adopta, se contrapone a la mera estructura evangélica de la sociedad cristiana. La primera es adhesión consciente y activa al programa de elevación por el conocimiento de sí mismo y por la renovación social. La segunda se pierde en meandros burocráticos, estableciendo ordenaciones, costumbres y prejuicios, donde se construye un falso hombre de bien.

La caridad según el espiritismo, es beneficencia y benevolencia y puede ser sinónimo de amor. Kardec no usó la palabra amor, simplemente porque ésta es ambigua, polivalente y susceptible de adjetivaciones. La palabra caridad tiene una carga de servicio, de acción. Y eso le pareció más importante, por caracterizar una praxis. El lema Fuera de la Caridad no hay Salvación, que fue circunstancial y creado para liberar al Espíritu de una restricción religiosa implícita en el Fuera de la Iglesia no hay Salvación; define la propuesta existencial del espiritismo.

Sería lamentable que caridad se restringiese sólo a beneficencia. En ese caso, no ayudaría a crear el verdadero hombre de bien, pues sólo atendería a una parte de las relaciones humanas y, como la práctica demuestra, se podría convertir en una agencia controladora, manipuladora, al servicio de la conservación de un estado de dominación. La caridad digna de mérito se puede transformar en una relación de dominado-dominador.

Por eso Kardec consideró importante la caridad benevolente, que caracteriza un comportamiento universal con relación al semejante, en la esencia de criatura a criatura, de persona a persona. Bajo la comprensión espírita -inmortalista y reencarnacionista- encontraremos la base para un cambio radical en la visión recíproca de las personas y, entonces, el deseado abandono de los acondicionamientos sociales y circunstancias que perjudican esa relación, podrá ocurrir.

El egoísmo es, por definición, concentración de la energía del individuo en sí mismo, por inseguridad o perversidad. Es un estado insatisfactorio, porque inhibe el potencial del Espíritu. Sin embargo, aparentemente satisface en la medida en que da ilusión de seguridad y de conservación de la integridad del yo. En el egoísmo no hay verdaderamente, una relación de reciprocidad. Existe una unión de dominación, una tentativa de levantar barreras que bloqueen el flujo afectivo, manteniendo condiciones de tensión y miedo.

La caridad, al contrario, es la acción de donación, de liberación de energías, de aceptación. Kardec ilustra lo que entendía por caridad con la célebre definición dada por el Apóstol Pablo, en la primera Espístola a los Corintios. Ahí, el apóstol de los gentiles tipifica la caridad como una virtud en la cual la participación personal se torna más importante que el sacrificio, la fe, el despojarse de bienes materiales. En esa carta, él la define como una acción positiva, básica, indispensable al crecimiento del Espíritu.

Es adentro de esa amplitud que la caridad o amor es colocada por el espiritismo. Es la praxis, la práctica, la actuación transformadora del individuo y de la sociedad.

No se debe, empero, precipitar el entendimiento de esa moralidad. El egoísmo es una forma perversa de utilizar la energía de la vida. Mas no ser egoísta no quiere decir que no se ama a sí mismo. El espiritismo es la doctrina de la valorización del Espíritu y por eso postula su engrandecimiento por el ejercicio del autorespeto. El crecimiento es una acción consciente que parte del conocimiento paulatino de sí mismo. ¿Cómo podría alguien alcanzar su autoconocimiento, sin amarse, sin mirar hacia sí mismo? Hemos considerado ya el instinto y la pasión. La falsa noción de virtud y la connotación de pecado pretenden que el hombre de bien sea el que niegue sus instintos, el que desconozca la pasión. Eso no es verdad porque no es posible. Al contrario, el hombre de bien sabe oírse a sí mismo y trazar su rumbo a partir de sus realidades, cotejándolas, comparándolas, con los objetivos que pretende alcanzar. El uso de las fuerzas de la vida es lo que define el carácter del individuo. Si se deja arrastrar por los impulsos, sin considerar las realidades en que se sumerge, personal y socialmente, se pierde en el consumo de energías, agotándose, sin obtener la satisfacción que anhela. Si por el contrario se tranca, se encierra, desarrolla una ficción de pecado y ve las fuerzas naturales como impuras e inmorales, puede desembocar en desequilibrios que muchas veces son tomadas por el grupo y por sí mismo como virtudes, cuando en realidad éstos no pasan de ser disturbios psíquicos de lamentables consecuencias.

Si tomáramos como ejemplo los personajes bíblicos de Juan Bautista y Jesús, podríamos establecer una distinción entre la posición de desequilibrio y equilibrio frente a la Ley. Juan Bautista era un profeta arcaico lleno de reprobaciones, que imponía restricciones al vivir. Pregonaba el arrepentimiento y clamaba por el castigo celeste. Adherido al modelo moralista, condenó la unión entre Herodes y Herodías, sin advertir que se amaban, y acabó, literalmente, perdiendo la cabeza. Jesús era jovial y comía, bebía y andaba con personas comunes, inclusive con los pecadores cobradores de impuestos, gente de mala vida y prostitutas. En fin, con todos los que la estructura moralista de la sociedad religiosa marginaba. No lo hacía por exhibicionismo, ni como una liviana afrenta a la estructura social; sino porque quería demostrar que por sobre las convenciones permanece la naturaleza espiritual, humana de cada uno, sin que eso significase sanción de los comportamientos desviados, cuando le presentaron a la mujer adúltera, no atendió a la voluntad popular que quería condenarla. En una de sus más inspiradas lecciones, destruyó el moralismo al que todavía hoy estamos acostumbrados, ordenando al que estuviese libre de pecado que tirase la primera piedra.

Esa postura del Nazareno fue subvertida, corrompida por la estructura evangélica y la sociedad cristiana que en vez de construir la moralidad auténtica, se encaminó por el mismo camino moralista, resultando en la hipocresía generalizada en que se sumergió.

Por eso mismo, la moral espírita, por su carácter universal, por su característica de continuadora de la moral evangélica, tiene que utilizar la razón para evitar caer en las celadas de esa pseudosantificación. El pensamiento moral espírita tiene necesariamente que desembocar en una vida más liberada, más libre, de modo que la búsqueda de esa identificación con la Ley Natural se desarrolle en un clima de alegría y satisfacción. Aunque se conozcan las raíces más profundas del dolor, del sufrimiento y de la angustia que componen el cuadro de la vida terrenal.

VIII

La moral judaica-cristiana que no necesariamente es sinónimo de moral evangélica, está asentada sobre una concepción maniqueísta. El maniqueísmo ve la estructura del mundo dividida en dos bloques absolutos e irreconciliables: de un lado Dios o el bien absoluto y del otro el Diablo o el mal absoluto. En ese raciocinio no hay transición ni término medio. Es todo o nada.

Ese fundamento absolutista se desparrama sobre todos los comportamientos de la vida social y personal. La dicotomía se generaliza. Caliente y frío, bueno y malo, cierto y errado; dan una visión absoluta de las cosas. No obstante, al afirmar que la sabiduría está en el término medio, esa radicalización maniqueísta domina las concepciones humanas.

Así el hombre fue, también, escindido, apartado en mitades que se oponen. Ya en el tiempo de Hipócrates se decía que el sentimiento está localizado en el corazón y el conocimiento en la cabeza. Esa división del hombre afectivo contraponiéndose al hombre cognoscitivo, difícilmente puede integrar y formar una unidad, ha servido para engaños de entendimiento.

Se le atribuye al corazón el calor, el amor, el involucramiento afectivo. Lo que es afectivo tiene calor. Se dice que el raciocinio es frío, que la cabeza no tiene posibilidades de sentir, sino sólo de reflexionar. Por analogía la ciencia es fría y la religión caliente. Ciertamente la filosofía, en esa concepción, está es lo tibio, pues, no asume la algidez de la investigación científica, ni el calor de la predicación religiosa.

No fue por casualidad, pues, que en determinados momentos de la Historia, cuando la religión dominaba, que la inteligencia, el raciocinio, la investigación fueron despreciados y que la humildad fue tomada como sinónimo de ignorancia. La bondad, se decía y se dice, supera, precede y es superior a la inteligencia. La fe, se afirmaba, tiene que ser ciega y nunca debía someterse al raciocinio, a la razón. Cree, aunque sea absurdo, era el lema.

Uncido a esa tesis, el hombre fue estimulado a no pensar. Las cosas del pensamiento -y esto no es una marca sólo de la civilización occidental- deberían ser propias de una elite. Sacerdotes, doctores de la ley, desde las civilizaciones primeras, se atribuían el conocimiento de los misterios. No fue diferente en la civilización cristiana. La cúpula de la Iglesia se nombró a sí misma como detentora de la explicación final de la verdad.

Sin embargo, vino el Espiritismo y dice que el progreso moral es consecuencia del progreso intelectual. Con ello reconstituye la integridad del Espíritu, sin ignorar la variedad de posiciones relativas al conocimiento y al sentir, como entidades correlacionadas, pero no uniformes en la estructura mental. La Doctrina insiste: El Espíritu progresa a través de una insensible caminata ascendente, pero el progreso no se realiza simultáneamente en todos los sentidos; en una etapa puede progresar en ciencia, en otra en moralidad.

El ansia de saber y de amar deben yuxtaponerse, realimentándose, constantemente, como constituyentes del Espíritu, situándolo en la realidad universal. Hoy ya tenemos pequeños pero interesantes lances que nos señalan una visión cósmica, y el aislamiento, la soledad del hombre terrestre va rompiéndose poco a poco. La proposición espírita de la multiplicidad de mundos habitados, abre una perspectiva cósmica apenas entrevista por la humanidad. La ampliación de las fronteras del Universo es anhelo espontáneo de la mayoría y desemboca en fantasías o pretensiones, que preanuncian, sin embargo, la esperanza de un encuentro con otros seres que aman y sufren, aprenden o ya aprendieron lo que todavía no sabemos.

El acoplamiento de la inteligencia y la afectividad que marca la mayoría de edad del Espírita, es meta a ser conquistada por la mayoría de los habitantes de nuestra casa celeste. La perversión de la inteligencia, tanto cuanto del afecto, son constantes en la marcha de los Espíritas

de nuestra humanidad. Esa circunstancia genera el sufrimiento y el dolor que, a su vez, llevan al Espíritu a la reflexión. De esa rueda viva surge, en cada experiencia vivida y sentida, una nueva persona, que a de reconstruirse o perderse temporalmente en los meandros de las pasiones no controladas y liberadas o en las filigranas de la inteligencia dominadora y astuta.

IX

Allan Kardec no se limitó a indicar una Ley Divina o natural abarcadora, ilimitada. Intentó, didácticamente, dar consistencia a sus proposiciones, indicando lo que sería esa ley natural y de lo que estaría constituida. Quiso con ello demostrar su aplicabilidad y para que quedase clara la movilidad de los conceptos de la moral social y temporal establecida por la legislación humana en busca de una identificación con los principios de la ley natural. Esto es, a partir de una idea básica, natural, se desarrolla la legislación, los modos de vivir, las costumbres que marcan época, que dan identidad a los momentos históricos de la humanidad y de determinados pueblos.

Lo que Allan Kardec llamó leyes morales puede perfectamente ser traducido por leyes de relaciones humanas, porque la ley divina y natural contiene, cuando se aplica a la vida del Espíritu, justamente la solución del problema de la relación con los demás, que es el principal desafío del nivel de la humanización en la escala evolutiva. Por ejemplo, esa también es la esencia de los diez mandamientos de Moisés y del Sermón de la Montaña de Jesús, que definen la moral cristiana primitiva, la moral evangélica auténtica.

Diciendo que la adoración, trabajo, reproducción, conservación, destrucción, sociedad, progreso, igualdad, libertad, justicia, amor y caridad son las bases de la ley natural, la Codificación da consistencia a su propuesta de entendimiento de las relaciones morales que determinan el destino del Espíritu.

No cabe aquí un análisis pormenorizado de cada uno de esos segmentos de la Ley Natural, pero conviene comentar el acoplamiento que une esas leyes en la definición del objetivo de la vida personal y social, como determinantes de la identificación cada vez mayor con el meollo, con la esencia de esa misma ley.

El principio de adoración a Dios abre ese desdoblamiento de la Ley Natural. Es básica para el espiritismo esa unión del Creador con la criatura. Sin embargo, al analizar como esa adoración debe ser hecha, los Espíritus Superiores procuraron el camino de la esencialidad. Adoración, aquí, no es sinónimo de contemplación, de inactividad. Es una actitud activa, necesaria, que surge como consecuencia de la naturaleza espiritual del hombre. Por esa naturaleza él tiende a buscar la causa primaria, la razón de vivir, el orden universal. Lo intenta por muchos caminos, desde el culto externo, el ritual, el ceremonial, el teatral, hasta lo recóndito de su propio ser. Conforme evoluciona, va penetrando en el ritmo dinámico del universo y percibe que a la divinidad no se le puede rendir culto adinámicamente, al compás de la inercia, de la alienación.

Por eso el trabajo surge como una reacción a la ociosidad dorada de la contemplación improductiva. Es sinónimo de útil, de constructivo. Sacude, moviliza, desarrolla. Se contrapone a los meandros teológicos que lo catalogó como punición e hizo del paraíso un lugar de ocio. Trabajo es vida. No se trata, empero, de una apología a la labor mecánica, esclavizante, explotadora. En la estructura social, entra en una relación de justicia, de participación. Sólo por su acción sobre los elementos natu-rales, transformándolos es que el Espirita puede desarrollarse como persona y crear el ambiente adecuado a una vivencia satisfactoria.

Trabajo es consumo de energía física y mental. Pero el gregarismo natural conduce a la formación de grupos restringidos en una relación afectiva, la familia, que garanticen la procreación

y el flujo de energía sexual, fuente natural de recursos creativos del Espíritu. Ahí, la ley natural es muy simple. Sin embargo, la relación afectivo-sexual desarrolla lazos de simpatía y antipatía, generando, muchas veces, patologías del alma, conflictos pasionales, cuyas repercusiones para el individuo y para la sociedad son complejas. En ese punto, la moral ha variado extremadamente. Resulta, empero, una verdad universal: la búsqueda recíproca de las personas para desarrollar proyectos afectivos, en la búsqueda del amor.

Por más abyecto que sea el momento vivencial, la conservación de la vida es impulso irresistible y espontáneo. Preservar el ser, continuar siendo, superar los obstáculos, vencer los desafíos, son condiciones naturales en la historia de cada persona. Esa fuerza de conservación es, como se ve, funda-mental para la continuidad de la búsqueda de sí mismo. Si ella se manifiesta visual y palpablemente en el campo orgánico, reflejando la intención del Espíritu, no es menos cierto que mantener la integridad mental y superar los llamamientos depresivos, constituyen otra faceta de esa lucha. Aún cuando sucumba frente a la presión de los hechos, tanto en el campo físico, generando la muerte orgánica, como en el psíquico, produciendo la locura, el Espíritu permanece victorioso sobre la destrucción, viviendo la inmortalidad y recuperándose, en el tiempo y en el espacio, restableciendo el equilibrio.

Hay una necesidad de destruir, esto es, de renovar. La ley de la destrucción representa lo imperioso de ajustar el ritmo de la vida individual y colectiva a nuevos niveles de aspiraciones. El hombre nace orgánico, destinado a la inevitable destrucción en la muerte. Le repugna esa determinación biológica. Es por medio del mecanismo de la destrucción que la evolución se realiza. Además de esa destrucción natural, devasta la destrucción engendrada por el hombre, por las guerras, por el ataque a la naturaleza, por las condiciones de miseria y explotación. Son, no obstante, pasajeras y, en muchos casos, instrumentos -aunque lamentables- del propio progreso.

Por medio del espiritismo se puede entender de forma dinámica esa dicotomía de conservación-destrucción como fuerzas opuestas en busca de equilibrio en el plano de la Ley Natural, porque la agresividad que tanto una como otra exigen del Espíritu, lo moldean para la comprensión de los factores sociales, de la prioridad de una relación humana equilibrada. Esa oposición no se realiza únicamente en el campo orgánico. Se cristaliza cada vez más en el campo social, porque la satisfacción de esas necesidades se torna urgente, para que la conservación de la vida no sea una lucha sin cuartel para evitar la destrucción, con el agotamiento de las energías, por el medio o por la explotación. Pero, al contrario, la búsqueda de una solución moral para los problemas económicos se impone, permitiendo la liberación de las energías de una gran mayoría para la búsqueda de otros valores que no sean el umbral de una sobrevivencia miserable.

Al egoísmo personal se sobrepone la creación de una sociedad mejor. Y aquí toda la estructura, no sólo económica sino global del relacionarse, reclama cambios, adecuándola a la realidad espiritual dinámica que el Espiritismo propone. El prejuicio de razas, el papel de la mujer y el del hombre, la distribución de la riqueza, el acceso a las oportunidades de crecimiento personal, en fin, todos los mecanismos de la vida, precisan ser postergados por una nueva fuerza, que movilice, que dé consistencia a las aspiraciones legítimas de una sociedad menos arbitraria, desnivelada y brutal como la que todavía tenemos.

Sólo eso justificará el esfuerzo por el progreso, por la automatización de los trabajos, por la vivencia de una sexualidad más natural y satisfactoria, por un ambiente ecológico que garantice a todos una vida razonable. Si el progreso fuere realizado fuera de propósitos morales, él puede transformarse y se ha transformado en una furia devoradora de la propia condición de vida humana. No sólo el enriquecimiento de unos pocos y la miseria de millones, no sólo las condiciones incompatibles en cuanto a la habitabilidad, higiene, saneamiento y alimentación que destruyen

diariamente a millones de personas deben ser erradicadas; sino que también hay que generar el progreso que beneficie al ser humano como persona, dentro de una perspectiva lo mas igualitaria posible.

Porque la igualdad esencial no es una quimera o un sueño. Es una ley natural. Hay una igualdad soberana, que nivela a todos en su condición de Espíritus. La desigualdad circunstancial no puede ser tomada como natural. La igualdad es una condición que resulta del esfuerzo personal de cada cual, mas también de las posibilidades que la sociedad ofrece para que las personas puedan crecer. Ya no cabe duda, las condiciones restrictivas imposibilitan el crecimiento para la mayoría. ¿Cómo esperar que personas desnutridas, ignorantes, habitando en condiciones subhumanas, puedan desarrollar lazos de sana relación y tener estímulos para crecer? Ese cuadro limita el derecho natural a la libertad. Aunque la libertad sea una condición inherente a la naturaleza del Espíritu, la sociedad crea obstáculos al ejercicio de ese derecho. No se puede confundir libertad con libertinaje, ni con alienación. Y mucho menos con un estado patológico de rebeldía. Ésta es una señal de desequilibrio que ha sido confundida con la libertad. La libertad ejercida en el plano social exige acción consciente, de modo que se constituya simultáneamente en una garantía de autoselección para el individuo y de aplicación vivencial en favor de la colectividad. Pero, sobretodo, es preciso crear condiciones mínimas para que la libertad sea ejercida con el respeto recíproco.

Ese respeto recíproco es la base de la justicia. Sin ella el mundo sería un cueva o guarida donde las pandillas de individuos se asaltarían unos a otros, sin posibilidad alguna de entendimiento y de crear una sociedad de acuerdo con la ley natural que, como sabemos, no es la misma cosa que el estado natu-ral. En éste sólo predominan los impulsos instintivos, sin que la inteligencia se haya desarrollado lo suficiente para crear una moral. Sin el sentimiento de justicia, no habría posibilidad de establecer una moral de vivencia.

Es en este punto donde convergen los principios más elevados de la estructura moral de la humanidad. Sin justicia no puede haber libertad e igualdad, y el progreso será una respuesta insatisfactoria porque redundará en esclavitud, en explotación e injusticia.

No fue arbitrariamente que el espiritismo adoptó como lema de lo justo la determinación de Jesús: Haced a otros lo que queréis que los otros os hagan. Ahí está el equilibrio pleno. Hay amor para sí mismo y respeto a los demás. Esta es la condición básica para una sociedad con moralidad. Empero, frente a la diversidad de caracteres, de la desigualdad moral, sólo la comprensión de la vida bajo el enfoque espírita posibilitarán el entender que el llamamiento de la caridad y del amor y de la caridad no es una necedad ni está fuera de moda. Son estas actitudes positivas de quien, empezando a conocerse, ya no puede erigirse en juez de los otros.

La caridad expresando el espíritu de servicio, de comprensión de la realidad propia y la de los demás, es el camino natural para que florezca el amor, símbolo-meta de toda afectividad. En él, el Espíritu espera escurrir el flujo natural de su emotividad, encontrar vibraciones simpáticas y amorosas que, como una energía revitalizante, despiertan la poesía, envuelven el poder creativo y nos hace penetrar caminos no soñados.

X

Gracias a todo eso, el espiritismo restablece la esperanza, renueva la fe y da consistencia a la lucha por la vida. Por las vías de su visión del hombre y del mundo, podemos penetrar un poco más en la naturaleza espiritual que nos es propia y mirar al futuro con naturalidad. Esto no es una promesa sino una realidad, una certeza. Se ajustan a esa visión realidades compensatorias para las

incertidumbres de la existencia. De cierto que no hay una fórmula capaz de resolver el problema existencial de cada uno, porque esa es una tarea a ser realizada individualmente, como el minero que selecciona, escoge y cierne para encontrar el diamante que busca.

Tampoco hay reglas absolutas. El camino es la integración con la Ley Divina o Natural que no se dibuja en nuestra frente como una metáfora teológica, sino como una ley consistente enfocada hacia lo humano con la médula de lo divino. La moral evangélica es la instancia válida, cuando es auténtica, desprovista de aparatos, interpretaciones y sofismas. Lo que el Nazareno dice son verdades que la vida comprueba y nada tienen de imposibles. Serán puestas en práctica con naturalidad, conforme el hombre -individual y colectivamente- se despoje del yugo del egoísmo primario que transforma personas en guerreros, en defraudadores, en hipócritas.

¿Habrá un tiempo fijado para que la humanidad se decida? ¿Tendrá la Divinidad un límite establecido para que los Espíritus aquí domiciliados aprendan cómo vivir de acuerdo a la Ley Natural? Ciertamente habrá un tiempo en que la inquietud por lo mejor, el aborrecimiento de la injusticia, la imposibilidad de vivir con la miseria y con el mal, se tornarán de tal forma evidentes, que quien estuviere callado hablará, quien estuviere alienado renacerá. El tiempo es una metáfora, pero para los Espíritus del nivel de los habitantes de la Tierra es algo concreto, cobrador exigente, impertinente. Digamos que hay un tiempo de maduración y que alcanzado ese tiempo, la revolución se precipitará inexorablemente.

¿Estará lejos ese tiempo? O, por el contrario, ya está aconteciendo? La vida es dinámica y el Espíritu terrenal ya posee información y vivencia suficiente. Puede ser que de repente se precipiten los acontecimientos. Entonces quien estuviese preparado soportará los cambios y sobrevivirá. Los demás no tendrán las condiciones necesarias para permanecer como habitantes de un mundo que colectivamente abandona el nivel de prueba y expiación y comienza su propia regeneración. ¿Que sucederá con ellos? ¿Serán destruidos? No. Posiblemente serán transmigrados para otros planetas en formación, como elementos desencadenadores de civilizaciones, a la manera de como sucedió en el inicio de la sociedad terrestre. La habitabilidad de los mundos justifica esa posibilidad y la justicia divina la sanciona.